EL CASTILLO MACLAINE

UNA HERENCIA EN LAS HIGHLANDS



CARLA MARPE
SILVIA P. MARTÍN

EL CASTILLO MACLAINE
Una herencia en la Highlands

Por Carla Marpe y Silvia P. Martín

EL CASTILLO MACLAINE

UNA HERENCIA EN LAS HIGHLANDS

CARLA MARPE
SILVIA P. MARTÍN

Primera edición.
El castillo Maclaine. Una herencia en la Highlands
© 2024, Carla Marpe y Sílvia P. Martín.
© Corrección: Raquel (Jezz Burning).
© Diseño de cubierta: Ethereal ediciones.
© Maquetación: Ethereal ediciones.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para todos aquellos que se alejan para desconectar
y encuentran una nueva aventura.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Epílogo

Nota de las autoras

Agradecimientos

Otros libros de las autoras



Prólogo

> «…Y le informamos de que ha heredado el castillo de Moy, datado en mediados del siglo XIV y que pertenece al clan de los MacLaine, en la región de la isla de Mull, situada en Escocia…».

Los dedos me tiemblan tanto que el pasajero sentado a mi lado me mira de reojo. Trago saliva y doblo la carta con cuidado, como si el simple roce con mi piel fuera a desintegrarla.

No me hace falta leerla de nuevo; casi me sé de memoria las palabras que contiene. Y, sin embargo, pese a haber realizado cada uno de los trámites legales, las frases todavía se arremolinan en mi cabeza como una neblina caótica que tiene olor a antiguo.

He heredado un castillo.

Un maldito castillo.

En la era de las redes sociales, de los rascacielos casi inteligentes y de la apoteosis de la robótica, estoy montada en un avión, rumbo a visitar un edificio histórico que ahora es de mi propiedad.

Sabía de la ascendencia escocesa de mi *nonno* Alessandro, pero es una raíz familiar que quedó difusa cuando se casó con mi abuela Ava y se establecieron en un pueblecito cercano a Verona. Por eso, leer el testamento de mi abuelo, tras darle su último adiós, y descubrir el particular legado que me ha dejado lejos de Italia, ha hecho que mi vida dé un giro radical.

Planear el viaje no me ha supuesto demasiado esfuerzo. Mi trabajo solo precisa de un portátil aceptable y una mesa en la que colocarlo —y, a veces, ni eso—; tampoco tengo cargas familiares ni una pareja estable con la que coordinar horarios para tener una relación exitosa.

Es triste lo poco que me ha costado comprar un pasaje para este avión y más aún la sensación de libertad que me da alejarme de la rutina.

Contemplo el manto de tiernas nubes y me pregunto por qué mi abuelo me ha dejado, especialmente a mí, esta posesión que guardaba en secreto. Somos cuatro nietos; hijos de su única hija. Ni el alocado Tristan ni la estudiosa Elvira y tampoco la dulce Regina han recibido nada más que parte de los ahorros del abuelo. Mi madre se queda con su casa y yo… un castillo en un lugar recóndito de Escocia. ¿Por qué? Ni siquiera soy una amante de la historia y mucho menos de la arquitectura, por lo que este regalo me ha descolocado por completo.

Ahora, conforme iniciamos el aterrizaje, me cuestiono si estoy poniéndome excusas para intentar desarmar el bloqueo que me atenaza. Si, quizá, el cambio de aires sea un incentivo para las musas creativas, quienes han dejado congeladas las palabras del documento que lleva un título que no me convence y que guardo en mi ordenador. Porque, a pesar de ser novelista, hace seis meses que soy incapaz de escribir algo que no sea una basura. Cada día que pasa es una gota

más en el vaso de la desesperación y otra en el de la presión que ejercen mis editores. Pero mis últimos personajes no están vivos, son sólo cáscaras que exponen diálogos planos y vacíos.

Escribir y borrar. Escribir y borrar. Casi se ha convertido en un mantra cotidiano.

¿Servirán los paisajes y el ambiente de Escocia para prender la chispa que necesito?



Capítulo I

Olivia

Los últimos rayos de un perezoso sol de verano me lamen las mejillas cuando desciendo del ferry, en Craignure.

A pesar de estar casi empachada de estampas bonitas, tras las tres horas de viaje desde el aeropuerto de Edimburgo y una más hasta el puerto de Obán, al llegar mis ojos se empapan con el verdor de la zona. El viaje está siendo eterno y no imagino a mi abuelo Alessandro, con su andar renqueante, sufriendo las etapas de este viaje. Quizá ese fuera el motivo de que nunca supiéramos de la existencia del castillo. ¿O había otro tema del que no quería hablar?

Me alegra ver que una representante de la agencia de coches de alquiler me espera con un cartel escrito a mano: «Olivia MacLaine». No es demasiado simpática, pero es eficiente, como me ha demostrado ser la mayoría de personas con las que he tratado. Acostumbrada a la amabilidad y calidez de mis raíces italianas, todo por aquí me parece igual de bonito, pero más frío.

Tardo apenas quince minutos en apañar el asunto con la mujer y meto mi equipaje en el escaso maletero —o más bien cubículo— del coqueto vehículo que me servirá para desplazarme en los próximos días.

Hago una brevísima parada en un supermercado para comprar alimentos y elementos básicos de menaje y cuidado personal, ya que las inmediaciones de mi nueva adquisición están alejadas de todo rastro urbano. Después, inicio el camino que me indica el navegador de mi *smartphone*. No es una carretera transitada, pero resulta muy agradable. Oigo un pitido de mi móvil y miro de reojo el recuadro emergente del mensaje que acabo de recibir.

> **Ar**
> Espero que haya ido bien el viaje, Oli.
> Recuerda que, a tu vuelta, espero las primeras páginas
> de ese maravilloso manuscrito que estás tejiendo.
> Un abrazo. Ar.

El texto solo consigue hacerme tragar saliva con dificultad: «Ese maravilloso manuscrito que estás tejiendo…». Joder, si mi editora supiera cuánto le he mentido estos meses y la vergüenza que me da admitirlo…

Mi primera novela, *El desgarro de un aliento,* fue un éxito tan inesperado que me situó entre los grandes nombres de la literatura moderna, de las listas de más vendidos. La historia me

empujó a un nivel de adicción que me pasé noches enteras escribiendo, hasta tal punto que las notas de prensa de mi antiguo trabajo se me mezclaban con los personajes. Y, ahora, me siento como una niña que jugó a crear una historia, pero que, de mayor, ha olvidado cómo repetir la magia.

Casi una hora después, la presión de la ansiedad se convierte en un dolor de cabeza, mientras conduzco por lo que parece ser el último tramo hacia el paraje de Lochbuie. El camino asfaltado se vuelve más rústico y dos carteles, algo amarillentos por el paso del tiempo, rezan: «Castillo de Moy» y «Laggan Sands». Y es entonces cuando el trayecto aparece despejado de árboles y puedo verlo.

Mentiría si dijera que no me decepciona un poco. El castillo de Moy —mi castillo—, se alza contra el cielo escocés del mes de julio y me brinda una imagen que, pese a conocerla, me lleva a pensar en lo diferente que es una fortificación de otra según quién la haya construido.

Mientras me acerco, para aparcar en la explanada, algunas ovejas que pastan en el terreno mueven las orejas al mirar en mi dirección. En cuanto paro el coche y me bajo, alzo una ceja.

A la izquierda del castillo se encuentra la mansión más impresionante que haya visto jamás. En el cartel de la entrada, leo «Lochbuie House» y me maravillo con su fachada blanca y el tejado gris azulado.

«Ya podría haber heredado ese casoplón y no este destartalado castillo».

Capto movimiento en una de las ventanas, pero sacudo la cabeza. Alguien que tiene semejante casa, no perdería el tiempo espiando. O, quizá, sí; no tiene pinta de pasar nada interesante cerca de aquí.

Suspiro y mis pies me llevan por el sendero de tierra, hasta los alrededores de la antiquísima construcción que ahora es mía —y sigo sin hacerme a la idea de que lo sea—. Debo reconocer que el entorno es casi idílico, incluso con un río que desemboca en el mar que se ve al fondo. Conforme acorto la distancia, observo la pasarela de madera que conduce hasta la orilla pedregosa del río e inspiro en profundidad. El aire, desde luego, es mejor que el de Italia; huele a petricor y a sal.

Me detengo a los pies del castillo, sin darme cuenta de que he contenido la respiración. Llamarlo «castillo» quizá no sea muy adecuado. En realidad, es apenas un torreón cuadrado, con los muros parcialmente cubiertos de vegetación y salpicado de un puñado de ventanas minúsculas. Eso sí, es bastante alto, deduzco que debe de tener tres o cuatro niveles, y hago visera con la mano para centrar la vista en la parte superior, en la que las almenas lo dotan de una apariencia dentada.

Es enorme. Mucho más grande de lo que parece ser en las fotografías.

Por la información que he podido recopilar antes de venir —la emoción y mi vena de escritora curiosa me han embriagado—, no está abierto al público como otros, por lo que no quiero ni imaginar cómo debe de estar el interior. Es una suerte que sea mi hermana Elvira la de la alergia a los ácaros —así de limpia tiene siempre su biblioteca— porque, si fuera yo, seguramente moriría a los tres segundos de cruzar la puerta. Al pensar en esto, busco la entrada con atención.

Resoplo con fuerza. En el fondo, esperaba que las imágenes que he visto no fueran tan fieles a la realidad y, de paso, que la puertecilla de madera se tratase de una más robusta.

Dejo las maletas donde estoy y asciendo por la pequeña cuesta de cantos rodados. Definitivamente, me gustaría saber quién vivió en este lugar. Acaricio la fría pared y empiezo a imaginar la cantidad de historias que deben de haber presenciado estas piedras. ¿Cómo acabó esto en posesión de mi abuelo? ¿Quién lo habitó? ¿Por qué nunca he investigado la etimología de

mi apellido? Supongo que, a veces, lo damos todo por hecho y no nos detenemos a analizar lo que nos rodea ni pensamos en la trascendencia que puede tener.

—¡Hola! —La voz melódica que suena con fuerza a mi espalda provoca que dé un respingo y casi pierda el equilibrio.

Al dar media vuelta, veo a una mujer guapa, con el pelo negro y unos enormes ojos de color cobrizo. Tiene las manos entrelazadas sobre un vestido grueso de cachemir y me sonríe con extraña familiaridad. ¿No se supone que aquí la gente es un poco más distante? Quizá siempre haya excepciones.

—Soy Elizabeth y vivo aquí al lado —dice ella. Su inglés tiene ese acento tan peculiar de Escocia y doy las gracias a mi *nonno* porque me enseñó el idioma y ahora puedo entenderlo. La mujer señala con el pulgar en dirección a la mansión que he visto antes. Sin duda, en el mundo hay gente con suerte—. He visto que llegabas con maletas y tengo la impresión de que no eres una simple turista, ¿verdad? —Suelta una risita cálida y, por un momento, imagino que ella es el comité de bienvenida.

¿Pensará que soy una de esas locas que buscan lugares recónditos para pasar una noche? ¿Que soy una obsesa de la arquitectura medieval? No sé qué decir. Opto por la verdad.

—Yo… acabo de heredar el castillo. —Miro hacia arriba y hago una mueca—. O lo que queda de él, claro.

Su sonrisa no se desvanece y tampoco hay sorpresa en sus facciones. Lo que me lleva a preguntarme si la gente aquí hereda castillos todos los días.

—Me habían notificado el cambio de propiedad —asegura ella y veo que repasa la fachada con la mirada.

—Ah ¿sí? —No sé por qué debería extrañarme. Cuando vives en un lugar tan recóndito, cualquier cambio debe de suponer toda una novedad y eso explicaría que no le sorprenda mi presencia.

—Es una construcción preciosa —continúa ella—. A mí me encanta observarla desde casa y a veces vengo a pasear por aquí.

—Es una buena noticia saber que tendré alguien de carne y hueso como vecino, más allá de unas cuantas ovejas. —Ella se ríe y yo aclaro—: He decidido pasar aquí el verano y no sabía si habría alguien en las proximidades. Es un alivio saber que sí.

—¡Vaya! Eso sí que es peculiar. Creo que eres la primera heredera, desde hace décadas, que pretende habitar el castillo. —Cabecea un instante y una sombra parece cambiar su mirada—. Cuando he visto las maletas, pensé que te quedarías en algún hostal y que solo pretendías echar un vistazo.

—¿Para qué quedarme en un hostal si tengo un castillo? —pregunto con sarcasmo y ella se limita a sonreír y a encoger los hombros.

—Dudo que ese puñado de piedras albergue muchas comodidades y no pareces una mujer muy… aventurera —conviene, aunque estoy segura de que ha suavizado lo que quería decir—. Y, por cierto, ¿cómo te llamas?

—Olivia. Olivia MacLaine.

La arruga que se marca en su frente dura apenas un segundo antes de suavizarse, pero la he percibido con claridad.

—Olivia MacLaine… —repite como para sí misma, luego sonríe de nuevo—. Encantada. Si necesitas algo, lo que sea, estoy aquí al lado, ¿de acuerdo?

Su mirada se detiene, un instante, en la parte alta del castillo y se despide con un gesto de la

mano y un «buena suerte».



Capítulo II

Olivia

La llave que me dio el abogado es tan pesada y grande que no me cabe en el bolsillo. Las del coche de alquiler son una ridiculez mayúscula a su lado. Contemplo las líneas dentadas y las formas del metal y pienso que debería estar en el expositor acristalado de una tienda de antigüedades. Casi espero que, después de tanto tiempo, ni siquiera gire cuando la encaje en el hueco de la cerradura, pero, al activar el cerrojo, oigo el rechinar característico y polvoriento de unos engranajes que llevan muchos años sin moverse.

Empujo la puerta de madera hacia adentro. Decir que no me infundo de valor para entrar sería una vulgar mentira, aun cuando los últimos rayos de sol me acompañan en este trance.

Armada con la linterna que he comprado en mi breve parada en el supermercado, doy el primer paso hacia el interior. El olor a cerrado me satura el olfato, mezclado con matices de polvo y ese aroma a libro y mueble antiguo que solo puede tener un lugar de estas características. Mi vacilante caminar levanta volutas de polvo y contengo los estornudos. Sospechaba que este sitio estaría abandonado; supongo que pedir un mínimo de mantenimiento era demasiado.

La luz de la linterna ayuda a la poca iluminación diurna, que se cuela por las escasas ventanas, a revelar el espacio del gran vestíbulo que me da la bienvenida. Es inmenso; una gran sala cuadrada con pesados cortinajes apostados en las ventanas.

Avanzo y, una vez dejo atrás la entrada, veo un hueco a la derecha, donde supongo que está la escalera que vi en los planos —que conduce a la parte superior—, y otro a la izquierda, donde creo que está lo que, con toda probabilidad, sea la zona de cocina. Continúo de frente y traspaso el arco que da acceso a lo que parece un salón. Distingo la silueta de una larga mesa que podría dar cabida a más de quince personas, aunque parece tan antigua que solo con el peso de una polilla se desmoronaría —tendré que llamar a un especialista en termitas y carcoma, entre otros profesionales—. También hay varios sillones, tapados con plásticos transparentes, y un diván con pinta de ser terriblemente incómodo.

Paso la mano por el borde del respaldo y siento las fibras entretejidas que deben de contar muchos años. Desde luego, a cualquier historiador le subirían las pulsaciones a mil por la excitación de estar aquí. Yo las tengo revolucionadas, porque este lugar causa respeto y activa las alertas del menos miedoso. Pese a que soy escéptica en lo que a lo paranormal se refiere, sería idiota si no reconociera sentir algo tan primario como el miedo.

Me alegra descubrir que el suelo es de piedra y no de madera, pues seguro que habría crujido con cada uno de mis pasos, de forma inquietante. Y nadie quiere ese tipo de inquietudes en un

castillo abandonado, ¿verdad?

Como si me leyera el pensamiento, oigo un crujido suave por encima de mi cabeza, en el piso superior, y se me eriza la piel de inmediato.

«Es hora de ir por las velas, si no quiero que me dé un ataque al corazón».

Recupero las maletas que, pacientes, esperaban fuera y en las que se encuentra guardado el ejército de cirios. Estoy segura de que la dependienta del supermercado ha pensado que iba a realizar algún acto satánico, pero yo tenía bastante claro que la electricidad no sería una de las comodidades en mi particular residencia de verano.

He hecho bien en comprar no uno, sino tres paquetes de cajas de cerillas, porque gasto los cinco primeros fósforos en encender la primera vela. Me concentro en encender las mechas de un puñado de ellas para dejarlas por el vestíbulo. Mi madre siempre decía que hay que centrarse en las tareas pequeñas, antes de dedicarse a una grande. Y eso hago. Cuando creo que es suficiente contemplo el salón bañado con los puntos de luz que salpican el suelo, con las manos sobre las caderas. He puesto especial mimo en los soportes, para no acabar achicharrada en un incendio estúpido.

Ahora todo tiene un cariz menos fantasmagórico. Es casi mágico y me permito disfrutar de los detalles. Tuerzo la cabeza al mirar la lámpara de araña que corona el techo de la estancia y que, ella sola, debe de costar más dinero que todos los muebles de mi casa. Me pregunto si habrá alguna escalera portátil en alguna parte, que me permita subir para darle uso. ¿La cera de la velas manchará el suelo desde ahí arriba?

Un vistazo a la cocina manifiesta que, si quiero vivir aquí, tendré que hacerme con un buen generador para instalar, al menos, un microondas. Lo de cocinar con fuego de leña, a la vieja usanza, y con lo manazas que soy, no entra dentro de mis planes.

Tras el primer paseo por la planta baja, descubro que hay una puerta pequeña al fondo, casi camuflada entre los sillares que forman las paredes. Está cerrada con un grueso candado. Supongo que la llave que lo abre está en ese juego que acompañaba a la de la puerta principal y que he abandonado en algún recoveco del bolso.

Mañana exploraré con más eficacia, ahora, una vez tachada la iluminación de mi lista de pequeñas tareas pendientes, toca encontrar las dos estancias fundamentales para mi subsistencia: un aseo y un dormitorio.

Mi teléfono suena y el ruido que rebota en las paredes resulta ensordecedor. Corro para cogerlo como si dejar que suene fuera a despertar energías ocultas en cualquier rincón sombrío.

Es mi hermana.

—Dime, Regina.

—Menos mal que tienes cobertura ahí. —Suspira e imagino su cara de alivio y su cuerpo enfundado en un vestidito de verano estampado con flores, de esos que ella adora llevar y que yo odio—. Elvira me ha asegurado que con el grosor de esas paredes era imposible que la señal llegue.

Observo en derredor y me acerco a uno de los muros que me rodean. Acaricio la rasposa superficie, está fría y seca contra mi piel. No puedo evitar pensar de qué forma se construiría este lugar y cómo fueron las existencias de las personas que vivieron aquí. «¿Cuántos secretos han custodiado estos muros? ¿Cuántos sucesos han visto a lo largo de tantísimos años?»

—¿Se ha cortado? —escucho preguntar a mi hermana, al otro lado de la línea.

—No. Te escucho, te escucho. —Intento que no se note que me he dejado hechizar por el ambiente.

—Te decía que Elvira quiere saber si hay biblioteca en ese sitio —continúa ella, con un deje de fastidio. Ya está acostumbrada al particular *tempo* de mi mente cuando decide evadirse del presente por un rato—. Está aquí conmigo y ha prometido no marcharse hasta contar con esa, palabras textuales, «información primordial».

Niego con la cabeza. Puede que a mí me fascinen las vidas ajenas por mi deformación profesional —es lo que tiene trabajar creando historias y buscando esos matices que las hagan parecer reales—, sin embargo, mi hermana pequeña es la otra cara de la moneda; lee todo lo que escribo y devora tantos libros como se interpongan en su camino. De hecho, está estudiando para auxiliar bibliotecario y, de ese modo, poder vivir rodeada de literatura. La pregunta, como es obvio, no me sorprende en absoluto. Si no fuera porque tiene que trabajar en esa cafetería —gracias a la que se costea los estudios—, estoy convencida de que sus maletas se habrían unido a las mías.

—Pero, si acabo de llegar. —Pongo los ojos en blanco—. Ni siquiera he podido recorrer todo esto.

—¿Es muy grande? —pregunta la voz emocionada de Elvira, quien ha tardado más de lo que esperaba en arrebatarle el teléfono a la pobre Regina—. Podríamos hacer una videollamada y así nos lo enseñas en directo.

—No sé… —titubeo, porque vuelvo a escuchar otro sonido por encima de mi cabeza. Es un crujido, más fuerte esta vez, como el de una rama al romperse. O una articulación… «¿Acaso sabes cómo suena una articulación al romperse, Olivia?». No, no lo sé, pero mi mente se ha empeñado en dibujar esa imagen. Sacudo la cabeza para espantar los pensamientos funestos. No, quizá una videollamada no es una buena idea. No quiero que vean mi expresión ahora mismo.

—Te has llevado el aparato ese de internet, ¿verdad?

—Claro —admito y agradezco haber pensado en ese detalle. Que un castillo inhabitado y sin electricidad tuviera WiFi sería toda una sorpresa.

—Pues espera.

El silencio se instaura en el aparato y me doy cuenta de que me ha colgado. Genial. De repente, el vacío que me rodea se vuelve húmedo y un tanto hostil. A pesar de que llevo casi una hora aquí, es en este preciso momento cuando tomo conciencia de lo sola que me encuentro entre estas paredes, demasiado lejos de cualquier parte.

Mi imaginación parece decidida a jugármela. Jadeo y, sin saber por qué, el aire se me antoja más denso de respirar. Giro sobre mis talones y aguzo el oído. ¿Ese sonido sordo han sido mis propios pasos o… ?

Sacudo la cabeza. «Autosugestión. Todo es autosugestión».

Miro las velas esparcidas por todas partes y pienso en que si alguien me viera ahora mismo podría pensar que me dispongo a consumar un ritual de verdad. Un escalofrío, como si unos dedos silenciosos me tocaran, me recorre la espina dorsal.

«Jamás haría esa estupidez», pienso. Una cosa es ser escéptica y otra jugar con lo desconocido. Soy de esas personas que piensan que es mejor dejar descansar en paz a los muertos.

Otro crujido me hace levantar la vista al techo. Quizá sea alguna plaga o algún animal que busca cobijo para la noche Y, pese a la lógica de mi razonamiento, no puedo evitar que mi cuerpo se estremezca de nuevo.



Capítulo III

Olivia

Me sobresalto cuando el teléfono vuelve a sonar y me apresuro a leer el mensaje que aparece en la pantalla: «Videollamada entrante».

En un acto reflejo, me llevo la mano al pecho y respiro hondo. En una competición de cabezotas, mis hermanas no tendrían rivales. Suspiro, en un intento de calmar este arrebato de miedo absurdo, y saludo a la cámara con una mueca.

—Hola de nuevo. —Debo reconocer que ver sus rostros, mientras pelean por ponerse primero delante de la cámara del móvil, resucita la calidez familiar dentro de mi cuerpo. Agradezco tenerlas conmigo, aunque sea de forma virtual.

—Queremos ver el sitio —insta Elvira, con efusividad. Sus ojos marrones todavía están maquillados, por lo que supongo que acaba de llegar del trabajo.

Regina se acerca más a la pantalla. Tiene la piel resplandeciente y se masajea la cara, mediante golpecitos con las yemas de los dedos, mientras se aplica una crema. De las tres, siempre fue la más obsesa con el cuidado facial.

—¿Estás haciendo brujería? —Frunce el ceño—. Esas cuestiones son peligrosas, Oli…

Resoplo con fuerza.

—Es un castillo sin electricidad. ¿Cómo queréis que lo ilumine si no es con velas?

Ella alza una de sus perfectas cejas.

—Al menos podrías haberlas puesto en las paredes, como hacen en las películas. Ahí en el suelo… —Arruga la nariz.

—Detalles sin importancia —repone Elvira—. Centrémonos en lo interesante. ¡Has heredado un castillo! —grita y su voz retumba tanto que me veo obligada a bajar el volumen del teléfono —. Enséñanos todo. Ahora.

No puedo negarme cuando pone esa vocecilla, tan dulce como mandona. Cambio la orientación de la cámara de mi teléfono y paseo por el inmenso salón. Solo me detengo en uno u otro rincón al eco de sus gritos, cuando me ruegan que vaya más despacio. Al terminar el *tour* por la planta baja, ambas están embelesadas.

—Necesito ir —dice Elvira.

—En breve tienes vacaciones, ¿no? —pregunto y ella asiente con entusiasmo. Envidio la intensidad con la que vive algunas situaciones, aunque a veces pueda resultar desbordante—. Pues te vienes.

Ella deja escapar un gritito.

—¿Estás segura de que ese lugar es habitable? —pregunta Regina en su tono sedoso. Ha terminado su rutina de *skin care* y se cepilla el pelo—. No me parece un sitio que…

—Seguro que ahí ha vivido muchísima gente —repone Elvira—. Tengo que documentarme sobre la historia, pero tiene que ser increíble poder visitarlo.

—Lo es, lo es… —mascullo y mi mirada vuelve a ascender, cuando un sonido diferente llega hasta mis oídos. Ha sido como el ruido de algo que golpea el suelo con suavidad. ¿Qué diablos…?

—¿Estás bien? —pregunta Regina.

—Nerviosa —respondo a toda prisa y ella achina los ojos.

—¡Es la emoción! —exclama Elvira—. ¿Dónde vas a dormir? Eso debe de estar lleno de habitaciones.

—No he tenido tiempo de investigar más que esta planta.

—Estamos de suerte entonces. ¡Vamos a inspeccionarla contigo! —Elvira empieza a dar palmadas y se me escapa una sonrisa.

Pese a que Regina sugiere que lo visite por la mañana y a plena luz del día —algo con lo que estoy de acuerdo—, Elvira insiste en que, por mucho que lleve un saco de dormir y varias mantas conmigo, lo ideal sería ver si hay algún colchón disponible.

—Cómo se nota que no estás aquí —aseguro mientras avanzo, linterna en mano, hasta la zona de la escalera que lleva al piso superior—. Tendrías que dormir a la intemperie, por la cantidad de polvo acumulado.

—Me llevaría todos los antihistamínicos de la farmacia, si hiciera falta.

Los comentarios que vienen a continuación y sus risas consiguen que las paranoias se alejen de mi mente, a pesar de que mi ascenso por los peldaños produce una resonancia nada halagüeña.

—Hemos llegado. Primer piso —anuncio, al llegar arriba. Una corriente de aire suave y con olor a óxido me acaricia el rostro. No me sorprende lo oscuro que está todo ahora que el sol ya se ha puesto, pero el pasillo parece la boca de un lobo cuando lo ilumino con la linterna—. En teoría esta es la zona que…

—¿Qué ha sido eso? —El tono de Regina me alarma.

—¿Qué ha sido qué? —Enfoco con la luz a cuanto me rodea. Mi corazón ha comenzado a bombear con fuerza y noto cómo el olor a herrumbre se intensifica. Inspiro. Hay algo más en el aire, un matiz de aroma que no sé identificar.

—Se ha colado algún pájaro —responde Elvira.

—Mientras no sea una oveja… —murmuro, en un intento de no mostrar lo nerviosa que estoy. «Autosugestión», vuelvo a repetirme.

—Enfoca allí, al fondo —insiste Regina y veo sus caras acercarse todo lo posible al móvil, hasta casi la deformación de sus facciones.

La forma en que lo dice, tan carente de humor, me pone en alerta. Tengo la cámara girada, por lo que ellas están viendo lo mismo que yo. Sus expresiones, en la pantalla, se contraen un instante.

—Regina, no es momento de… —Me detengo de sopetón.

Lo he visto. Una sombra. Apenas ha sido un instante, pero juraría que una silueta ha cruzado el final del pasillo. La corriente de aire que me había parecido percibir se intensifica y me revuelve un par de mechones de pelo. Se me han paralizado los pies y varias volutas de polvo flotan, brillantes, junto al haz de luz. Sé que mis hermanas lo han visto, igual que yo. Se han

quedado calladas y eso me da incluso más miedo que lo que creo que acabo de contemplar. Pero, ¿cómo tranquilizar a alguien cuando está a kilómetros de distancia?

—Es una casa antigua —asegura Elvira, tras un carraspeo incómodo—. Todo está oscuro. Lo raro sería no imaginarse cosas, Oli. Creo que lo mejor es que vuelvas a la planta baja y mañana, con la luz del sol…

Dejo de escucharla. He vuelto a oír el ruido de algo que golpea. Mucho más cerca esta vez. «Demasiado cerca». Mi mano desciende, sin ser consciente de ello, y el teléfono queda a un lado de mi cuerpo, mientras la linterna alumbra hacia una puerta cerrada, a lo lejos, en lo que supongo que es la entrada a una de las habitaciones.

—¿Olivia…? ¡Olivia!

Oigo el murmullo nervioso de mis hermanas como si el teléfono estuviera en la parte más insondable de un pozo. Y así me siento yo, igual que si hubiera entrado en las profundidades de un secreto escondido en este edificio legendario. No sé si quiero descubrir más. Repetirme el mantra de que todo es fruto de la dichosa autosugestión ya no funciona.

Otro crujido.

Otro golpe.

No pestañeo. No respiro. No me muevo.

Hasta que se vuelve a escuchar ese ruido y algo se agita entre las sombras.



Capítulo IV

Olivia

Una parte de mi cerebro me ordena que cierre los ojos. Privarme de la visión como mecanismo de defensa es una idea absurda, pero al avestruz le funciona. La otra parte me ordena que camine hasta allí para buscar la lógica, la explicación, los datos razonables que devuelvan mis pies a la realidad y me hagan dejar de contener el aliento.

Me envalentono. No he llegado hasta aquí para alejarme corriendo a las primeras de cambio. Me cuesta eternos segundos que mis piernas obedezcan y se pongan en movimiento y, cuando lo hacen, las siento temblorosas y rígidas, como si usar los cuádriceps fuera una tarea titánica.

Mis zapatillas levantan más polvo conforme alcanzo un ritmo normal. No me hace falta enfocar al suelo para saber que mis pasos están dejando huellas por la amplia sala, que parece hacer las veces de distribuidor de varias habitaciones, igual que en la planta inferior. Tampoco me atrevo a dejar de iluminar el fondo de la estancia, como si hacerlo fuera a dar pie a que lo desconocido tomase forma para masticarme y engullirme.

Dejo atrás una puerta cerrada, una segunda a la derecha y otra más a la izquierda. La sombra estaba junto a la del fondo y sé que, si no me acerco a comprobar qué hay allí, seré incapaz de pegar ojo. Tampoco me detengo en la quinta y la sexta. Todas parecen cerradas y custodias de algún secreto que, quizá, no debería descubrir.

Trago saliva al acercarme a la última. Es la séptima puerta. El haz de la linterna comienza a temblar cuando estoy a pocos metros. Maldigo en voz baja, pero me concentro en enfocar cada rincón. Me resulta curioso que sea la única puerta que tiene una alfombra en la entrada. Es verde y con gruesas borlas de un dorado polvoriento que coronan las esquinas. Aparte de ese detalle, no hay nada. Nada de nada.

¿Por qué siento entonces una presión invisible en la nuca, como si alguien me observase?

Giro ciento ochenta grados. No hay cambios en el pasillo.

El golpeteo se repite. Ahora lo sé; viene del interior de esta habitación.

Maniobro para sujetar el móvil y la linterna con la misma mano. Mis hermanas han dejado de gritar al otro extremo de la línea; la llamada se ha cortado o están tan tensas como yo.

Rodeo con los dedos el antiguo tirador y hago fuerza, pero la puerta no cede. Es obvio que necesita una llave y todas ellas siguen en mi bolso. Entonces, si el castillo lleva deshabitado desde hace tantos años ¿cómo es posible que escuche algo al otro lado? Niego con la cabeza. Será mejor que deje las investigaciones para mañana.

Y, justo cuando voy a retirar la mano, noto como si mis dedos estuvieran retenidos por una fuerza salvaje. Gimo aterrorizada. El teléfono y la linterna caen a mis pies cuando trato de ayudarme con la otra para forcejear. Cuando consigo soltarme, lo hago con tanta fuerza que trastabillo hacia atrás.

Reacciono para recuperar mis pertenencias del suelo y, mientras el corazón amenaza con estallarme en el pecho, doy media vuelta y echo a correr por el pasillo. Bajo la escalera hacia la planta baja a una velocidad arrolladora y no me detengo hasta llegar a la parte más iluminada del salón. Me dejo caer en el piso empedrado. No es que esto sea terreno seguro, pero es lo máximo a lo que puedo aspirar ahora mismo.

Aún jadeo cuando recibo una nueva llamada.

—¡Por Dios, Olivia! ¿Estás bien? —En cuanto descuelgo, la voz de Regina suena tan alterada que pienso que ha sido capaz de llamar a los bomberos escoceses—. ¡Hemos perdido la conexión durante un rato y no contestabas a las llamadas! ¿Es que quieres que nos dé un infarto? ¿Qué ha pasado?

«Como si yo lo supiera, joder».

—Creo que estoy demasiado cansada, chicas. —Y, quizá, es la explicación que más me convence—. Comeré algo y dormiré. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

Elvira tampoco parece satisfecha con esa explicación. No obstante, tras asegurar que tengo el número de la policía, de los bomberos y hasta de la embajada italiana, además de una vecina a pocos metros, consienten darme las buenas noches y finalizar la llamada.

Una vez cuelgo, decido que se ha hecho demasiado tarde. No he comido nada desde hace horas. Tengo hambre y eso, junto con lo acontecido, no combina bien con la maraña emocional del último mes. Abro una de mis maletas para centrarme en detalles más banales. Me sorprende descubrir que hay un pequeño aseo en lo que debe de ser la cocina. Quizá estaba dedicado al personal de servicio, en la antigüedad.

Aunque el inodoro es antiguo, cumple su función y doy rienda suelta a mis necesidades fisiológicas —hoy hago malabares y ya me detendré mañana a desinfectar todo, a fondo—. Descubro que hay unos cuantos barreños vacíos junto a la pared, además de una vetusta tina, dentro de la cual me sorprende no hallar más que una araña solitaria. Abro el grifo. Me doy cuenta de que no ha sido una buena idea, cuando oigo que las entrañas de la construcción que pertenecen al subsuelo rugen como un gigante dormido. El grifo escupe una mezcolanza parduzca con tropezones que me produce náuseas, pero luego, ¡sorpresa! emerge un chorro de agua clara con fuerte olor a vegetación, por lo que deduzco que proviene del río que vi al llegar.

Me doy un rápido lavado de cara. Con ello, intento refrescar la cabeza después de lo que acabo de vivir. Aunque sea verano, estamos en Escocia, no en Italia, y la temperatura del agua me eriza la piel de todas las partes del cuerpo. Me cambio de ropa interior y, vestida con mi pijama de satén de color añil, todo me parece menos terrorífico.

Me marco un festín de sándwiches y zumos, y me zampo una bolsa de almendras cubiertas de chocolate, mientras trasteo mi móvil para terminar viendo videos absurdos. La batería portátil no me durará más de dos días, a lo sumo, por lo que mañana tengo que solucionar el tema del generador, sin falta.

Me dedico a hacer una lista mental de las tareas y las ordeno según prioridades, mientras extiendo el saco de dormir y acomodo las mantas para mi primera noche en el castillo. «Mi» castillo.

Cuando me introduzco en el saco, sin dar la espalda a la escalera, me pregunto si esto es un

regalo envenenado de mi *nonno*. He sido incapaz de apagar las velas, aunque tampoco creo que pueda dormir mucho.

El silencio es tan aplastante que escucho cada crujido de la madera de los muebles, cada chisporroteo de las llamas de las velas, el caminar de los insectos por los recovecos entre estas inmensas paredes… Aunque parece que los ruidos en la parte superior han cesado.

He intentado ignorarlo durante las últimas horas, pero, aquí tumbada, mi mente me recuerda la visión de esa sombra en el pasillo; de la brisa helada que me rozó la piel; de esa presión invisible que me inmovilizó los dedos sobre la manija de la puerta.

Como si supiera del discurrir de mis pensamientos, oigo de nuevo ese golpe en el piso superior y frunzo los labios. Busco con la mirada algo que pueda servirme de arma y me doy cuenta de que mi equipaje, del siglo XXI, no ha sido preparado para afrontar una batalla. Y menos aún, cuando no sé de qué se trata.

Sea lo que sea, mañana, cuando esté descansada, pienso averiguarlo.

Si es que logro pegar ojo.



Capítulo V

Olivia

El estruendo me sobresalta de tal modo que me incorporo sobre los codos, como un resorte, y miro alrededor.

—¿Qué demonios…?

Un ápice de luz se filtra entre las gruesas cortinas e ilumina la sala escasamente. Las motas de polvo danzan a su antojo en mitad de un rayo de sol que se cuela por alguna parte y cuyo haz termina justo frente a mí.

—El castillo… —murmuro y mi mente se pone en funcionamiento a la máxima velocidad de la que es capaz, debido al cansancio que acarreo.

Las velas se han consumido, lo que me hace pensar en que deberé racionar mis reservas si no consigo el generador. A ver cómo me las ingenio para poner lámparas en todas partes…

Un nuevo ruido sordo capta mi atención y me recuerda el motivo de mi repentino despertar. Me levanto con cautela, como si cualquier movimiento pudiera prevenir a un depredador escondido en alguna parte de la enorme estructura.

Observo mi entorno con detenimiento, más allá de su apacible apariencia, e intento localizar el lugar donde se ha producido el sonido. No viene de arriba. Esta vez no. Me levanto y lo sigo. El corazón me va a mil por hora. ¿En qué momento me pareció buena idea recorrer todos esos kilómetros para dormir en un sitio como este? «Deberías haberte quedado en casa, imaginando las historias que tienes que escribir, en lugar de estar viviendo una de ellas», me reprocho, como si sirviera de algo llegada a este punto.

Otro sonido, más suave esta vez, me indica que voy en la dirección correcta —como si realmente mi mente hubiera olvidado que existe la opción de salir corriendo—. «Que sea una oveja, que sea una oveja, que sea una oveja…», me repito, y me permito sonreír interiormente ante mi peculiar ruego.

A pesar de que he dormido con calcetines de invierno, puedo sentir que el frío del suelo acaricia mis pies y un escalofrío me recorre de arriba abajo. «Al menos estamos a plena luz del día», me digo, mientras avanzo los últimos pasos que me conducen hacia la cocina. «Creo que no estoy preparada para más sustos», pienso, al tiempo que escucho el latido de mi corazón en los oídos y recuerdo la situación extraña que viví ayer.

Todavía puedo notar en mi cuerpo que aquello no fue normal y, cuando llego al quicio de la puerta, la imagen que encuentro me paraliza.

Parpadeo. Una, dos, tres veces. No puedo articular palabra.

Está claro que hubiera sido mil veces mejor contemplar una oveja que esto.

Mi mirada está fija en la musculosa espalda de un individuo que corta algo sobre la superficie de la antigua encimera. El sonido de la afilada hoja, mientras ejerce su función, me congela la sangre.

¿Por qué hay un hombre con un cuchillo en mi cocina?

Todas mis alarmas se activan de golpe y, cuando reacciono, empiezo a retroceder sin dejar de mirar esa extraña escena que no termino de comprender. Si no fuera porque puedo sentir la humedad del ambiente en la piel, juraría que estoy durmiendo y que todo esto es fruto de mi imaginación y de esa maldita aura espeluznante que rodea al castillo.

Doy un paso más hacia atrás, sin darme la vuelta todavía —¿quién daría la espalda a un extraño que empuña un arma blanca?— y es entonces cuando mis pies tropiezan con los soportes de varias velas que hay en el suelo. Como es obvio, el resultado de mi torpeza es un sonido tan estruendoso como el de varias cacerolas chocando.

Mierda.

El hombre detiene su movimiento al instante. Al igual que yo, parece congelado en el tiempo por unos segundos. La respiración se me agita y el corazón me martillea el pecho de forma desbocada.

«Voy a morir». Es lo primero que pienso antes de que la imagen de toda mi familia —*nonno* incluido— pase por mi mente a toda velocidad. ¿Será esto a lo que se refiere la gente cuando asegura que puedes ver toda tu vida pasar antes de morir?

El hombre da media vuelta en un gesto tan rápido que me parece irreal. Ahogo una exclamación y observo su postura, mezcla de gesto defensivo y algo que no sabría explicar. Sus ojos, de un azul intenso, me observan desde los, aproximadamente, cuatro metros de distancia que deben de separarnos. El pelo rubio y algo desaliñado le cae sobre los hombros y le confiere una apariencia salvaje. Mi corazón aumenta el ritmo al que bombea cuando lanzo una mirada fugaz a la mano con la que sujeta el cuchillo. ¿Me va a matar? ¿Dejé la puerta abierta anoche y se ha colado un loco en el castillo?

Trago y creo que es lo único que se escucha entre estas paredes, porque hasta el ruido del exterior parece haberse esfumado. Me encuentro reuniendo todo el valor posible para hablar, cuando él se me adelanta.

—¿Quién es usted y por qué está aquí?

Tiene un marcado y precioso acento escocés que me pone los pelos de punta. Sin embargo, sus palabras terminan por desconcertarme del todo. ¿Cómo que… ? Su mirada es tan incisiva como el filo del cuchillo que empuña y apuesto a que podría sacarme las respuestas solo armado con ella.

—Me… llamo Olivia —tartamudeo y él ladea la cabeza—. He heredado este castillo de mi abuelo y… —Sacudo la cabeza, porque me siento idiota dándole explicaciones al tipo que acaba de invadir mi propiedad. Nada más faltaría. ¿Quién diantres se cree? Aprieto los puños y, con un tono mucho más enérgico, añado—: ¿Quién eres tú?

Parece que mi pregunta ha herido su orgullo de alguna forma porque yergue la espalda y deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo, mientras aprieta la mandíbula con fuerza. Si no fuera porque es imposible, diría que va a romper el mango del cuchillo por cómo sus dedos palidecen al sujetarlo.

—Mi nombre es Lanchan y este es «mi» castillo.



Capítulo VI

Olivia

—¿Cómo que tu castillo?

Mi voz suena mucho más aguda de lo que pretendo, pero no soy capaz de permanecer serena ahora mismo. El llamado Lanchan levanta una ceja y clava el cuchillo, de un golpe seco, sobre la mesa de madera. Contemplo que la hoja vibra mientras trago saliva con dificultad. «Al menos, el mueble no parece que esté comido por las termitas», pienso y salgo de mi estupor en dos segundos; el tiempo suficiente para cruzarme de brazos y alzar la barbilla antes de lanzarme a una inevitable batalla verbal.

—Este castillo es mío —repongo.

—No lo es.

—Acabo de heredarlo.

—Lo dudo mucho, señorita.

Se gira un instante para coger algo que está a su espalda. Es una porción de manzana. Por ahora, el cuchillo no va a rebanarme el cuello; solo lo usa para trocear comida. En silencio, le grito a mi corazón que se calme, mientras veo al hombre llevarse el pedazo de fruta a la boca. Mastica sin apartar su mirada de desprecio de mí y lo hace del modo en que se observa a una presencia indeseada que no merece un interés mayor que el prestado a una mosca.

—Voy a llamar a la policía. —Algo en mis palabras le hace fruncir el gesto de extrañeza—. Váyase ahora mismo o…

—¿Es alguna broma de Diatrec? —me interrumpe él y mira por encima de mi hombro, como si esperara a que alguien saliera por sorpresa de un rincón de la sala—. ¿Acaso me ha enviado algún divertimento por mi vigésimo cuarto cumpleaños? ¡Si falta casi un mes!

Llevo una de mis manos al entrecejo y me lo masajeo. Madre mía. Le falta un tornillo. Intento probar otra táctica.

—Mire, tengo mucho que hacer. Ninguno queremos problemas. Si se marcha y…

—No voy a marcharme de mi casa, señorita. —Parece que él también está perdiendo la paciencia, porque se cruza de brazos y se apoya sobre la mesa. Su corpachón es tan inmenso que me extraña que la vieja madera no ceda bajo su peso, por mucho que haya soportado un apuñalamiento—. Es imposible que haya heredado mi propiedad. Está equivocada, así que si no está aquí para calentarme el lecho y solo piensa molestar, le ruego que… —Me señala la puerta con un gesto tan displicente que me insta a apretar los dientes de rabia y a dar un par de zancadas, hasta quedar a un palmo de su cara.

—¿Es usted sordo o solo imbécil? —Mi desplante furioso hace que abra un poco más los ojos —. Le repito que… He. Heredado. Este. Lugar.

Pronuncio palabra por palabra, como si estuviera hablando con un crío, a pesar de que su estatura me obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder encararlo. Su expresión cambia y ladea la cabeza, como si, de repente, hubiera visto algo interesante. Veo que su mirada se desliza para estudiar mis facciones y desciende hacia el escote de mi pijama, con lo que aumenta todavía más mi indignación. Me dedica una sonrisa lobuna que solo podría esbozar el mismísimo diablo.

—¿Qué clase de ropajes son esos? Dejan poco a la imaginación.

Le empujo el torso con una mano mientras gruño, pero ni siquiera se tambalea. Su tacto es marmóreo y noto la forma de los pectorales en los dedos, aunque su piel está fría. Si nos ponemos a criticar la indumentaria, las prendas que él lleva puestas no son del todo modernas: unos pantalones holgados y una camisa blanca sin botones que podrían pasar por el vestuario de un invitado a una fiesta medieval.

—No voy a irme a ninguna parte, así que déjese de jueguecitos intimidatorios.

Se muerde el lateral del labio inferior y continúa mirándome. Algo me dice que, al fin, parece tomarme en serio.

—¿Tiene un escrito que demuestre lo que dice, señorita…?

—Olivia —digo apretando los dientes—. Y no, no lo tengo en este momento.

¿Qué necesidad tendría de probar que el castillo es mío? Ni siquiera pensé en esa posibilidad cuando arreglaba la documentación antes de emprender el viaje. Me maldigo mentalmente por no haber sido previsora.

—Comprenderá entonces que le pida que se marche —dice él con un gesto triunfal mientras atrapa otro trozo de manzana. «Mis» manzanas; las mismas que compré ayer, maldito sea.

Niego con la cabeza.

—Pediré a mi abogado que me envíe el expediente por correo electrónico. No se preocupe. Pero no voy a irme.

—Su… ¿qué? —El desconcierto nubla sus ojos un instante, luego parece reponerse—. Mire, señorita Olivia, este castillo ha pertenecido a mi familia durante generaciones y, por estas tierras, el apellido MacLaine es sinónimo de buena reputación, por lo que…

—¿MacLaine? —repito, porque no recuerdo haberle dicho mi apellido.

Él asiente. Se señala el pecho.

—Soy Lanchan MacLaine.

Frunzo el ceño tanto que pienso que mis cejas van a chocar y niego con la cabeza con suavidad.

—No. Usted… es… no… —Las palabras se atropellan en mi boca, como si la que estuviera masticando manzana fuera yo—. Yo soy una MacLaine. Heredé el apellido de mi abuelo, al igual que este castillo.

Una mezcla de emociones cruza su rostro, aunque intenta ocultarlo.

—¿Es mi pariente? —Me mira como si pretendiera adivinar algún rastro familiar entre nosotros—. ¿Acaso es una prima de ese infeliz del tío Murdock? Siempre va dejando vástagos en los vientres de criadas, por todos los alrededores de Craignure.

Me cuesta seguir lo que dice y creo que estoy demasiado dormida aún como para enfrentarme a esto. ¿Es posible que otro MacLaine, familia lejana del *nonno*, también legara la propiedad del castillo a uno de sus descendientes? Quizá, esta sea de esas posesiones que, tras pasar de unas manos a otras, el nombre de su verdadero dueño queda difuminado con el tiempo debido a una

mala gestión del albacea y, por ese motivo, se volvió a escriturar. Él me mira, como si se hiciera las mismas preguntas que yo. Su expresión se suaviza, aunque es obvio que tiene que esforzarse en no echarme a empujones.

—No tengo inconveniente en que se quede en alguna de mis habitaciones, hasta que esta situación se esclarezca, señorita Olivia.

Yo levanto una ceja.

—En todo caso, soy yo la que le permito quedarse en una de «mis» habitaciones, señor Lanchan. Y, por favor, si es dueño de este lugar, como asegura, espero que también tenga documentos que lo demuestren.

Él suelta una risita. Es tan fría e impostada que se me revuelve el estómago. Nadie que se ríe así puede ser de fiar.

—Por supuesto. —Coge otra porción de manzana con gesto despreocupado y camina para alejarse de mí unos pasos—: Y, por favor, no sea demasiado ruidosa mientras esté por aquí. Me gusta la calma —añade, sin prestarse a mirarme.

Lo dice como si fuera yo la responsable de despertarlo con ruidos matinales al descuartizar fruta. Resoplo, indignada. Me duele la cabeza y el día acaba de empezar. Necesito hablar con alguien.



Capítulo VII

Olivia

Ni siquiera he esperado a que el maldito engreído volviera con la documentación. Si tan seguro está de tenerla, supongo que no le importará enseñármela más tarde.

Ha desaparecido en la escalera, rumbo a la planta superior, y yo me he vestido a toda prisa, todavía irritada. Después, he cogido mi bolso y he dado un portazo al salir, más por el placer de molestarlo que por otra cosa.

Afuera, el día es luminoso y pone una nota de color a mi estado anímico. Veo un par de pájaros volar, uno junto al otro, hasta que se posan en el tocón de lo que fue un árbol cercano y me subo la cremallera de la chaqueta. Cruzo por el tablón de madera, que sirve como puente improvisado, sobre el arroyo que llega hasta el río y me dirijo a casa de Elizabeth. Hubiera llamado a mis hermanas, pero no quiero que se alteren con esto y, además, necesito que alguien de la zona corrobore lo que está pasando.

Varios minutos después me encuentro frente a la preciosa edificación vecina. La casa es más impresionante aún de cerca y me permito deleitarme con sus líneas clásicas, pero estilosas.

—Ya podría haber heredado algo así —mascullo entre dientes, antes de pulsar el timbre.

En realidad no me quejo; no esperaba que mi *nonno* me dejase nada, así que tampoco voy a desear lo que no es mío. Por eso mismo, necesito aclarar esta situación. Llamo al timbre.

—¡Hola! —exclama Elizabeth con dulzura mientras se seca las manos con un trapo. Es temprano, pero ella me saluda fresca como una rosa. A la luz de la mañana, sus ojos parecen tener un toque violáceo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás… —titubeó y echo un vistazo fugaz hacia el castillo. ¿Cómo le explico que tengo un ocupa? ¿Lo conocerá ella?—. Ha pasado algo… peculiar y creo que quizá…

—¿Estás bien? —me interrumpe, después de que su mirada vuele al mismo sitio donde ha estado la mía hace unos segundos.

—Sí, es que ha habido un malentendido.

—¿Un malentendido? —Su ceño se acentúa y da un paso fuera de su vivienda. Como si tuviera vista de águila, escruta el lugar del que vengo. El balido de una oveja llega hasta nosotras.

—Hay un tipo en mi castillo que dice que es suyo —suelto con franqueza y ella me mira con los ojos muy abiertos—. Absurdo, ¿verdad? Precisamente la semana pasada entregué toda la documentación que necesitaba para acceder al castillo sin que nadie lo viera como un acto vandálico. ¿Cómo va a vivir alguien ahí? Además, no parece muy simpático. —Rechisto y niego

con la cabeza.

Ella ha escuchado mi ofuscada perorata con evidentes muestras de incredulidad; el trapo se le ha caído al suelo y lo recoge con un ademán rápido.

—Ven. —Hace un gesto brusco con el brazo para invitarme al interior de la vivienda—. Pasa y cuéntamelo todo.

Acompañadas de un té con *scones* —que agradezco muchísimo, porque no he desayunado—, la pongo al día de lo sucedido.

—¡Oh, vaya! —exclama ella, mientras rellena de nuevo mi taza. Su tono ha recuperado la naturalidad, aunque observo cierto temblor en sus manos. Yo enarco una ceja y sostengo mi bocado en el aire—. Pensé que ya se había marchado.

—¿Cómo dices? —pregunto y deposito el *scone* en mi plato con lentitud.

—Lanchan. —Sonríe y suelta una risita que hace que la mire con expectación—. Cuando me dijiste que habías heredado el castillo, pensé que él ya no viviría ahí. Hace años que no lo veo. ¡Jamás pensé que habríais heredado la misma construcción!

Mi gesto se contrae. No esperaba esto, en absoluto.

—Pero, ¿cómo vamos a ser los dos dueños de la misma propiedad? —digo en un intento de buscar la lógica—. Habrá algún escrito que tenga una fecha anterior que otro y la primera expedición anulará la posterior de alguna forma y… —Dejo la frase sin terminar cuando ella niega con la cabeza.

—Ese castillo tiene un linaje tan extenso que no habría forma de saber por dónde empezar a buscar. —Toma un sorbo de su taza antes de seguir—. ¿Sabes la cantidad de documentos que se traspapelan a lo largo de los años? Esto que te ha pasado es de lo más común. Pensé que él se habría marchado a alguna de sus otras propiedades y habría cedido esa vieja ruina.

—Parece que no —comento con cierto enfado y noto cómo las pastas se agitan dentro de mi estómago.

Por un segundo, la idea de que mi abuelo fuera consciente de todo esto y me dejara el castillo en herencia para que me cruzase con algún pariente escocés, me enciende la sangre. Era como un padre para mí y siempre intentó convencerme de que la tierra de nuestros orígenes merecía una visita. Y también tenía esa actitud desesperada por encontrarme pareja, que parece nacer en los abuelos cuando pasan de los setenta años. ¿Acaso es una idea tan descabellada que se le ocurriese hacer de casamentero *post mortem*?

—Perdona —se disculpa Elizabeth a media voz y su expresión parece sincera—. No pensé que… —Sacude la cabeza en un movimiento tan elegante que parece estudiado—. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que os cruzaseis. La verdad, habría sido mejor que no lo conocieras.

Aparta la mirada y vuelve a hacerse con la tetera para, esta vez, rellenar su taza. Si no fuera porque me ha dejado intrigada con sus palabras, le preguntaría si ha acudido a alguna academia de protocolo inglés.

—¿Por qué?

—No es la personificación de la simpatía, que digamos.

—Ya.

Recuerdo su mirada despectiva en esos ojos de un azul profundo.

—Y tiene una mentalidad un poco… —Mi anfitriona se balancea levemente, mientras mira al techo como si buscase el término adecuado entre las invisibles telarañas—. Retrógrada.

¿Por qué no me sorprende? Pongo los ojos en blanco.

—Ya lo he notado.

—Vaya, no sabía que la conversación había dado tanto de sí —comenta ella y me parece percibir cierta tirantez en su sonrisa.

Suspiro antes de dar un sorbo a mi té.

—Al menos el castillo es grande y podré evitar cruzarme con él todo el tiempo.

—Eso es cierto. Hay muchas habitaciones.

—Todas cerradas con llave —apunto y ella ladea un poco la cabeza—. Hoy quiero revisar el resto del castillo y ver en qué estancia puedo instalarme. Dormir en el comedor no es mala idea si vas de acampada, pero tengo que averiguar cómo está de habitable el resto y… —La miro directamente a los ojos y ella se sobresalta—. ¿Cómo es posible que ese hombre viva ahí si las tuberías parecen no haberse tocado en años?

Suelta una risita que me parece exagerada.

—Cuando he dicho retrógrada, me refería al sentido de la palabra en toda su amplitud. No tengo ni idea de cómo se asea ese hombre y no me interesa mantener una conversación con él para preguntárselo. Cuanto más lejos… mejor. —Asiente cuando termina la frase y se hace con otro *scone*—. Y, por tu salud mental, deberías hacer lo mismo. —Se ríe de una forma tan angelical, que me arranca una sonrisa.

Podría contarle también lo que creí ver anoche. Los ruidos. La sombra. Pero estoy convencida de que era Lanchan. Me muerdo el labio, pensativa. ¿O acaso ya estaba dormido cuando llegué? Recuerdo su desconcertada mirada en la cocina. Tuvo que verme en el saco de dormir cuando bajó de la planta superior. ¿Qué persona razonable se pone a cortar manzanas cuando otra entra en su supuesta casa?

Noto que he estado demasiado callada mientras divagaba, me termino el té y me levanto. Tengo muchas cosas que solucionar más allá de esa presencia indeseada.

Elizabeth me acompaña a la puerta y me da una palmadita en la espalda.

—Vuelve cuando quieras. Quizá, otro día, podría enseñarte los alrededores.

—Me encantaría.



Capítulo VIII

Olivia

El cochecito de alquiler ha cumplido su cometido a la perfección y casi me cuesta creer que recorra el camino de vuelta a Lochbuie con lo cargado que va. Ha sido una mañana productiva y me alegro de que anoche me costase dormir; la lista de asuntos que elaboré en el móvil ha sido de mucha ayuda.

He alquilado un generador bastante potente, mientras decido cuánto tiempo pasaré aquí —aunque también me he hecho con otro buen surtido de velas, por si las moscas—. Y he comprado un fogón portátil para comer algo más elaborado que manzanas o unos sándwiches. El microondas, por ahora, tendrá que esperar.

También me he armado con un equipo de bártulos de limpieza a ver si puedo quitar un poco del olor a viejo que flota en el ambiente y el polvo que parece cubrirlo todo. Y, por supuesto, me he recorrido Craignure en la búsqueda de un fontanero para que venga a echar un vistazo a ese puñado de viejas cañerías. Apenas he hablado con unas cuantas personas, pero parece que la idea de venir al castillo de Moy no ha hecho gracia a nadie. En cuanto lo nombraba, sus semblantes empalidecían y se excusaban con alusiones a una carga inmensa de trabajo por atender.

Justo me hallaba en esas, cuando me ha llamado Regina. He omitido el asunto de mi inquilino sorpresa, a sabiendas de que mi hermana pondría el grito en el cielo, y he comentado lo difícil que es encontrar un profesional de la fontanería en la maldita Escocia.

«Quizás pasa algo extraño en ese castillo, Oli», me ha dicho ella y sé que ha intentado sonar despreocupada, aunque no lo haya conseguido del todo.

«No digas tonterías», he atajado yo.

Lo cierto es que ninguna ha nombrado la rara situación de la noche anterior en nuestra conversación. Y lo prefiero. No quería dejarme amilanar por unos cuantos ruidos de un edificio antiguo. ¿Acaso soy una niña asustadiza? Hoy, a la luz del cálido sol escocés, todo me parece mucho más razonable que anoche.

Me ha costado la vida encontrar a un técnico decidido a asumir el encargo, pero un tal Baltimore ha aceptado estar en la puerta pasado mañana a las doce, aunque ha exigido un pago, por adelantado, del veinticinco por ciento —desde luego, no son tontos estos escoceses—.

Miro el reloj del coche con el ceño fruncido. Es obvio que se me ha hecho tarde y las tripas me rugen como si quisieran hacer un llamamiento al mismísimo monstruo del lago Ness. Decido hacer una parada, a medio camino, en el único restaurante que me cruzo por la carretera. Su

desvencijado letrero de tablones de madera y el techo a dos aguas, marrón avellana, me invitan a la comodidad del interior.

Dentro suena una música tradicional con gaitas suaves y el olor a comida caliente me hace salivar. Una camarera joven y con el cabello rubio, recogido en unas trenzas sobre la nuca, se acerca con una gran sonrisa. Parece mucho más simpática que los habitantes del pueblo que me he cruzado. Me saluda y me entrega una carta bastante escueta. Distingo el nombre de algunos platos típicos, de los que me hablaba el *nonno,* y que nunca he probado. La cara se le ilumina cuando leo que tienen *haggis* y señalo con el dedo.

—Buena elección. —Me asegura ella, con un acento inglés bastante formal.

—Puedes hablarme en escocés si quieres. Así practico. Mi abuelo me enseñó.

Ella sonríe.

—Déjame adivinar… ¿Española?

Niego con la cabeza.

—Italiana.

—¡Oh! Estuve en Milán y en Bérgamo el año pasado. Adoro tu país.

—El tuyo tampoco está nada mal. —Le guiño un ojo y ella se ríe.

—¿Estás de vacaciones?

—No exactamente. —Titubeo un instante, porque no sé cuánto contarle. Sin embargo, veo una oportunidad muy jugosa para hurgar sobre qué saben los lugareños de la posesión del supuesto señor Lanchan—. He heredado un castillo.

Ella abre los ojos.

—Menuda sorpresa. Escocia tiene más de mil quinientos castillos, aunque pocos pueden decir que han heredado uno. Felicidades.

—Oh, está muy cerca de aquí. El castillo de Moy.

Su sonrisa no desaparece ni veo la sombra que he visto cruzar en otros rostros cuando he nombrado el lugar.

—¡Vaya! Dicen que está encantado. —Suelta una risita y a mí me recorre un escalofrío—. Pero bueno, ya sabes cómo es de supersticiosa la gente. Cualquier cosa con más de cincuenta años debe estar encantada. —Hace un gesto para abarcar el restaurante y las mesas—. También han dicho que este lugar lo está, figúrate.

Eso me hace entornar los ojos con una sonrisa.

—¿En serio?

—Mis abuelos conservaban muchos objetos de los antiguos clanes que dominaban estas tierras —explica—. Todo lo que ves es parte de la historia.

Paseo la mirada por los elementos apostados en las paredes y los rincones del comedor y que pensaba que eran pura decoración. Hay espadas, alguna pistola antigua, monedas, libros y documentos, cada uno en su respectiva vitrina.

—Pero, todo esto ¿no debería estar en un museo? —me sorprendo.

Ella se encoge de hombros.

—Mi familia lo custodia desde hace décadas. Creo que mi abuelo llegó a un acuerdo con el Departamento de Conservación Histórica. Hay gente que viene a comer aquí solo para echar un vistazo.

—No sabía que estaba visitando un lugar de interés turístico —suelto y ella deja escapar una bonita carcajada.

—Si te digo la verdad, los clientes saben más que yo de este sitio. —Hace una pausa y tuerce

la cabeza—. Si quieres, podría mirar si tengo algo de tu castillo por aquí. Tendría que preguntar a mi tío, cuando lo vea. Él es quien lleva el control de cuanto hay expuesto y conoce cómo está ordenado.

—¡Eso sería genial! —Entiendo que alguien lo tenga catalogado, porque este sitio es enorme y, desde mi posición, veo otra sala al fondo. Cuando vuelvo a mirar a la camarera, hace una señal hacia los clientes de otra mesa que la requieren.

—Marchando un buen plato de *haggis* —dice a toda prisa, antes de marcharse.

Le hubiera preguntado directamente por Lanchan, pero no parecía estar muy al tanto de los hechos históricos de la región. Miro la pared de mi derecha. Si yo trabajase aquí, sin duda me recorrería el lugar para explorar la historia que se oculta entre los objetos.

Incluso podría escribir una historia.

Una chispa de emoción me aguijonea el pecho y decido meditarlo más tarde. Si excuso el hecho de que me he quedado con ganas de saber más sobre mi castillo y su ocupante, debo admitir que la comida de este sitio roza lo celestial. Es de un sabor intenso a carne especiada que se deshace en la boca y disfruto mientras observo la peculiaridad del lugar.

Media hora más tarde, me despido de la camarera, que dice llamarse Brigitta, y me encamino hacia el coche. Con la tripa llena, conduzco el último tramo hasta el castillo.

Las cortinas en la casa de Elizabeth están echadas y las ovejas pastan con calma en los prados verdes. Aparco cerca de la puerta de mi histórico edificio y la abro, cargada con las bolsas.

Cuando atravieso la planta baja hasta el salón, me quedo paralizada. Mi maleta está abierta y todas mis pertenencias, esparcidas por el suelo.

—¿Se puede saber qué hace?

Lanchan está sentado en un diván antiguo —que juraría haber visto cubierto con una sábana, hace unas horas—, y analiza con una ceja alzada la parte inferior de uno de mis conjuntos de ropa interior. Lamento no ser yo la que empuña un cuchillo ahora, para matarlo en este momento.



Capítulo IX

Lanchan

Acaricio el pequeño trozo de tela con los dedos, mientras estudio su textura, que nada tiene que ver con la lana.

—¿Hola? —pregunta la mujerzuela que pretende usurpar mi castillo.

Dejo la prenda sobre el mueble y repaso a la mujer con la mirada. Se nota a leguas que es extranjera y no solo por su acento, sino por su vestimenta, la postura y los modales —o la ausencia de ellos—. La melena oscura y ondulada le cae por encima del pecho hasta llegar a los brazos, que ahora mantiene cruzados. Una mujer morena de ojos tan negros como la noche, que asegura compartir apellido conmigo.

Trato de buscar rasgos en común entre nosotros, pero no encuentro ninguno. Solo una silueta bien definida y unos labios gruesos que reclamarían la atención de cualquiera. Los MacLaine somos rubios, aunque en nuestro linaje se ha colado algún pelirrojo —tras un acuerdo nupcial de hace décadas—. Incluso, creo recordar que el tío Murdock me comentó que había algún bastardo de pelo negro.

Y, ahora que pienso en él, tengo que acordarme de enviarle una carta para preguntar si esta tal Olivia se trata realmente de la hija bastarda de algún pariente o… ¿quién diablos es esta mujer que se ha colado en mi castillo?

Me fijo en los golpes acompasados que da su pie sobre la madera. Es impaciente. Y parece tener el carácter de un corcel salvaje. Algo en ese talante me hace sonreír.

—Pensé que había entrado en razón y no volvería —digo.

Su cara se desencaja o, al menos, lo hace su mandíbula, esculpida en líneas firmes y orgullosas. Libera los brazos de su posición y empieza a negar con la cabeza, al tiempo que camina hacia mí. Si estuviéramos en mitad de alguna batalla, no dudaría en empuñar mi espada por precaución, debido a la expresión enfurecida de sus ojos.

—Y ¿por eso se ha puesto a revolver entre mis cosas?

Da un par de zancadas y me arrebata el objeto de tela, con mucha rapidez. Observo que hace una bola con él y lo mete en ese pequeño baúl cuadrado de color chillón en el que ha traído sus pertenencias. Me limito a encogerme de hombros.

—Sentía curiosidad.

—Sentía curiosidad… —repite ella y noto la incredulidad y la irritación en su tono de voz. Puede que no sea una MacLaine en apariencia, pero el carácter y el atrevimiento bien ha podido heredarlos de la familia—. Pues la curiosidad mató al gato, ¿sabe? Así que deje de hurgar entre

mis cosas.

Se expresa de una forma un tanto singular y me obliga a arquear una ceja.

—No tenemos gato —aseguro, mientras ella recoge varios elementos que se encuentran esparcidos por el suelo, a la vez que hace unos ruiditos de molestia con la lengua—. Aunque puede matar alguna oveja si quiere asarla para cenar.

Da media vuelta, tan rápido que me parece un truco de magia.

—¡Asarla para cenar! —exclama y todo lo que sostiene vuelve a caer al suelo—. Pero, ¿cómo puede ser tan salvaje? ¿Para qué quiere matar a una pobre oveja? ¿No tiene bastante con comerse mis manzanas?

La expresión afligida de su cara me resulta muy satisfactoria. No puedo evitar mirarle los labios fruncidos. ¿Cuándo fue la última vez que me encamé con una mujer?

—A veces apetecen sabores distintos, señorita… —carraspeo antes de continuar, porque todavía tengo que verificar el dato. Si bien, decido seguirle la corriente, por ahora—. MacLaine.

Ella parece relajarse cuando digo mi apellido y suspira con resignación antes de continuar recogiendo. Me veo tentado a comentarle un par de tareas más que podría realizar, pero creo que, quizá, ella no se encuentra en el estado de ánimo adecuado para mostrarse servicial. Prefiero ir a dormir sin gritos.

Mañana intentaré sacarle información, ya que, a pesar de haberlo intentado, no he dado con el legajo que buscaba. No está en el lugar donde solíamos guardar los documentos de importancia: las escrituras, los acuerdos comerciales… ¿Acaso alguna criada…? No. Se marcharon todas hace más de un mes y se les hubiera cortado la mano si llegan a tocarlos.

Hasta que el tío Murdock no me confirme que esta mujer pertenece a la familia, debo andarme con cuidado. No será la primera vez que una dama chalada me acecha, para quedarse con mi fortuna. Siempre es la misma historia. Y yo me limito a los breves instantes de placer que me brindan, antes de que puedan echarme el lazo. No me extrañaría que esta sea otra de esas y todo esto, un ardid femenino. Por suerte, dudo de que sea capaz de abrir la puerta de mi dormitorio por la noche, así que podré descansar en paz. Aunque no me importaría quitarle ese gesto de irritación, entre las sábanas de mi cama.

Ser el heredero de los bienes y propiedades de mi padre no siempre ha sido una ventaja. Varias han sido las ocasiones en las que se han puesto sobre la mesa las palabras «matrimonio concertado» y, aunque he podido salir indemne de esas charlas, no he tenido la misma suerte en otras lides.

Todavía tengo pesadillas con la que se encaprichó conmigo hace unos meses. Quién iba a decirme que, después de librar tantas batallas, mis peores sueños serían con una mujer. Claro que, de haber sabido que su intención era contraer matrimonio conmigo, jamás habría intimado con ella. ¿Cómo iba a hacer algo así? Si mi padre llega a enterarse de que me había acostado con la bastarda del clan enemigo, cuando rechacé la propuesta de casarme con su heredera…

Sacudo la cabeza en un intento de alejarla de mi mente. Hay recuerdos que es mejor no avivar, por mucho que nos persigan cada día.

Miro a la mujer que ahora parece estar poniendo más velas por el suelo. ¿Es que nadie le ha enseñado dónde se colocan? Miro la lámpara de araña, sobre nuestras cabezas, y me doy cuenta de que yo tampoco la he encendido últimamente.

—Mañana buscaré la escalera, para evitar que siga llenando mi valioso suelo de cera, y le encenderé esa lámpara.

Ella suelta un gruñido por toda respuesta.

—Le deseo buenas noches. Y no moleste.

No entiendo las palabras que salen de su boca, pero algo me dice que ha sido una expresión poco adecuada para una dama. Quizá sí que sea una MacLaine, después de todo.



Capítulo X

Olivia

Me despierta un crujido de madera vieja. Cuando abro los ojos, descubro que estoy temblando de frío, incluso hecha un ovillo en el saco de dormir. Suelto un quejido y me giro hacia el otro lado, con la esperanza de calentarme las manos heladas y poder sentirlas al meterlas entre mis muslos. Debería estar durmiendo arriba, en alguna vieja cama de una de las habitaciones, pero al final me he quedado en «terreno conocido» por esta noche.

Escucho otro crujido, seguido de un golpe suave, en la planta superior. ¿Es que a ese engreído no le basta con usurpar mi propiedad? ¿También tiene que atormentarme cada minuto que pase aquí? Recuerdo que lo contemplé mientras se marchaba escalera arriba, tras dirigirme esa mirada altiva y decirme que no molestase. Me faltó poco para tirarle un zapato. Con esa espalda tan ancha, seguro que no habría fallado. En cambio, dediqué mi indignación a tareas más productivas; traje todas las compras desde el coche, incluyendo el generador. Podría haberle pedido ayuda para no arrastrarlo hasta la puerta del castillo, pero eso habría sido rebajarme a esa petulante mirada azul. Y no lo iba a consentir.

Mientras cargaba mi teléfono móvil, organicé un poco el salón y la cocina. Y, cuando me quise dar cuenta, era casi media noche. Adiós a mis esperanzas de hacer una excursión por las plantas superiores con una iluminación razonable.

Tras una breve llamada de mi hermano Tristan que, por supuesto, ya había sido informado por mis hermanas de los detalles del lugar, cené unos huevos revueltos con jamón que cociné en mi nuevo fogón portátil. Después, me aseé como pude, con la esperanza de que la visita del tal Baltimore, al día siguiente, supusiera buenas noticias con respecto a las cañerías.

Cuando acabé de cenar, estaba tan cansada que decidí volver a dormir en el salón. La perspectiva de recorrer la planta superior, con tan poca luz y haciendo un ruido que pudiera avivar los comentarios desagradables de mi «inquilino», no me apetecía en absoluto.

Otro golpe. Esta vez mucho más fuerte.

«*Che cazzo*». Mi maldición en italiano reverbera entre las paredes de piedra y aparto la manta de un colérico tirón, para levantarme. Si va a fastidiarme, yo también a él.

No sé dónde he dejado la linterna, así que, como me he molestado en dejar un candelabro encendido antes de acostarme, lo cojo de la mesa y subo la escalera con pisadas furiosas. Mis zapatillas hacen tanto escándalo en el silencio de la noche, que parece que me haya calzado unas botas de montaña.

Una vez en la primera planta, las hileras de puertas cerradas son como soldados inmóviles en

la oscuridad. Sin embargo, hoy no tengo miedo. Él debió de ser el culpable del ruido de ayer. Tras verlo esta mañana, la explicación más plausible que se me ocurre es que anoche se pasase con varios chupitos de vodka acompañado de algún amigo, sin siquiera ser consciente de mi llegada.

De nuevo, un aire gélido me lame la piel. Me arrebujo en mi pijama y avanzo hasta el centro de la planta. No sé cuál es su habitación, así que me detengo un instante a la espera de volver a oír algo.

Nada.

Chasqueo la lengua y me dirijo a la puerta más cercana. El pomo cede a mi demanda con un crujido metálico y polvoriento. Dentro, la luz del candelabro ilumina lo que parece ser un antiguo vestidor con dos aparadores y un enorme tocador, además de unos bancos bajos que están tapados, parcialmente, con sábanas. El polvo forma una pequeña nebulosa marrón cerca del haz de las velas. Las cortinas penden como pergaminos secos y recios, después de tantos años colgadas a ambos lados de la única ventana.

De repente, por el rabillo del ojo, creo percibir una presencia a mi espalda. Me giro tan de sopetón que casi trastabillo. Hay demasiada oscuridad como para iluminar todo el piso con este triste candelabro, pero podría jurar que avanza rápido, hacia el fondo. El idiota de mi corazón martillea sin descanso; si me levantara la camiseta quizá lo vería latir fuera de la caja torácica, como un loco.

Me he quedado paralizada, pero me repongo rápido y aprieto los dientes. Cuando avanzo, noto como si una presencia me observara, agazapada entre las sombras. No me dejo llevar por el creciente miedo que siento nacer en las tripas. Solo hay una explicación racional; una con el cabello rubio, ojos azules y una espalda gigantesca.

—Estúpido Lanchan… —mascullo.

Algo me dice que su cuarto es el del fondo, el que ayer estaba cerrado y donde viví esa alucinación tan extraña. Y me enfado. Muchísimo. Soy lo bastante inteligente como para saber lo que intenta hacer.

Quiere asustarme para que me largue.

Mis furiosos pasos recorren el trecho hasta la séptima puerta y, de nuevo, trato de abrirla. No cede. El muy desgraciado se ha encerrado dentro, aunque no he escuchado el golpe de la madera al cerrarse ni cuando ha pasado el cerrojo. Ahora resulta que, además de bruto, maleducado y arrogante, es sigiloso; todo virtudes.

Se merece un buen repertorio de mis mejores blasfemias italianas, esas que harían enrojecer hasta a mi viejo *nonno*, que tenía la lengua más sucia que un puerco en su barrizal. Y, si piensa que esta vez voy a quedarme de brazos cruzados, está muy equivocado.

Aporreo la puerta con ganas.

—¡Ábreme, ahora mismo!

Estoy tan cabreada que omito la fórmula de cortesía; es difícil llamar a alguien de usted cuando solo quieres darle un puñetazo en el hocico.

—¡Esto no tiene gracia! ¡Da la cara!

Pego la oreja a la puerta. Todo está en silencio y… Un crujido, seguido de un golpe.

—¿Lanchan? —Mi tono se vuelve más dubitativo. ¿Y si le ha pasado algo?

No. Sacudo la cabeza y vuelvo a llamar sin mayor éxito. Este silencio, cuando estoy tan enfadada, me prende fuego en las venas. Debe de estar riéndose en una esquina de esa habitación, mientras me observa con su mirar altivo. Esto es un entretenimiento. Está jugando

conmigo y con mi mente, pero no le funcionará. El jodido Lanchan MacLaine quiere quedarse mi castillo. El castillo del *nonno*. Mi herencia. Sería una estúpida si dejara que estas artimañas me empujaran a salir por patas. Y, aun así, mi corazón no se calma y tengo el vello de punta. Al exhalar, mi aliento deja una estela de vaho. Hago acopio de fuerzas y me alejo a zancadas, candelabro en mano.

Bajo la escalera con paso enfurecido y los labios apretados. Entendería que estuviera molesto, si realmente se tratase de su castillo, pero está claro que ha habido un malentendido. También cabe la posibilidad de que este hombre sea un ocupa ilegal en mi propiedad o que se trate de un demente que se cree un MacLaine. Ninguna de esas opciones me calma en absoluto.

A saber… Lo único que tengo claro es que todavía no me ha enseñado la documentación que asegura tener y eso es de lo más sospechoso. «Tú tampoco le has mostrado la tuya», me recuerdo. Aunque, como es obvio, no pienso poner a su disposición ningún documento que pueda destruir. Ya le he enviado un correo a mi abogado a ver qué forma tenemos de solucionar esto, pero necesito a ese tipo fuera de mi casa.

«Mi casa». Considerar un castillo como una casa no me parece lo más adecuado, si tengo en cuenta las dimensiones de mi piso. Por otra parte, y ya que vivo de alquiler, creo que este edificio de piedra es lo más parecido que tengo a una vivienda. Un lugar lejos de los míos y con un ambiente frío y húmedo; estoy apañada.

Mi intención era alejarme para escribir y no he avanzado ni una palabra. Y dudo de que a mi editora le sirva como excusa todo lo que me está pasando, si no lo uso para una historia —que bien podría hacerlo, pero no pienso darle protagonismo al idiota cromañón—. Aunque, quizá, el castillo sí que podría servirme de inspiración.

Parece que el enfado me ha atemperado el cuerpo, porque ya no siento esa atmósfera helada que me ha despertado. Aun así, decido calentar agua para prepararme una infusión, antes de volver a dormir.

No me gusta utilizar un candelabro para alumbrar, la linterna es mucho más efectiva, así que hago un apunte mental para comprar alguna más por si pierdo la mía otra vez.

Con la taza humeante en la mano y la tenue luz de las velas, que ilumina poco más que el saco de dormir, respiro profundamente. Tengo que idear un plan para vengarme de Lanchan. Si cree que voy a caer en sus absurdas estratagemas, es que no sabe que he visto todas las películas de *The conjuring*. Claro que, al principio, da miedo vivir situaciones extrañas, pero dejas de temerlas cuando sabes que, detrás, hay una persona de carne y hueso con muy mala leche.

Doy un trago a mi infusión, mientras intento planear alguna idea para incomodar a mi «compañero» de castillo. Cuando dejo la taza en el suelo, me sobresalta el fuerte sonido de unas ramas crujiendo en el exterior. Me pongo en pie y me dirijo a una de las minúsculas ventanas, mientras otro crujido, distinto al que he oído en la planta superior, vuelve a sonar afuera. Dudo mucho de que sea una oveja a estas horas. Y este castillo es muy antiguo, así que…

—¿Habrá salido ese malnacido sin que lo vea? —murmuro, en voz baja—. Lleva más tiempo aquí que yo, seguro que hay algún pasadizo secreto que…

Me detengo en seco cuando, una vez apartada la cortina, distingo una sombra a lo lejos. Está inmóvil, bajo un enorme árbol, y parece observarme a través de la oscuridad que nos separa, apenas iluminada por el resplandor de la luna.

«La noche está llena de sombras», me digo para tranquilizarme. Sin embargo, mis nervios entran en acción cuando la sombra se mueve y me parece distinguir la silueta de un caballo, con un jinete en lo alto, que se aleja de forma repentina. Juraría que hay un vacío allá donde debería

estar la cabeza. Es un jodido torso en movimiento.

Retrocedo varios pasos y tropiezo con las mantas, abandonadas en el suelo de cualquier manera, hasta caer de culo sobre el saco de dormir. Me tiemblan las manos, los dientes e incluso las pestañas.

«Se te está yendo la cabeza, Olivia», me digo. Y casi me falta hacer un chiste ante lo evidente.

Me quedo aquí, sin querer moverme, como si el más sencillo gesto pudiera traerme otra alucinación y fuera a ver al caballero sin cabeza sentado en el viejo diván.

«¿Ha sido real o fruto de mi imaginación?».

Una parte de mí quiere creer que, de alguna forma, la visión ha sido cosa de los ardides de ese Lanchan, pero, ¿tan lejos piensa llegar? Es imposible que se convierta en un *ninja* y prepare una actuación en tan poco tiempo, cuando acabo de verlo arriba. Tampoco creo que se haya molestado en contratar a nadie para semejante pantomima.

Parpadeo varias veces y recreo la imagen en mi mente. He visto muchas películas de terror y sé que, en todas ellas, se caracteriza a los personajes, pero… ¿por qué iba alguien a disfrazarse de jinete descabezado?



Capítulo XI

Olivia

Afirmar que he dormido sería mucho decir. He pasado el resto de la noche agitada, con la cabeza empeñada en repetir las imágenes del caballero sin cabeza y de la sombra escurridiza del piso superior. También he vuelto a sentir el frío en los huesos, el cual no me ha abandonado hasta el amanecer.

Apenas ha despuntado el alba, me he levantado como un resorte, dispuesta a que nadie me pille desprevenida de nuevo.

Ya vestida con ropa deportiva y tras desayunar, he mirado la chimenea. Si por las noches va a seguir haciendo este frío, quizá debería intentar encenderla. El primer día me pareció ver que estaba obstruida, después de mucho tiempo sin usarse.

Me pongo a gatas en el suelo y aparto viejas y podridas maderas, antes de poder meter medio cuerpo en el interior. Hay un viejo nido de ramas secas en una de las paredes y lo intento arrancar con las manos. De repente, una figura alada y negra se abalanza sobre mí. Con un grito, trato de apartarme y choco con la frente en una de las paredes de piedra. El murciélago sale volando hacia el salón con un chillido agudo. No sé quién está más asustado, pero sí sé cuál de los dos se ha hecho una brecha sobre una ceja, cuando me llevo los dedos al lugar de la contusión y siento la humedad.

—Unas vistas interesantes.

La voz impertinente me incita a dar un respingo involuntario y me doy otro golpe con la pared de la chimenea. Al final, tendré que comprarme un equipo de protección para seguir inspeccionando el castillo.

Miro de reojo y advierto los músculos de unas piernas, que no pueden ser de otro que de Lanchan, apostados a mi espalda. Estoy a gatas, con solo el trasero en pompa fuera de este cubículo. Casi puedo imaginar la sonrisa pretenciosa y de formas duras que, seguro, se dibuja en su rostro.

Trato de controlar que la sangre no me encienda las mejillas, aunque resulta en vano. Cuando repto hacia atrás para salir y me pongo de pie, sus ojos azules tienen un brillo de diversión y astucia que forma un cóctel peligroso. Me observa con una mano apoyada en el marco de la chimenea, mientras su pecho semidesnudo asoma por el desbocado cuello de la camisa. Frunzo el ceño. ¿Acaso siempre usa el mismo color de ropa?

—Eres un imbécil —suelto sin miramientos.

Él arquea una ceja.

—¿Es que vamos a empezar a tutearnos, señorita Olivia? No suponía llegar a este grado de intimidad tan deprisa, pero ya que expone sus atributos de una forma tan… explícita, quizá deba ser franco con usted. —Hace una pausa—. No estoy interesado en contraer nupcias con nadie. Y menos aún si guardamos algún tipo de parentesco.

No necesito un espejo para saber que mi cara debe de mostrar todo un surtido de emociones, mientras su mirada me recorre, con más lentitud de la que debería.

—¿Nupcias? —repito con incredulidad y decido que será mejor volver a poner distancia entre nosotros, aunque sea de forma verbal—. ¿Acaso piensa que quiero echarle el lazo o algo así? Por favor, ¿de dónde diablos ha salido? ¿Es que le falta un tornillo?

Escupo cada palabra con indignación y él me observa con sorpresa, lo que me lleva a plantearme si he traducido bien el término tornillo al escocés. Aunque, para ser sincera, ahora mismo me importa un rábano que no me entienda.

—Yo he salido del vientre de mi madre, igual que usted del de la suya —dice con gesto contrito—. Ahora solo queda saber si hay algún tipo de relación entre ellas o entre otros de nuestros familiares, para despejar las dudas de por qué está usted aquí.

Aprieto los labios.

—He escrito a mi abogado. En cuanto pueda le enseñaré la documentación de la herencia y los datos de la propiedad que constan en ella —rebato y me cruzo de brazos—. Usted tampoco me ha enseñado la escritura de la que tanto alardea.

Su mirada, que estaba revisando mi pecho con descaro, se detiene en mis ojos y un destello de oscuridad se adueña de su expresión.

—Tengo bastante cuidado con los objetos importantes y no quiero que desaparezcan por arte de magia.

—¿Está insinuando que le robaría una escritura? —pregunto y dejo escapar un bufido nada elegante, que parece sorprenderlo—. Eso es absurdo.

—Toda precaución es poca.

Entrecierro los ojos. Si no fuera porque Elizabeth me ha confirmado que este imbécil también vive aquí, pensaría de verdad que me está tomando el pelo. Aunque tampoco quiero decirle que cuento con esa información, para que no me eche en cara que es cierta. Además, a ella también ha podido embaucarla. Por lo que pude entender, no han hecho buenas migas durante el tiempo que lleva aquí. Y, ¿qué mejor estrategia que mostrarse hostil y desagradable para que la gente no te haga muchas preguntas? El señor Lanchan MacLaine me recuerda a un personaje de mi novela que, en principio, iba a ser secundario, pero que la trama…

—¿Y bien? —pregunta y vuelvo a la conversación de inmediato.

Tiene una ceja arqueada, por lo que debo haberme perdido algo de lo que ha dicho. Y, al ver que se está esforzando tanto en mostrarse como un ser despreciable, decido que no hace falta ser cortés.

—No le estaba prestando atención.

—¿Que no me estaba…? —Deja caer los puños a ambos lados de su cuerpo y veo que los aprieta con fuerza. Parece poco acostumbrado a que alguien actúe de esta forma con él, así que imagino que debe de imponer su carisma de tipo decidido y egocéntrico, allá por donde vaya.

Sonrío y me apunto un tanto al encontrar un punto débil en este gigante molesto y desaliñado.

—¿No tiene más ropa? —pregunto por seguir incordiando—. La verdad es que pensaba que alguien como usted… —añado y me interrumpo para tomarme la licencia de mirarlo de arriba a

abajo, tal y como él ha hecho conmigo— tendría más opciones.

Una sonrisa lobuna aparece en sus labios y algo me dice que he perdido la ventaja que tenía en esta batalla. Imita mi gesto y se cruza de brazos. Los músculos de su torso se marcan en la fina tela y me pregunto si tendrá alguna máquina para hacer ejercicio en su habitación.

—Tengo muchas opciones, señorita MacLaine, aunque no todas tengan que ver con llevar ropa. —Capto su doble sentido y mi réplica no se hace esperar.

—Pues podría molestarlas a ellas y dejarme tranquila.

—Le recuerdo que está usted causando incomodidades en mi castillo.

—Eso todavía hay que aclararlo.

—¿Lo del castillo o lo de las incomodidades?

Respiro hondo y él continúa sonriendo. Unos dientes perfectos aparecen tras sus mullidos labios y de pronto pienso en si habrá traído a alguna mujer a este lugar recientemente.

«Me importa un bledo», me digo. Aunque no puedo evitar pensar en qué impresión se llevaría un ligue de aparecer en un sitio como este. «A mi hermana Elvira le parecería un lugar fascinante para una cita, pero Regina y yo saldríamos por patas antes de que alguien nos atase a un potro de tortura medieval».

Que este gigante rubio esté frente a mí, demostrando un ingenio chispeante para mantener semejante ataque verbal, consigue que vuelva a enfadarme.

—Molestias las que usted se toma para asustarme.

Una de sus cejas rubias se eleva.

—¿Asustarla? —repite, confuso.

—Asustarme jugando a ser una sombra por la noche y disfrazarse de jinete sin cabeza. —Pongo los ojos en blanco y comienzo a hablar de manera atropellada—. Si esa es su estrategia para que me largue, ya puede irla olvidando. Y dígame una cosa, ¿dónde está el establo? Porque no consta en la escritura que tengo y puede que esa sea la parte que ha heredado usted para estar con los de su ralea: los animales.

Su expresión de estupor parece genuina. Quizá estudió teatro, a saber, pero obvia mi última pulla para preguntar con genuino desconcierto:

—¿Me está diciendo que ha visto usted al jinete sin cabeza?

Respiro hondo y dejo escapar el aire con fuerza.

—No me cuente historias para no dormir, que me he tragado muchas películas de fantasmas.

—¿Que se ha tragado qué? —Su cara se contrae y sacude la cabeza apenas un segundo más tarde—. Mire… No sé de qué me habla, pero no se acerque al jinete. ¿De acuerdo? Nuestro antepasado no tiene fama de ser muy amistoso, que digamos. —Se encoge de hombros con indiferencia.

—¿Qué ha dicho? —pregunto, estupefacta. «Está llevando la bromita demasiado lejos».

—Perdió la cabeza en mitad de una batalla —sigue él—. A nadie le sienta bien algo así.

—¿Me está tomando el pelo otra vez?

—Yo no he tomado nada suyo en ningún momento —repone él e imprime un tono de cierta sensualidad a la frase, incluso sin pretenderlo—. Lo único fue ese trozo de tela suave que me arrebató con tanto ímpetu… ¿Es algo personal?

Siento que las mejillas me arden.

—Por algo se llama ropa íntima, señor MacLaine —escupo con aridez y sus ojos se agrandan —. Y es de muy mal gusto que ande manoseándola cuando no le pertenece.

Se acerca y me aparta el cabello de la frente. El delicado roce me hace estremecer y se me

eriza el vello de la nuca.

—Digamos, señorita MacLaine, que «todo» lo que está en este castillo me pertenece. —Sus azules iris se quedan fijos sobrre mi rostro, antes de que su mirada descienda por mi pecho. Siento el inexistente roce más cálido que el de su mano y maldigo el hormigueo que noto en la parte baja de mi abdomen—. Y, ahora, mi querida invitada, si no tiene más conversaciones refrescantes que compartir conmigo, debería curarse la herida de la frente.

Se aleja para darme la espalda y noto que mi rabia crece de nuevo.

—No soy su… ¿cómo lo llamó? Oh, sí, divertimento, señor MacLaine.

Él gira la cabeza y se encoge de hombros.

—No lo he dicho con ánimo de ofenderla. No siempre se encuentran mujeres con su carácter por estas tierras. —Su mirada repasa el contorno de mi cuerpo y me dedica una sonrisa ladeada cuando la vuelve a centrar en mis ojos—. Y, mucho menos, con sus encantos.

Se marcha antes de que pueda replicar y pienso en cincuenta maneras diferentes con las que me gustaría borrarle esa expresión pretenciosa de la cara. ¿A qué ha venido eso? Como el truco de asustarme no ha funcionado ¿ha pasado a incomodarme con sus flirteos? ¿Es su plan b? No entiendo el juego y me lleva ventaja; tengo que pensar algo rápido para que cambien las tornas. El muy engreído es consciente de que es atractivo y sabe utilizarlo a su favor, pero me he encontrado otros tipos tanto o más imbéciles que él a lo largo de mi vida. Estoy bastante escaldada, en lo que a relaciones se refiere. Hace mucho que no creo en el amor ni en paparruchas románticas.

Dejo escapar un largo suspiro y lanzo una mirada fugaz a la chimenea. Lo único que me queda claro, por cómo va vestido, es que a él le trae sin cuidado la temperatura que haga aquí.

Miro mi reloj de pulsera. Son las nueve. Sería una bendición que el tal Baltimore también entendiera de chimeneas.



Capítulo XII

Olivia

He salido para explorar los alrededores tras ignorar a Lanchan, cuando he visto que seguía pululando por la cocina. Estoy segura de que atacará de nuevo mis manzanas o el resto de mi comida. Soy incapaz de entender cómo alguien puede tener tanto morro. Casi puedo oír cuál será su respuesta, si le digo algo en cuanto a ese asunto: «Todo lo que hay aquí me pertenece». Y como mis ganas de asesinarlo van en aumento con cada minuto que nos encontramos, lo mejor es poner tierra de por medio o acabaré en la cárcel por homicidio.

Hoy está más nublado que ayer, aun así, la temperatura, con una sudadera fina, es bastante agradable. Resisto el impulso de dar los buenos días a las ovejas y el suelo cruje a mi paso cuando me adentro entre la arboleda cercana al río y esquivo las ramas secas y las piedras salpicadas de musgo que encuentro en el camino. Quedan más de dos horas para la visita del señor Baltimore, así que es un buen momento para pasear y familiarizarme con el terreno circundante a mi propiedad.

Alzo las cejas cuando llego a un pequeño claro rodeado de abedules. Hay un banco de madera de aspecto envejecido y no puedo evitar que una imagen mía, escribiendo en ese lugar, se dibuje con nitidez en mi mente. Es fácil cerrar los ojos y dejarse llevar por la brisa con notas a cedro y a musgo. La inspiración parece un animal dormido que se despereza al compás de los sonidos del entorno. Hasta ahora, después de *El desgarro de un aliento* cada tentativa de crear una buena trama ha sido un auténtico desastre. He estado mucho tiempo buscando una historia que me motive, que tenga vida, alma y veracidad. Pero, quizá, mi error ha sido buscar demasiado. Una ocurrencia cruza, fulminante, por mi cerebro.

¿Y si es la historia la que me ha encontrado a mí?

¿Y si debo escribir la mía?

El esbozo de una idea se me dibuja, cristalino. La protagonista sería una escritora que hereda un castillo y viaja hasta su nueva propiedad para buscar inspiración. Al llegar, se encuentra con que el lugar está repleto de leyendas paranormales sobre antepasados suyos. Una autora que se cruza con la aparición de un supuesto jinete sin cabeza. Misterio histórico. A mi editora le encantará. Aunque nada de meter al dichoso Lanchan como personaje. Lo que le falta es dar alas a esa vanidad que lleva por sombrero invisible.

Sumida en ese eufórico trance creativo que siempre me invade al empezar una nueva novela, dejo que mi imaginación fluya con libertad, mientras camino hasta la orilla del río. El rumor

incansable del agua es el detonador que hace explotar mi imaginación. Casi lamento no llevar una libreta encima. Además, con las prisas, he dejado el móvil en el castillo, por lo que el bloc de notas digital tampoco es una solución. Sin embargo, lo que en otra ocasión me hubiera causado ansiedad, por dejar escapar un momento como este, ahora me hace sonreír, porque algo me dice que tengo que escribir esta historia. Sé que no se evaporará de mi memoria como tantas otras a las que creí encontrar sentido; tan claro como el agua que deja ver las piedras en el fondo del río.

Suspiro. Hay un par de ranas croando cerca y unas cuantas aves que me sobrevuelan. Me agacho un instante para meter los dedos en la corriente y dejo que las yemas se acostumbren al frío del arroyo, que debe de rondar los quince grados. Quizá la del mar, al otro lado, sea más cálida. La idea de nadar siempre me ha resultado relajante; un placer que pocas veces disfruto en mi vida, al estar en un pueblo de interior en Italia. Quizás debería comprar un neopreno y aprovechar mi estancia aquí.

Me encuentro sumida en mis pensamientos cuando el roce de unos dedos en el hombro me sobresalta. Pierdo el equilibrio y casi caigo, si no llega a ser porque esa mano me sujeta. El rostro divertido de Elizabeth arquea una ceja.

—Creo que he sido demasiado silenciosa, ¿verdad? —se excusa, con un gesto avergonzado.

—Demasiado —repongo y dejo que me ayude a ponerme de pie.

—¿Y esa herida en la frente?

—Un encuentro inesperado con un murciélago muy madrugador. —Ella suelta una risita—. ¿Qué haces por aquí?

Se alisa los faldones de la camisa.

—La verdad es que te vi salir y he pensado en preguntarte qué tal lo llevas. —Me guiña un ojo—. Ya sabes, con tu inesperado ocupante.

Yo resoplo sin miramientos.

—Vaya, ¿tan mal? —dice, con una sonrisa—. ¿Te apetece un paseo por los alrededores? ¿Aún no has visto la iglesia de Santa Kilda? ¿Y el cementerio?

Niego con la cabeza.

—Estupendo. Pues me acabo de nombrar tu guía turística particular. —Pasa un brazo alrededor del mío y me insta a seguir su paso.

—Bien. Tengo tiempo hasta las doce. Vienen a mirar las cañerías. —Agradezco la calidez de mi vecina y me sorprende que siempre tenga tanto tiempo libre, por eso me animo a preguntar—: No te lo tomes a mal, pero, ¿en qué trabajas? Siempre estás en casa, ¿verdad?

—Casi siempre. No soy una ermitaña ni nada de eso y hago mis escapadas; mi trabajo solo precisa de un ordenador y conexión a Internet. Me dedico a la banca online: acciones, planes de inversión… todo eso. —Hace una pausa y me mira—. Es un empleo interesante si sabes leer a la gente y sus intenciones. Y, créeme, he vivido lo bastante como para saberlo.

Mi boca se abre más de lo que me gustaría. Habría esperado cualquier otra profesión para ella: médico, psicóloga, profesora… Me reprendo por mi mentalidad arcaica. ¡Ni que fuera como el dichoso Lanchan!

—Vaya, entonces como el mío. Soy escritora.

Ahora la sorprendida es ella.

—¿De verdad? ¡Qué maravilla! Y ¿qué género escribes?

—Misterio, thriller… —Me siento un poco impostora diciendo esto, así que añado—: En realidad, solo tengo un libro publicado por ahora y en italiano. El año próximo lo traducirán al inglés.

Elizabeth asegura que lo buscará y me sonríe.

—Pero seguro que tienes otros proyectos entre manos.

La esperanza me vuelve a latir en el pecho y, por primera vez en mucho tiempo, asiento emocionada. Charlamos de libros el resto del trayecto, hasta que un edificio no muy grande, pero coqueto, se alza frente a nosotras, entre los árboles.

—Aquí está. La iglesia de Santa Kilda.

—Es preciosa… —murmuro.

Y no es pura cortesía. El edificio se eleva del suelo con una estructura clásica, amparado en sus muros de piedra grisácea y en el tejado a dos aguas. El contraste de las tejas azules con las cenefas superiores, en un tono marrón, lo convierten en un cóctel de colores singular y elegante. Varias ventanas alargadas de arco apuntado, muy al estilo gótico, salpican las paredes y deben de dotar de luz al interior.

—Lo es —conviene ella—. En realidad tiene una belleza peculiar. ¿Sabes que la construyó un antepasado tuyo?

—¿De verdad? —inquiero, emocionada. Esto le daría un punto extra a la trama de mi historia. Ella asiente.

—La mandó construir para demostrar su fe durante la guerra. Es la segunda iglesia que tenemos. —Alza un brazo para señalar las ventanas—. Lo bonito de esta son las vitrinas dedicadas a los santos y la tablilla de los MacLaine… —Noto cierto titubeo en su voz, que se apaga al final de la frase.

—¿Podemos entrar? —pregunto sin ocultar mi sonrisa—. Nunca he sido muy dada a los temas religiosos, pero si estoy vinculada a este sitio de alguna forma…

La expresión de mi vecina cambia durante unos segundos y se vuelve hostil. Sin embargo, no tarda más que un parpadeo en recuperar la expresión dulce y jovial de siempre, lo que me lleva a repetir mentalmente mis palabras, para revisar si he dicho algo que le haya podido sentar mal.

—Está cerrada. —Tira de mí hacia la dirección contraria, tan de repente que casi me deja caer —. ¿A qué hora has dicho que venían a arreglarte las cañerías? Tardaremos un rato en volver.

—¿Tienes llave? —pregunto e ignoro su última frase, detalle que no parece hacerle mucha gracia, pese a que se esfuerza en sonreír.

—No, lo siento. —Se encoge de hombros con elegancia. La extraña actitud me dice que no está siendo del todo sincera—. Esto lo ha debido heredar otra persona.

—Parece que este terreno está más dividido que un puzle de mil piezas —bromeo.

Elizabeth esboza otra sonrisa que pretende ser amable, pero a mí me produce cierta desconfianza. Me sujeta de nuevo por el brazo y nos encamina de vuelta.

—Entonces, ¿seguirás acampando en el salón o te instalarás en una habitación? —dice, intuyo que para intentar aliviar la repentina tensión.

—Me gustaría dormir en una habitación con una cama normal, la verdad.

—Imagino que sí, aunque con el panorama que tienes… No sé si yo me atrevería.

Ladeo la cabeza para mirarla.

—¿Por qué no te ibas a atrever?

Elizabeth se encoge de hombros.

—Me da más confianza estar en un lugar abierto que en una habitación que pueda cerrarse.

Medito sobre el oculto significado de sus palabras y alzo una ceja.

—Ese dichoso Lanchan no va a hacerme nada —afirmo con rotundidad. Y aunque la imagen de su actitud, un tanto misógina, se repite en mi cabeza, creo que el tipo responde más al refrán:

«Perro ladrador, poco mordedor».

—Yo no confiaría tanto en él.

—¿Acaso crees que podría asesinarme? —Suelto una risita, pero me detengo al ver su grave expresión. ¿De verdad piensa que mi ocupa podría…?

Ella sacude la cabeza.

—No tiene buena fama, que digamos.

—¿Qué ha hecho? —La curiosidad que siento es como una pulsión latente y abro los ojos.

—Me consta que con las mujeres no se ha portado nada bien y que es un poco… agresivo, en general.

La observo con detenimiento. Su rostro no muestra ninguna emoción. ¿Por qué me cuenta esto ahora? Está claro, desde el principio, que no le tiene ninguna simpatía, pero creo que va más allá y puedo leer la evidencia entre líneas.

—Supongo que tú lo has llegado a conocer mucho más en este tiempo.

Su cuerpo se tensa junto al mío, aunque intente disimularlo, y sé que he dado en el blanco. Desconozco qué ha pasado entre ellos, pero no me apetece ser el centro de sus refriegas. Tampoco me gusta la sensación que el proceder de Elisabeth despierta en mí; noto que me está manipulando. Entiendo que Lanchan pueda ser —y lo es, según me ha demostrado—, un engreído, un prepotente y un sinvergüenza, pero de ahí a insinuar que puede ser violento o peligroso… No sé si sentirme incómoda por las acusaciones o por compartir castillo con él. De todos modos, ella ha intentado hacerme creer que apenas había tenido trato con él y eso también me escama.

Caminamos en silencio el resto del trayecto y con el brazo entrelazado, pese a la leve incomodidad que se ha instalado entre nosotras. No puedo saber en qué piensa, si bien mi mente repite toda la información que me ha dado.

¿De verdad no tiene llaves de la iglesia? ¿Por qué me ha parecido extraña su conducta? ¿Le ha causado Lanchan algún problema que no quiere contarme? Es cierto que nos acabamos de conocer, pero se ha tomado muchas molestias en ser amable conmigo y no sé si espera el momento perfecto para hacerme alguna confesión. «O, quizá, hay algo que prefiere ocultar, Olivia», me advierto.

Llegamos a la explanada cercana al castillo y a su casa. Hay una furgoneta vieja aparcada junto a mi cochecito de alquiler. Debe de ser la de Baltimore. Espero que Lanchan haya sido amable con él. Como ese maldito cavernícola me fastidie la posibilidad de tener un baño decente…

—Queda pendiente la visita al cementerio, ¿no? —digo antes de apartarme de mi vecina y ella asiente.

—Espero que te solucionen el problema de las cañerías —comenta Elizabeth y suena amable, aunque hay algo en su voz que se pierde al levantar la mirada hacia mi castillo y veo que su atención se centra en una de las ventanas—. Y ten cuidado, Olivia.



Capítulo XIII

Olivia

La puerta está abierta y recuerdo que no la cerré al salir esta mañana. Es curioso, pero en Italia jamás se me habría ocurrido irme de casa sin cerrar. Supongo que mi forma de pensar aquí es diferente. ¿Quién entraría a robar a un supuesto castillo abandonado? Bueno, en cualquier caso, abandonado no está. Dentro hay un tipo rubio y fortachón que rivalizaría con cualquier gorila de seguridad.

Avanzo hasta el vestíbulo y suelto un «¿hola?» dubitativo.

—Hola. He llamado y la puerta estaba abierta.

Baltimore sale a mi encuentro. Es un tipo bajito y delgado con barba castaña y rizada y ojos pequeños. Tanto que, si sonriera, estoy segura de que se harían aún más minúsculos entre los pliegues de sus arrugas. Pero no sonríe. Es exactamente el mismo tipo hierático de ayer, aunque hoy va ataviado con un conjunto más profesional, en el que destaca una gorra azul con el logotipo de un grifo blanco con una gota cayendo.

—Disculpe, estaba dando un paseo. —Sus ojos recorren el interior del salón sin variar su expresión y no sé si es de hastío o de admiración—. ¿Le gusta?

Él se encoge de hombros, como si le estuviera preguntando si le gustan los platos verdes o azules y no acerca del interior de un castillo del siglo XIV.

—Está bien —responde finalmente, con apatía. Supongo que es ese tipo de personas que no se deja embelesar con facilidad y no muestra sus emociones.

Contraigo el rostro, incómoda. Puede que uno de los comentarios punzantes de Lanchan sirviera para no tener que sacarle las palabras con sacacorchos al fontanero. Por cierto, ¿dónde estará ese…? Miro hacia la escalera, por encima del hombro de mi reciente visita. Baltimore sigue mi mirada.

—¿Hay algún problema, señorita MacLaine?

—Sí, bueno, no… —Que el desgraciado de mi inquilino piense que requiero su presencia solo engordará su ego—. Es decir, ¿por dónde quiere empezar?

—¿Empezar? —Mi pregunta parece despertar alguna emoción en él y sacude la cabeza—. Por ahora, voy a echar un vistazo, para hacer una valoración.

Asiento con rapidez y veo que, de hecho, ha venido con las manos vacías y solo porta un puñado de herramientas en su cinturón de trabajo.

—Sí, sí, por supuesto. Acompáñeme a la cocina. —Me sigue en silencio y le muestro la estancia—. Y ahí, al lado, tiene el baño. Supongo que necesitará ver ambos.

—También necesitaría ver el sistema de las plantas superiores.

Asiento.

—Deme un momento.

Como no quiero hacer esto más incómodo, lo dejo ahí mientras hace su trabajo y busco el puñado de llaves en mi bolso. Quedaría como una imbécil si le digo que ni siquiera sé dónde están los otros aseos del castillo.

«Hora de explorar».

Subo los peldaños hacia el piso de arriba, dispuesta a hacer esta tarea mucho menos terrorífica que cuando cae el sol. Es la primera vez que veo esta zona a la luz del día y debo decir que hasta es acogedora. Aunque las paredes están casi vacías y polvorientas, aún hay unos cuantos tapices con aspecto de ser centenarios. A saber lo que podrían valer. Incluso, quizá, podría darme para la entrada de un coche nuevo, pues mi vehículo es apenas una chatarra vieja que solo me da problemas.

La sala no es más que un vestíbulo enorme y cuadrado que conduce a varias habitaciones cerradas, las mismas que anoche me parecieron poco halagüeñas. A mi espalda, a la derecha, otra hilera de escalones se pierde en la última planta, la zona más alta del castillo.

Abro la primera puerta para reconocer el vestidor que vi anoche y pienso que podría destinarlo a su uso original, con algunas modificaciones. Echo un vistazo a la del fondo, la que creo que pertenece al cuarto de Lanchan y aprieto los dientes. Si el arreglo de las cañerías es exorbitado, tendremos que aclarar este asunto de la herencia antes de que me vea obligada a soltar dinero.

Exploro las siguientes dos puertas. Estas están cerradas y me obligan a pelearme con todas las llaves hasta dar con las correctas. Son estancias sencillas, pero bonitas. Apoyo la mano en la cama, realizada en madera de nogal. Aunque estén viejos, los muebles parecen resistentes y tienen un tallado encantador. Con una buena limpieza, una mano de pintura a las paredes, un barnizado al mobiliario y un buen colchón cualquiera de ellas podría ser mi habitación, para los periodos que pase aquí. Mi hermana Regina estaría encantada de echarme una mano con eso y poner en práctica los conocimientos que ha adquirido tras ver tantos programas de reformas en la televisión.

La tercera puerta no está cerrada y es un cuarto de baño general para toda la planta. Es enorme e incluye varias letrinas antiguas, separadas por cubículos las unas de las otras. Lo abandonado que parece me empuja a preguntarme si Lanchan tendrá un aseo dentro de su habitación. Es obvio que aunque diga que este lugar le pertenece, no pasa mucho tiempo aquí. Tras la imagen que me ha dibujado Elizabeth de él, me imagino que será el típico hombre de negocios, borde y sin escrúpulos que, quizá como yo, haya venido por aquí para tener un respiro y se ha encontrado con una desconocida que dice haber heredado su castillo. Por un instante, me pongo en su lugar y reconozco que me enfadaría, pero yo tampoco estoy en una situación fácil y no me comporto de una forma tan increíblemente imbécil.

De repente, me sobresalto. Una suave melodía se abre paso desde algún lugar. Alguien está tocando el piano. Salgo del baño y me detengo para buscar el origen del sonido. Viene de la última planta. Tomo el tramo de escalera que lleva a la parte más elevada del castillo. Al llegar, veo que es más diáfana, hay varias estanterías con libros antiguos, un pequeño salón y un par de salas aledañas. En el lateral, junto a una de las ventanas, la espalda de Lanchan se mueve, mientras extrae la música de las entrañas del piano.

Lo observo en silencio. ¿Cómo alguien tan bruto es capaz de crear algo tan delicado?

Observo el resto de la sala y me parece que los rayos de sol que se cuelan por las ventanas aportan el toque perfecto para proporcionar un aura mágica al ambiente.

Devuelvo la mirada a la retaguardia del gigante rubio y no puedo evitar que el movimiento de sus mechones, ondeando salvajemente al ritmo de la melodía, capten mi atención.

La música cesa de pronto con un brutal golpe y me quedo petrificada.

—¿Además de invadir mi castillo pretende invadir mi intimidad? —pregunta, antes de volver la cabeza en mi dirección.

—No sabía que había un piano aquí arriba —suelto sin pensar demasiado y me doy cuenta de que debe de ser una pieza muy valiosa, si lleva aquí tanto tiempo como parece.

Da media vuelta sobre el taburete de madera y apoya los codos sobre la pieza. Con el gesto, golpea algunas teclas y el sonido aporta un toque dramático.

—¿Está haciendo una valoración del mobiliario para robarme?

Resoplo sonoramente.

—¿Siempre tiene que pensar lo peor?

—¿Acaso no es lo que usted pensaría? —pregunta, con una repentina sonrisa pícara.

Touché. Es cierto, solo pienso lo peor de este hombre, pero es la única impresión que tengo de él.

Me cruzo de brazos y enarco una ceja mientras él separa las piernas en una clara y cómoda postura de indiferencia y superioridad, lo que me lleva a pensar que disfruta con todo esto. Me dispongo a atajar el asunto.

—Solo quiero arreglar las cañerías de este lugar. Supongo que usted se lavará en el mar o en el río, ¿verdad? O ¿acaso tiene una fuente de agua potable oculta en su habitación?

—¿Una qué?

—¿Es necesario que todas las habitaciones estén cerradas con llave? —Lanzo la pregunta sin molestarme en hacer caso a la suya.

Se encoge de hombros, aunque hay un matiz extraño en su mirada, como si eso lo sorprendiera tanto como a mí.

—Es por seguridad. Nunca se sabe cuándo pueden entrar a robar —termina por decir.

Me pongo las manos en las caderas.

—Tengo el mismo derecho que usted a pasearme por todas estas habitaciones. O incluso más, teniendo en cuenta que su teoría de la propiedad de este castillo todavía sigue siendo una teoría y no una realidad.

—¿Duda de mi palabra, señorita MacLaine? —Lanchan apoya las manos sobre las rodillas y se levanta hasta que toda su estatura queda frente a mí—. Porque, hasta el momento, tampoco he visto ningún documento que acredite que usted es propietaria de nada y, sin embargo, le permito rondar por aquí.

—¿Que me permite…? —Lleno los pulmones de aire para no estrellarle la cara contra el bonito piano y me acerco un par de pasos—. Estoy tratando de arreglar este lugar y usted ni siquiera se ha dignado a preocuparse por él. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Es que le importa un rábano el estado de este sitio?

Lanchan arquea una de sus cejas rubias y echa un vistazo a nuestro alrededor, como si fuera la primera vez que estudiara la estancia con detenimiento.

—Si tiene algún problema con mi castillo es libre de marcharse en cualquier momento.

—¿Libre de marcharme? —repito y me siento una estúpida por volver a hacerlo. Respiro hondo para calmar los nervios antes de continuar—. A usted le importa un bledo este sitio y eso

me deja muy claro que no es de su propiedad. De otra manera, estaría abajo para hablar con el fontanero o se habría encargado hace tiempo de pagar a uno que arreglase el estropicio de las cañerías.

—Así que es eso lo que busca. —Se cruza de brazos y la musculatura de su pecho asoma por la camisa abierta. ¿De verdad este hombre tiene toda la ropa igual? Es increíble. Aunque supongo que al estar de vacaciones le debe traer sin cuidado lo que lleva puesto. Él remata con arrogancia—: Quiere mi castillo y mi dinero.

Le clavo la mirada, aunque tengo que echar la cabeza hacia atrás para lograrlo.

—El castillo es mío y su dinero me importa un rábano.

Los ojos de Lanchan se abren hasta adquirir el tamaño de dos naranjas.

—Y, sin embargo, me está pidiendo que pague una reparación absurda.

—De absurda nada —repongo—. Y no le estoy pidiendo nada, porque el pago de la reparación es mi responsabilidad como propietaria. Lo que quiero es que me deje tranquila y no obstaculice mi estancia aquí.

—La única que obstaculiza algo con su presencia, mi querida señorita MacLaine, es usted. Así que, si me disculpa, voy a seguir practicando. —Da media vuelta y se dirige de nuevo hacia el piano. Toma asiento y acaricia las teclas con cierta intimidad, como si me hubiese marchado.

—Actúa como un niño. —Si pudiera prenderle fuego con la mirada ya estaría carbonizado—. Le advierto que pienso abrir todas las habitaciones de este castillo, aunque tenga que arrancar las cerraduras de las puertas.

Me ignora. El muy imbécil me ignora. Y no sé si me produce más rabia que lo haga o el hecho de que me afecte. Abro la boca para seguir gritándole, pero una voz lejana me detiene.

—¿Señorita MacLaine? —Distingo la voz de Baltimore en el piso de abajo.

Aprieto los dientes y las primeras notas de una nueva melodía llenan el ambiente de nuevo. Doy media vuelta para encaminarme hacia la escalera.

—Si no vas a poner de tu parte —espeto entre dientes y me dejo de formalidades—, al menos, no molestes.



Capítulo XIV

Olivia

—Será una broma —digo tras llevarme una mano al pecho, de forma inconsciente.

Sin embargo, la cara de Baltimore no parece nada cómica y se limita a alzar una ceja, como si estuviera acostumbrado a pasar presupuestos de cuatro cifras todos los días.

—¿Qué esperaba? —dice—. Tiene un castillo con cientos de años de antigüedad. Hay que cambiar todo el sistema de cañerías y no trabajo gratis, señorita.

—Pero esto… —Doy un manotazo a los números escritos en el papel que me ha dado.

—Esto es la única opción que tiene —me señala—. No va a encontrar a nadie con ganas de meterse a trabajar en las entrañas de este sitio. Tiene suerte de que no sea supersticioso.

Elevo los ojos al techo.

—Oh, por Dios, ¿es por todo eso del fantasma? ¿De verdad se lo cree? —Casi tengo la tentación de obligar a Lanchan a bajar para que confiese. Es más que evidente que se ha aprovechado de las leyendas locales para intentar asustarme y lograr que sea yo quien abandone el castillo.

Quizá debería decirle a este hombre que el tipo con el que convivo —a la fuerza— tiene por costumbre disfrazarse y acechar en la oscuridad. Aunque puede que sea mejor no mencionar el tema.

Baltimore solo contrae un poco los labios al oír mi tono.

—Lo que yo crea es irrelevante, señorita MacLaine, pero en este país la gente ha crecido escuchando leyendas y sabe respetarlas. —Se pasa una mano por la solapa de la gorra para mirarme mejor—. Entiendo que al ser extranjera desconozca todo esto, pero no nos juzgue. Yo soy su única opción si quiere hacer estos arreglos. Lo toma o lo deja.

Me muerdo el labio. La melodía del piano se desliza por los pasillos desde el último piso.

—Y ese imbécil tocando el dichoso piano, tan tranquilo —murmuro y lanzo una mirada hacia el techo.

Baltimore sigue mi mirada sobre nuestras cabezas y sus cejas se juntan en una expresión de extrañeza. Me mira como si me faltara un tornillo, mientras yo resoplo. Supongo que, a fin de cuentas, a él le trae sin cuidado cuántos seamos aquí dentro y quién se hará cargo de la factura, mientras cobre. La idea de una ducha caliente nunca me ha resultado tan cara. Ahora valoro un poco más los placeres diarios del primer mundo.

—De acuerdo —me rindo—. Espero que se pueda pagar a plazos. ¿Cuándo empieza?

Baltimore tiene la cabeza inclinada mientras me observa; creo que empieza a barajar la posibilidad de que sufro algún tipo de bipolaridad. En mi defensa, confieso que estar escuchando a Lanchan al piano, mientras considero desembolsar una pequeña fortuna para pagar una mejora en «su» supuesto castillo, me enerva hasta extremos alarmantes.

Discuto los pormenores del contrato durante un rato. Baltimore y su hijo —que parecen ser los únicos integrantes de la empresa familiar—, tardarán un par de días en reunir el material necesario para comenzar las obras de fontanería, así que acordamos que los esperaré aquí el jueves.

Cuando se marcha en su furgoneta, lo primero que hago es llamar al abogado para acelerar la resolución de mi solicitud y que me mande el papeleo que pedí. Me asegura que a lo largo de la tarde tendré una copia en mi email, mientras espero a que otra, esta vez compulsada de la documentación original, me llegue por correo certificado en los próximos días.

Durante el resto de la mañana, me dedico a organizar un poco la que será mi habitación a partir de esta noche. He elegido la que está junto al vestidor; la ventana da al mar y me parece mucho más luminosa que las demás que he abierto. Todavía tengo unas cuantas llaves que no he utilizado y algunas puertas que siguen cerradas, pero espero cumplir la amenaza hecha a mi indeseado compañero de castillo y que no quede ninguna cerrada para finales de la semana.

El sonido incansable del piano me acompaña mientras limpio los cristales y elimino el polvo de los muebles, con el consiguiente ataque de tos. El colchón no tiene aspecto de albergar un universo de ácaros —al menos a simple vista—, por lo que me conformo con pasarle el aspirador de mano portátil, que compré el otro día, y vestirlo con unas sábanas limpias. Cuando termino, sonrío al ver lo decente que parece la cama.

Las tripas me rugen y me doy cuenta de que ya son las cuatro, así que bajo a la cocina. Aunque no me molesta comer sola, es extraño hacerlo cuando hay alguien más en el mismo edificio. Siento la pequeña tentación de avisarlo, por si tiene hambre. Sin embargo, después de valorarlo otra vez me niego a ceder, sobre todo después de lo borde que ha sido conmigo. «¿Acaso la imbécil eres tú? Ese tipo quiere quitarte la herencia del *nonno*». Lanchan no merece mi amabilidad. Además, con lo retrógrado que es, sería capaz de pensar que voy a hacerle de comer todos los días, como una esposa complaciente. «¡Ja! Pues va apañado».

El sonido del piano cesa en el momento en que termino de cocinar unos macarrones con queso. El dichoso Lanchan debe de tener los dedos curtidos, si es capaz de practicar más de tres horas seguidas. Una parte de mi mente se centra en la imagen de sus ágiles manos sobre las teclas del instrumento. ¿Será tan hábil con ellas para… ? Me reprendo mentalmente. No voy a mentirme, el tipo es arrebatador. Pero todo su atractivo físico se desvanece en favor de ese carácter despreciable. Seguro que es ese tipo de persona egoísta en todos los aspectos de su vida, incluido entre las sábanas, y la vida me ha enseñado que es mejor alejarse de los hombres así.

No he escuchado sus pasos al bajar ni la puerta de su habitación, pero deduzco que he estado demasiado entretenida en conseguir un almuerzo aceptable, aunque tardío, con los medios que dispongo. He abierto las ventanas del salón y la luz de la tarde dota al espacio de un carácter mucho más alegre y hasta confortable. Arrastro una de las pesadas sillas hasta la ventana que da al río y, con el cuenco de macarrones en una mano, me dedico a comer mientras absorbo los detalles del paisaje.

Recuerdo la extraña conversación con Elizabeth que, ahora, en frío, no me parece tan rara. Quizá haya sacado conclusiones erróneas sobre ella. Al fin y al cabo, ¿qué puedo esperar de

alguien que vive tan alejada del resto del mundo? Un poco de excentricidad sería el menor de sus problemas. Si es la única amiga que tendré por aquí, debería limar un poco la tensión que se ha creado entre nosotras. Decido que mañana iré al pueblo para comprarle un detalle por su hospitalidad. Aunque hay una parte pequeñita de mí que sabe que mis acciones tienen una segunda intención: me he quedado con las ganas de ver esa iglesia por dentro. No sé por qué tengo la impresión de que mi curiosidad le ha molestado, pero ¿para qué mostrarme algo que no puedo visitar?

De repente, mi mirada se detiene en el ostentoso juego de llaves que descansa sobre la mesa. ¿Y si alguna de ellas…? No, eso sería absurdo. Todavía cuento con algunas que suponen misterios que solo serán desvelados cuando sepa qué abren. Siempre me han gustado los enigmas, por algo escribo lo que escribo.

Eso me hace pensar en las ideas potenciales para la nueva historia que mi cabeza encauzaba esta misma mañana. Siento esa sensación electrizante que me incita a ponerme a escribir y, cuando acabo de comer, traigo el portátil y lo apoyo sobre las piernas.

Me falta tiempo para abrir un nuevo documento: «Sin título». Odio poner nombre a mis proyectos y suelo esperar hasta el final, cuando he concluido la historia, para buscar el adecuado. No es fácil dar con las palabras correctas, como diría mi editora: «Un título debe ser potente, sencillo y atractivo. Es imperativo que muestre el corazón de lo que se esconde en el interior de la obra, con el menor número de palabras posibles». Perfecta teoría que siempre me cuesta poner en práctica.

Por ahora, no pienso preocuparme por ese título en blanco, mucho menos mientras le doy forma a la trama.

La brisa mece con suavidad los bordes de la cortina. Escribo. En apenas una hora he hecho una escaleta. La hora siguiente me sirve para escribir un prólogo y parte de un primer capítulo. Hacía tiempo que una sesión de escritura no me resultaba tan fructífera y la euforia me ayuda a terminar esa unidad narrativa y saltar a una nueva página para escribir «Capítulo 2» al inicio de la segunda.

Apenas estoy describiendo el castillo, cuando una sensación de sopor me inunda. Decido cerrar los ojos un instante, con la cabeza apoyada contra la pared de piedra. Y me duermo.



Capítulo XV

Olivia

Un sonido sordo me sobresalta. Tardo unos segundos en darme cuenta de que se trata de alguien golpeando una puerta. Me lleva unos instantes más distinguir de dónde provienen y me extraña comprobar que se trata de la puerta principal. Alumbro con el móvil en esa dirección. Ya es de noche.

—Seguramente sea Elizabeth —murmuro para mí misma, antes de pensar que me parece raro que se atreva a venir si tan mala opinión tiene de Lanchan.

Me levanto de la silla cuando vuelven a llamar y elevo la mirada al techo, mientras alumbro esa zona. O bien Lanchan duerme como un tronco o no se molesta ni en abrir. Aunque… ¿Y si ha salido sin que me dé cuenta y se ha dejado la llave? Una sonrisa maquiavélica se forma en mis labios; me encantaría que se quedase fuera, a ver si su arrogancia desciende, junto con la temperatura nocturna.

Camino hacia la entrada, obligada por la insistencia de los golpes. Qué pena que la puerta no disponga de una mirilla para saber quién hay al otro lado. Me pondré un recordatorio mental para instalar una, quizá Baltimore pueda arreglarme el precio, después de todo lo que voy a pagarle por las cañerías…

Abro la puerta despacio, porque, de repente, no me parece tan buena idea hacerlo. Sin embargo, el aire frío que se cuela en el interior del castillo atestigua que ya es tarde para arrepentirse.

—¡Por fin! —exclama Elizabeth, antes de empujar la madera, hasta que queda abierta casi por completo, y pasar—. Empezaba a pensar que me dejarías afuera. —Se gira hacia mí y se tapa la cara cuando la luz le da directamente en los ojos—. Baja eso, por favor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, al tiempo que cierra la puerta. Confirmo que está empapada.

—Necesitaba hablar contigo.

—¿A estas horas? —Miro mi reloj. Es un poco más de las seis y pienso en lo triste que me parece que se haga de noche tan pronto, acostumbrada como estoy al clima de Italia.

—Es la hora de la cena. Habría sido peor venir a medianoche, pero me he dado cuenta pronto.

—¿Cuenta de qué? —inquiero, mientras observo cómo enciende una vela con la naturalidad propia de quien está en su casa.

Se acerca unos pasos en mi dirección y veo que agacha la cabeza.

—De que antes me comporté como una estúpida, Olivia —responde en un susurro.

La miro con expectación. Yo misma pensaba ir a disculparme, pero que ella haya tomado la iniciativa, teniendo en cuenta que ha empezado a llover con ganas, me lleva a pensar que la pobre tenía remordimientos. ¿Cuántas amistades debe de tener? Sea como sea, me alegro de que no se trate de una persona orgullosa.

—No suelo cruzarme con mucha gente por aquí —continúa y su expresión apenada me conmueve—. Es difícil encontrar a alguien que valga la pena, así que no quería que hubiera malos entendidos entre nosotras.

Sé que, en realidad, no la conozco demasiado, pero esto significa que la tensión que noté era una realidad más que notable y no solo fruto de mi imaginación.

—Gracias por venir, Elizabeth. Agradezco el gesto.

Ella asiente con la cabeza y, como si acabase de darse cuenta de dónde se encuentra, mira a su alrededor. Su expresión cambia y su mirada se clava en la escalera del fondo, la que da a la parte superior.

—Creo que no está —digo, porque creo leer la preocupación en su rostro.

Ella vuelve la cabeza hacia mí y se queda boquiabierta durante unos segundos.

—No había pensado en que…

—Tranquila.

La acompaño hasta la silla, ahora desocupada, de la cocina y arrimo otra a su lado. Acomodo la vela que ha encendido en el candelabro de la mesa y prendo un par más para tener una iluminación que nos permita vernos con claridad. Cuando tomamos asiento, Elizabeth echa un vistazo a la sala de nuevo, como si necesitara tiempo para pensar en sus siguientes palabras.

—La verdad es que hace tiempo que quería ver el interior del castillo, pero, si te soy sincera, no me atrevía.

Convengo con la cabeza; yo tampoco entraría aquí si no fuera porque es mío.

—Es comprensible.

—¿Se ha marchado? —pregunta y frunzo el ceño ante el tono nervioso de su voz.

—Habrá ido a dar una vuelta. No creo que abandone la que dice que es su casa con esa facilidad.

—Ah…

Percibo cierta decepción en su voz.

—Sigue insistiendo en que le pertenece así que no creo que desaparezca.

—No sería la primera vez que alguien lo hace por aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Verás… —Alisa las arrugas invisibles del mojado vestido. Si no entra en calor estoy segura de que cogerá un resfriado, aunque a ella no parece importarle. Quizá debería encender la chimenea—. Hay una leyenda sobre estas tierras que…

—No empieces tú también con eso.

—Bueno, las leyendas existen. Luego, depende de nosotros creer en ellas o no.

—Si intentas explicar la desaparición de esa gente con una leyenda, no voy a creerlo.

Ella se encoge de hombros y ese gesto me provoca desconcierto.

—Solo sé que muchas personas han visto al jinete sin cabeza, mientras que muchas otras han desaparecido en el mismo periodo de tiempo.

—¿Para qué iba a secuestrar gente un fantasma?

Ella finge quitarse una mota de polvo del hombro, antes de volver a hablar.

—Porque no tiene cabeza y necesita una.

—¡¿Qué?!

—¿No querrías tener una cabeza si te hubieran cortado la tuya?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La que se hace todo el mundo.

—¿Y qué tiene que ver esa leyenda conmigo? No entiendo por qué me cuentas esto.

—Se trata de un antepasado del clan MacLaine. Merodea por esta zona, porque estas fueron sus tierras.

—Lo que me faltaba —suelto y me dejo caer sobre el respaldo de la silla. Elizabeth enarca una ceja—. No tengo bastante con un gigante impertinente que asegura que mi castillo es suyo, como para que ahora el espíritu de un ancestro venga a decirme que todo esto le pertenece también.

Pongo los ojos en blanco y ella estalla en carcajadas. Su risa se me contagia. ¿Cómo puede ser todo tan surrealista? No tengo ni idea de cuando se originó esta locura, pero mi mente no puede dejar de pensar en lo bien que encajaría toda esa información en la novela.

Mi cara debe de ser un poema que refleja una emoción positiva —que es como me siento, al pensar que puedo tener buen material para entregar a mi editora—. Sin embargo, la siguiente pregunta de Elizabeth me pilla desprevenida.

—No me crees, ¿verdad?

La expresión de mi rostro debe de darle la respuesta, pero ella me mira, casi sin pestañear, y añade:

—Espera a esta madrugada. Aparece casi todas las noches en el bosque. —El vello se me eriza. No detecto ningún rastro de vacilación en su voz mientras habla—. Pero ni se te ocurra salir.



Capítulo XVI

Olivia

A pesar del mal cuerpo que me deja la visita de Elizabeth, mi mente está tan despierta, tras el breve rato de sueño que le he proporcionado, que no puedo más que seguir escribiendo a la luz de las velas. No es la mejor iluminación del mundo, pero va tan acorde con la ambientación del castillo que me ayuda a meterme en la historia de lleno.

Decido introducir a un personaje llamado Elisa, en honor a mi vecina; este detalle seguro que le gustará, aunque todavía desconozco la evolución o el peso que tendrá en la historia. Estoy tan ensimismada que el sonido del teléfono, al entrar una llamada, me sobresalta.

—¡Mia cara *sorella!* —exclama la voz de mi hermano. Quizá es el que tiene el acento más cerrado de los cuatro, por trabajar en un pequeñísimo pueblo al sur de Florencia—. ¿Sigues viva o te ha desmembrado alguna oveja salvaje?

Me rio. El maldito Tristan y su humor negro. Hago una mueca, aunque no pueda verme a través del teléfono.

—Muy gracioso. Sigo viva. —Mi cerebro rememora las palabras acerca de la leyenda del fantasma en este instante—. Por ahora.

Él se toma mi tono bajo en broma, aunque no he logrado deshacerme de la extraña sensación que noto en la espalda desde esta mañana. Charlamos un poco para ponernos al día y me dice que ha conseguido que le concedan unos días de vacaciones para venir aquí, con Regina y Elvira, en un par de semanas.

Deambulo por el salón mientras hablamos y mi dedo juega con la cera derretida que resbala por el soporte de una de las velas.

—Vaya, ¿y cómo se tomará tu última conquista que lo abandones durante dos semanas? —digo.

—Paolo sobrevivirá. Tenemos una relación abierta, que ya es mucho más de lo que tienes tú, *sorella*. —Hace una pausa y escucho que mastica sonoramente—. Pero, dime, ¿algún escocés de buen ver por ahí? *Outlander* ha elevado mis expectativas. Si encuentras a un Jamie me lo pido; me da igual que lo hayas visto tú primero.

Suelto una carcajada.

—No te creas que… —Me giro al notar una presencia y grito—. ¡*Merda*! ¡¿Es que no puedes saludar como una persona normal?!

Lanchan ha entrado en el salón y me evalúa con una mirada curiosa, mientras me llevo una

mano al pecho. Mi corazón parece estar buscando otro hueco en el que habitar, por la velocidad a la que se ha movido hasta mi garganta.

—¿Olivia? ¿Qué pasa? —pregunta Tristan, con cierta preocupación, desde el otro lado de la línea—. ¿Hay alguien contigo?

—Nadie importante. Un imbécil.

Lanchan abre los ojos y mira el teléfono móvil y a mí, sucesivamente.

—Oh, así que un imbécil… —dice mi hermano y no me pasa desapercibido cómo la preocupación que he notado en su voz cambia a un tono divertido—. ¿Acaso he interrumpido un momento íntimo con ese imbécil? Solo dime una cosa, ¿tienes ropa interior puesta mientras hablamos o… ?

—Oh, cállate. —Pongo los ojos en blanco. Sé cuánto adora mi hermano los chismes de cama y más si son míos, puesto que siempre alardeo de llevar una vida sentimental bastante privada—. Será mejor que hablemos en otro momento —le corto, a sabiendas de que me espera enfrentar un interrogatorio fraternal, con *stickers* variados, mediante todas las apps de mensajes instantáneos que tengo instaladas.

—¡No puedes dejarme así! —exclama mi hermano entre risas.

—Adiós, Tristan. —Cuelgo y me dirijo a Lanchan—. ¿Podrías dejar de asustarme?

Mi evidente enfado no logra que él cambie su expresión ni un ápice e ignora mi pregunta. Su atención sigue el movimiento de mi mano y el teléfono, hasta que lo guardo en el bolsillo de los pantalones. Acabo de llamarlo imbécil, pero no parece irritado, sino más bien confuso, como si tuviera cientos de cuestiones revoloteando en su mente, aunque se limita a exponer una:

—¿Quién es Tristan y dónde está? —Mira a nuestro alrededor, como si mi hermano fuera a salir de detrás de una cortina y esto fuera algún tipo de cámara oculta.

—En Italia —respondo con una mueca—. Y mejor que siga allí. Es mi hermano.

Sigue mirándome de forma extraña.

—Pero estaba… ¿Qué clase de…? —Está tan desconcertado que sacude la cabeza—. Italia está muy lejos.

—No lo suficiente como para escapar de una familia entrometida.

Él alza una ceja. Por un instante, parece comprenderme.

—Sé a lo que se refiere. Mi hermano Diatrec espantó a mi último caballo. Era un ejemplar magnífico de entre todos nuestros corceles.

Aunque su frase pueda sonar como un ejemplo perfecto de soberbia, la dice de forma demasiado natural. Como si tener «corceles», en plural, fuera algo tan frecuente como tener varios pares de zapatos. Definitivamente, este tipo debe de tener mucho dinero. El placer de montar y el mantenimiento de un animal de ese calibre seguro que conlleva dedicación y un coste desorbitado. Eso último me recuerda la factura de Baltimore y lo miro mientras me cruzo de brazos, antes de espetar:

—¿Ha encontrado sus documentos?

Me observa. Su corpachón parece llenar la inmensa estancia sin pretenderlo. Me vuelve a ignorar y se gira hacia la chimenea.

—Arreglé la madera para la lumbre esta mañana, cuando salió como un potrillo desbocado. —Vaya, así que la cosa va de metáforas ecuestres después de todo—. Puedo encenderla si lo precisa.

¿Intenta ser amable? ¿Tener un gesto altruista? Casi necesito que alguien me pellizque. Lo miro desconfiada, pero recuerdo el frío que he pasado las dos últimas noches y termino por

asentir.

Él se encamina hacia la esquina, donde hay una pila de leños recién cortados que me ha pasado desapercibida desde que llegué. Lo observo trabajar para encender el fuego. No me pregunta si tengo cerillas, aunque su método funciona. Es evidente que está bastante acostumbrado a encender chimeneas; desde luego mucho más que yo.

Cuando el crepitar de las llamas comienza a oírse en la estancia y los leños arden, él coge un atizador para moverlos.

—Se te da bien —admito.

Se incorpora y me dedica una sonrisa lobuna. Debo decir a su favor que cuando sonríe adquiere una especie de magnetismo animal.

—Hay muchas cosas que se me dan bien, señorita MacLaine.

Resoplo y él se ríe. Es una broma para incordiarme, pero decido no soltar una pulla. Quizá deberíamos mantener una conversación normal. Necesito esclarecer esta situación lo antes posible y si siempre que nos vemos acabamos igual, esto no llegará a buen puerto.

—Dejemos las formalidades. —Decido ser directa—. Llámame Olivia.

Él me mira, contrariado.

—No es lo correcto.

—¿Lo correcto para quién?

—Para dirigirse a una dama, tanto si es soltera como casada. —Hace una pausa y me mira—. ¿Está casada? No, no lo creo. Viuda joven ¿tal vez? Porque si es así esta convivencia podría dañar seriamente su reputación.

Chasqueo la lengua.

—Sobreviviré.

Pero, ¿de dónde ha salido este tipo? A saber la cantidad de estupideces que hay en el código de conducta de los círculos sociales en los que se mueve. Apoyo una mano en la cadera y señalo uno de los sillones frente al fuego.

—Siéntate.

Mi tono autoritario parece divertirlo, tanto que inclina la cabeza para estudiarme mejor. Supongo que la luz de las llamas le ofrece otra perspectiva de mis facciones y por sus ojos pasa una expresión que no sé descifrar. Vuelvo a señalar el sillón.

—Señorita Olivia, al final voy a pensar que de verdad es una MacLaine. —Camina para obedecer mi petición y añade—: Mi madre era tan obstinada como usted.

Que hable en pasado me indica que debió de perder a su progenitora. Apunto el dato. Quizá no ha tenido una vida fácil, aunque no es excusa para comportarse con esa altanería. ¿Se trata de una fachada o siempre es así?

Me acomodo en el sillón junto al suyo y decido ir al grano.

—Estarás de acuerdo conmigo en que esta situación es incómoda para ambos —comienzo—. Deduzco que no es agradable descubrir que alguien ha entrado en la que, supones, es tu propiedad. —Él abre la boca para rebatirme, pero yo sigo e interrumpo su amago—. Tampoco para mí ha sido fácil venir aquí, sabiendo que he heredado el Castillo de Moy, y encontrarme con alguien que reclama su titularidad y vive en él.

Me mira. Sus azules ojos parecen recorrer cada poro de mi rostro. Tiene los labios fruncidos y tengo la impresión de que me toma en serio por primera vez en estos días.

—Dijo que lo había heredado de su abuelo. —Lo de tutearme lo doy ya por imposible, pero, cuando habla, siento que está intentando ser paciente y lo agradezco—. ¿Cómo se llamaba?

—Murray MacLaine.

Niega con la cabeza y se cruza de brazos, con la mirada fija en el fuego del hogar.

—No hay ninguna línea de sangre en mi familia con ese nombre.

—Quizá la desconoces. Ni siquiera yo sabía que mi abuelo tenía este castillo entre sus posesiones. —Me inclino un poco sobre el brazo del sillón—. A veces, crees que conoces a alguien, pero todos guardamos secretos.

Su mirada vuelve a clavarse en la mía. Distingo algo diferente en sus ojos; una chispa de interés, de curiosidad, aunque también de preocupación.

—Estoy de acuerdo con usted, Olivia, en que me gustaría aclarar esta situación. —Hace una pausa—. Pero, tal como yo lo veo, llevo seis años en posesión de este lugar, desde que mi padre me lo cedió. A mi hermano Diatrec le regaló tierras al norte y yo me quedé con estas. No tengo conocimiento de que mis tíos hayan reclamado este castillo y, menos aún, que lo haya hecho alguno de sus descendientes. Ni siquiera conozco a nadie con el nombre de Murray, por lo que todo esto debe de ser un desafortunado error.

Noto su seguridad al hablar y me alegro de estar discutiendo como personas civilizadas, antes de dar el siguiente paso.

—Entonces, tendré que mostrarte mi documentación para que veas que no se trata de un error. —Me levanto para coger mi portátil y abrir el correo electrónico—. Da la casualidad de que me ha llegado esta tarde.

Cuando me acerco con el ordenador entre las manos, para ponerlo sobre sus rodillas, él se agarra con fuerza a los brazos del sillón.

—¿Qué diablos… ?

Lanchan abre los ojos de par en par, llenos de pánico. Su reacción es desmesurada, así que me limito a señalar el documento abierto en la pantalla, a una distancia prudencial.

—Como ves, aquí está la escritura a nombre de mi abuelo, Murray MacLaine. —Su atención se centra en la pantalla iluminada—. Y la declaración de herencia posterior que pasa, a su fallecimiento, a mi nombre, Olivia MacLaine, datado el…

Empuja el portátil hacia mí, con tanta lentitud como si fuera a explotar con el mínimo roce.

—Aparte eso de mí.

—En pocos días llegará una copia compulsada del original. Mira, esto me gusta tan poco como a ti, Lanchan, pero querías pruebas y aquí las tienes. —Noto que su rechazo enciende mi indignación—. ¿Dónde están las tuyas?

Él se levanta y camina hacia un mueble antiguo, cerca de la chimenea. Abre una de las puertecitas, casi como si quisiera arrancarla de su sitio, y rebusca.

—¿Dónde está el maldito whisky? —Se gira y da un par de zancadas hacia mí. Su repentino enfado hace que se olvide de su arcaica cortesía—. ¿Lo has cambiado de sitio? ¿Tenías que ponerlo todo patas arriba desde que llegaste? ¡Nada está en su lugar, maldición!

No entiendo a qué se refiere, pero sé que estamos muy cerca el uno del otro, tanto que sus ojos, ardientes de furia, me dan miedo.

Recuerdo las palabras de Elizabeth y retrocedo con cautela. Aún con el portátil sobre las manos, tropiezo con el sillón y me tambaleo. Lanchan me sujeta por los hombros, antes de que me caiga. Desconozco cuál es mi expresión en estos momentos, pero veo que él se tranquiliza al verla.

—Disculpe. La he asustado. —Su agarre se relaja, pero no me suelta. Uno de sus pulgares acaricia mi hombro de forma inconsciente—. Es sólo que… Todo esto es tan extraño…

Su mirada parece tan perdida que mi miedo se convierte en compasión. Es como un animal salvaje al que han soltado en un lugar desconocido y no sabe cómo adaptarse a él. No está acostumbrado a que algo escape de su control. Suelta un jadeo; la única muestra de la ansiedad que lo corroe. Sé lo terrible que es esa sensación, así que digo lo único que se me pasa por la cabeza.

—¿Tienes hambre?



Capítulo XVII

Olivia

Lanchan ladea la cabeza en mi dirección y junta las cejas. Me da la impresión de que mi pregunta no tiene sentido para él y, sin embargo, asiente con solemnidad.

—Voy a preparar un par de sándwiches —comento e intento dirigirme a la cocina. Mi brazo, todavía sujeto por su mano, me impide avanzar por lo que clavo la mirada en esa parte y luego en su rostro. Casi escupo una sucesión de palabras sin sentido a causa de los nervios que me provoca su contacto—: Si no me sueltas, va a ser complicado. De momento, no cuento con el poder de la telequinesia. Sería maravilloso mover las cosas desde la distancia, pero parece que mis genes no están por la labor.

Me libera del agarre de repente, con el rictus contraído.

—¿Eres una bruja? —espeta y observo que aprieta los puños a ambos lados del cuerpo.

—Ojalá —respondo sin más—. Creo que mi vida sería mucho más fácil, si hubiera algo de magia en ella.

—No bromees con eso.

Su voz suena tan determinante que yo, que había conseguido avanzar un par de pasos, me detengo y giro la cabeza para mirarlo.

—¿No te gustaría tener magia? —pregunto con inocencia, porque, de pequeña, como la mayoría, siempre soñé con tener algún superpoder.

Él niega con vehemencia.

—¿Por qué iba a querer tal cosa? La gente abusaría de tus poderes, te traicionaría y la multitud te perseguiría para acabar contigo. —Vuelve la mirada hacia las llamas que bailan en la chimenea—. Creo que eres demasiado ingenua, Olivia, y no sabes de lo que hablas.

Lo encaro y me cruzo de brazos.

—Seguro que si hiciera aparecer comida aquí, frente a nosotros, no te importaría tanto. —La gente es así de hipócrita. Nadie quiere complicaciones, pero si nos hacen la vida más fácil, firmamos en cualquier parte. Suspiro, porque todo esto me parece desmesurado—. ¿Quieres el sándwich o no?

Se encoge de hombros.

—Pues ahora vuelvo.

Con paso decidido, me adentro en la cocina. Los dos enormes candelabros que he traído del salón son suficiente iluminación. El generador debería bastar para abastecer de energía a una nevera —una pequeña, al menos— si quiero mantener la comida. No creo que pueda sobrevivir a

base de mantequilla y mermelada de limón. Qué ganas tengo de hacerme un buen sándwich italiano, con sus tomates cherry al horno, su jamón… Sacudo la cabeza y miro los ingredientes que tengo. «Haremos lo que podamos», me digo.

Estoy terminando mi maravillosa creación, cuando un relámpago alumbra la cocina a través de la ventana. Al otro lado, una sombra acecha en la oscuridad, bajo el mismo árbol del otro día.

—Este maldito sinvergüenza… —mascullo entre dientes.

Vuelvo a mirar sin poder creerlo. No hay duda. Hay alguien afuera. Resoplo con frustración. Me molesta que yo esté aquí, haciéndole un sándwich, y él se haya tomado la libertad de hacer el tonto para asustarme. ¿Cuándo se dará cuenta de que ese truco no funciona?

Dejo todo sobre la encimera y regreso al comedor con paso decidido. Me da igual que caigan rayos y centellas o que empiece a diluviar, si cree que me amedrantará lo lleva claro. ¿No le ha quedado ya claro que paso de estas cosas? Al final, tendré que mostrarle mi cuenta de Netflix para que vea todas las películas de terror que he visto. No va a asustarme así como así.

Llego a la gran estancia, decidida a salir al exterior y me sobresalto.

—¿Y la comida? —Doy media vuelta y miro a Lanchan con los ojos muy abiertos—. En realidad no hace falta que se… que te molestes.

Me quedo boquiabierta y él ladea la cabeza. Mi cerebro persevera en encontrar una explicación lo bastante razonable. No sé si me asombra más que esté aquí dentro tan rápido, que se esfuerce por tutearme o que muestre amabilidad.

—Así que el brujo eres tú —le acuso dubitativa y él me mira horrorizado. Apoyo las manos en las caderas—. Deja tus trucos.

—¿Brujo? ¿Trucos? ¿De qué habla, señorita MacLaine?

Adiós al tuteo. Pongo los ojos en blanco.

—Estoy tratando de ser agradable contigo, ¿sabes? Pero no me lo pones nada fácil.

—¿Yo? —espeta—. Estás actuando de forma muy extraña.

—Oh, vamos… —mascullo y chasqueo la lengua, antes de dirigirme a una de las ventanas—. Te acabo de ver ahí fuera, disfrazado, Lanchan. Ya vale con el jueguecito. —Pero, conforme hablo, noto lo irracionales que suenan mis palabras. Y su gesto de desconcierto tampoco ayuda.

—¿De qué…? —deja la pregunta sin terminar y su expresión de sorpresa se transforma en algo parecido a la rabia.

Con rápidas zancadas se aproxima a una de las ventanas y descorre la cortina. La figura sigue allí.

—¡¿Qué?! —exclamo y sacudo la cabeza—. ¿A quién has pagado para hacer esto? Me parece de muy mal gusto. ¡Y encima pretendes hacerme sentir culpable! ¡Dile que se vaya!

—No se va a ir.

—Pues en este castillo ya somos suficientes —respondo sin siquiera mirarlo y vuelvo a la cocina a por los sándwiches.

Intento no volver a mirar la silueta a través de la ventana de la cocina, pero distingo el perfil a la perfección. El caballo, tan negro como una sombra, permanece quieto, igual que su jinete. Solo percibo las pequeñas nubecitas de vaho que exhala su hocico. La figura, sobre el equino, no se mueve. Vislumbro con claridad el terrorífico vacío sobre sus hombros. Un escalofrío me recorre de cabeza a pies. No es posible que sea real. De pronto, el animal gira en mi dirección. Veo la oscuridad de su pelaje y cómo el cuerpo firme del jinete, cubierto por lo que parece una cota de malla, se orienta hacia mí. No sé cómo lo sé, pero me está mirando. Una extraña sensación se abre paso por mi cuerpo. Es como si un lazo se me hubiera colado por la garganta

para anudar mis entrañas y atraparme.

Me llama, me atrae.

Algo invisible tira de mis piernas para obligarlas a caminar. No me importa la hora que sea ni el frío del exterior.

Quiero salir. Necesito salir. Ahora.

Sin siquiera soltar el plato con la cena, me dirijo hacia la puerta del castillo. Camino como sumergida en una nebulosa. Rodeo con la mano el tirador y abro para salir a la oscuridad de la noche.



Capítulo XVIII

Olivia

La figura es aún más imponente desde la entrada. Siento su llamada desesperada y, aunque estoy aterrorizada, no puedo parar. Una parte de mi mente grita, presa del pánico. Veo el árbol perfilado a la espalda del jinete y el extraño lazo de conexión da otro insistente tirón. Avanzo un pie, para salir del hueco de la puerta, cuando una mano firme me detiene y me arrastra de nuevo al interior.

—¿Qué diablos haces? —espeta Lanchan, mientras cierra.

Yo continúo con la mirada perdida más allá de donde nos encontramos. Sin poder romper el lazo que me ordena que lo empuje y salga al encuentro de la extraña aparición. Lanchan me sacude por los hombros, hasta que logro centrar la atención en su rostro de facciones duras.

—No dejes que te domine —dice él—. El jinete es peligroso. Cuando se deja ver, siempre muere alguien de mi familia. ¿Me escuchas, Olivia?

Se esfuerza para que sus palabras se abran paso hasta mi entendimiento y lo consigue. Empiezo a temblar. Todo rastro de formalidad entre nosotros se ha desvanecido.

—Ven junto al fuego —dice en un tono autoritario, pero dulce.

Me quita el plato de sándwiches de la mano —ni siquiera recordaba que lo llevaba—, y lo deja sobre la mesa, tras dedicarle una mirada de extrañeza. Dejo que me conduzca al sillón más cercano y veo que se arrodilla frente a mí. Pese a que sus ojos parecen comprensivos, me estudian con detenimiento. No hay rastro de prepotencia ni egoísmo en su expresión.

—¿Me crees ahora? —susurra.

¿Lo creo? Una cosa es pensar que ha contratado a alguien para sus artimañas y otra lo que acabo de sentir. Todavía noto ese tirón en el estómago, que ahora empieza a convertirse en puros nervios.

Respiro hondo para calmarme. Esto va más allá de mi comprensión.

«Cuando se deja ver, siempre muere alguien de mi familia», ha dicho. ¿La atracción que he sentido es parte de esa presencia… paranormal?

Sigo en silencio. El gigante rubio me pasa una mano fría por la mejilla, en una caricia suave.

—Es la primera vez que te veo tan callada. ¿Estás bien?

Asiento. Parece preocupado de verdad. Algo en mi interior me dice que no miente; que no ha orquestado esta locura y que todo ha sido real, aunque mi mente se afane en buscar una explicación razonable.

—Te creo.

Él asiente y se aleja para traer el plato. Me tiende uno de los sándwiches y se sienta en el brazo del sillón para comerse el otro. No puedo evitar mirarlo, mientras examina el pedazo de comida entre los dedos antes de llevárselo a la boca.

—Esto no es pan de verdad —dice tras contraer el rostro.

Me obligo a masticar el mío.

—Supongo que no. —Le doy la razón. La realidad es que el pan de molde tiene tantos ingredientes químicos que no debería llamarse así—. Pero al menos llena el estómago.

Nos quedamos en silencio un instante, mirando el fuego, hasta que me decido a sacar el tema. No estoy acostumbrada a lidiar con lo que no puedo entender, así que necesito analizar la situación.

—Es un fantasma —afirmo con severidad y él asiente—. No has contratado a nadie para asustarme. —Él niega con la cabeza—. Y quiere mi cabeza. Genial.

—No la tuya en concreto. Desde que yo era adolescente se oía la leyenda del jinete y de que buscaba una para sustituir la que perdió durante el fragor de la batalla. Hay temporadas en las que se presenta más. —Da un bocado enorme a lo que le queda del sándwich—. En ocasiones, aparece todos los días y en otras pasan meses sin que se lo vea. Pero siempre ha muerto alguien en los periodos que se hace visible. —Se encoge de hombros y me mira de reojo—. Supongo que depende de si encuentra una cabeza bonita y que, en particular, le guste. Puede que se haya encaprichado de la tuya.

Tiene el descaro de dedicarme una sonrisa canalla y pongo los ojos en blanco. Pero su técnica funciona y parte de la tensión se relaja.

—Pues menuda suerte la mía —murmuro—. Ojalá tuviera una cabeza fea.

Una risa armónica y profunda brota de su garganta. Ese sencillo gesto hace que me tranquilice. La inquietud y el miedo que me han embargado hace apenas unos instantes se desvanecen un poco.

—Todo esto no deja de complicarse —me lamento—. Vine aquí para huir del estrés e inspirarme. En cambio, me topo contigo y con un fantasma sin cabeza. No sé qué es peor.

No se lo toma a mal y pienso que quizá empezamos a entendernos.

—Al menos yo no uso artimañas sobrenaturales para atraerte a la muerte. —Chupa la mermelada pegada a uno de sus dedos, en un gesto seductor, aun sin pretenderlo, y suelta—: ¡Esta crema blanca está buena! Se parece a la salsa que preparaba la vieja Tomish.

Tuerzo la cabeza hacia un lado y me muerdo la lengua; a saber qué sofisticadas salsas suele degustar, como para que su paladar se ilusione con tanta facilidad. Debe de ser asquerosamente rico. Decido no decir nada al respecto, ahora que parece que mantenemos una conversación casi normal —siempre que exceptuemos que hablamos de fantasmas y de leyendas, claro—.

Bostezo.

—Creo que es hora de ir a dormir.

—¿Vas a volver en ese jergón fino como una tabla? —pregunta Lanchan y señala el saco de dormir.

—No, ya he habilitado una de las habitaciones superiores.

Me levanto y él me sigue. No he vuelto a sacar el tema de la documentación, consciente de que ha eludido mis preguntas a ese respecto. Algo me dice que hay gato encerrado, pero, en estos momentos, voy a dejarlo estar. Ser atraída como víctima de un viejo fantasma debe de absorber mucha energía, porque me siento agotada.

Subimos la escalera hacia el piso superior y me detengo en la puerta de la que será mi

habitación.

—Me va a costar dormir después de esto.

A la luz del candelabro, él me dirige una mirada socarrona.

—¿Insinúas que quieres aprovechar la noche para otros asuntos, Olivia?

Le doy un golpe en uno de sus marmóreos brazos.

—No seas imbécil.

Se ríe. Al menos mis insultos parecen divertirlo.

—Si tengo que salvarte de nuevo del jinete, solo tienes que gritar. —Me abre la puerta y la empuja en un gesto cortés—. O romper algún objeto por el camino, si eres incapaz de salir del trance. Estoy al final del pasillo. Buenas noches, señorita MacLaine.

—Buenas noches, señor MacLaine —digo con ironía.

Lo observo antes de que se pierda en la oscuridad. No parece necesitar candelabro para orientarse. Está claro quién está más habituado a este lugar.



Capítulo XIX

Olivia

Me desperezo cuando entra algo de claridad en la habitación.

He dormido como un tronco, lo que es una verdadera sorpresa después de lo de ayer. Casi me planteo enviar un mensaje a Elvira, para decirle que he encontrado una cura para el insomnio que sufre. Aunque creo que es mejor que no mencione el tema del fantasma, si no quiero que toda mi familia adelante su viaje a esta misma tarde. El móvil amanece con varios mensajes de Tristan que exigen información sobre «el imbécil escocés». Le envío un *sticker* de un gato enfadado.

Sonrío ante la posibilidad de que mis hermanos puedan plantarse aquí de forma inesperada. Conociéndolos, se irían convenciendo unos a otros, en caso de que alguno tuviera dudas —Regina sería la única reticente con toda seguridad—. Acabarían con las maletas en mi puerta en menos de lo que tardo en llamar a un programa de ciencias de lo paranormal.

Me incorporo y observo el colchón. No es el más cómodo del mundo, pero el saco de dormir ha ayudado bastante a amortiguar el duro material del que se compone.

—Lo siento, pero no tengo dinero para cambiarte, así que tendrás que trabajar un poco más. —Doy un par de palmadas sobre la cama, como si pudiera escucharme, y me pongo en pie.

Mi objetivo de hoy es darme un baño caliente. Quizá pueda preguntar a Lanchan cómo lo hace o pedirle ayuda para entibiar el agua, ya que dudo que Baltimore me dé buenas noticias durante la mañana.

Encuentro una olla enorme en uno de los armarios de la cocina y la lleno antes de colocarla sobre el hornillo portátil. Tarda una eternidad en subir de temperatura. Por suerte, la planta inferior permanece caldeada gracias a los rescoldos que quedan en la chimenea —por lo visto Lanchan se ha asegurado de que el lugar no se convierta en un congelador—, y me lavo como los gatos —aunque con una toalla y jabón—. El agua caliente me enrojece la piel, pero lo agradezco. Y mientras me froto, los recuerdos de anoche se me amontonan.

¿Por qué tengo tan mala suerte? Brigitta me dijo que la mayoría de lugares tienen leyendas de fantasmas y demás, pero, ¿tenía que tocarme a mí el único castillo encantado de verdad? Esto es el colmo. No me veo como protagonista de una de esas películas de miedo que he visto. Sacudo la cabeza de forma enérgica.

Si el espíritu del jinete ronda por aquí… ¿es posible que su cuerpo esté enterrado en las inmediaciones del castillo? Por lo que sé, podría tratarse de un familiar y tendría sentido que hubiera muerto por esta zona.

Miro en derredor. Estoy sola en el baño, pero el solo hecho de pensar en la muerte de muchísima gente, entre estas cuatro paredes, me eriza el vello.

Me cambio y, con una infusión preparada y el portátil delante, busco información sobre el misterioso fantasma y mi castillo. Para mi desgracia, «el señor Google» no tarda ni dos minutos en darme toda la información y explicarme que, en efecto, un antepasado mío falleció durante una batalla, en la cual le cortaron la cabeza y su caballo continuó cabalgando mientras arrastraba el cuerpo.

—Fantástico —mascullo—. Esto me recuerda a la película *Troya,* con eso de ir paseando un cadáver por ahí.

Persevero en la búsqueda con la esperanza de encontrar una antigua leyenda que hable sobre el paradero de la cabeza o alguna «petición» que hubiera hecho el difunto, antes de morir, para dejar de atormentar a sus parientes. A fin de cuentas, se supone que los espíritus se quedan en este lado, cuando tienen asuntos que resolver, ¿no?

—Me estoy volviendo loca —susurro.

Si Lanchan me pilla hablando conmigo misma en voz alta, seguro que cree que no estoy en mis cabales. Sacudo la cabeza. ¿Por qué me tiene que importar lo que piense ese mastodonte rubio?

Solo hay otra persona que puede explicarme algo sobre esto. Cojo mi bolso, salgo del castillo y procuro no dar un portazo para no despertar a Lanchan —desconozco si todavía está durmiendo, pero tampoco tengo ganas de explicarle mis intenciones—. Me dirijo hacia la casa de mi vecina. Con un poco de suerte, habrá preparado algún dulce que pueda llevarme a la boca.

Afuera, cae una suave llovizna. En cuanto pongo un pie en el exterior, mis ojos van hasta el árbol y me asalta la misma sensación de impotencia. Reprimo las ganas de dar la vuelta y encerrarme, a pesar de que no hay siluetas fantasmales a caballo. «¿Sale siempre de noche? Qué típico», me digo. Fuerzo mis piernas a avanzar poco a poco hasta que adquieren un ritmo normal.

Una oveja, lejos del resto del rebaño, levanta la cabeza para mirarme mientras mastica un poco de hierba fresca. Apenas cruzo el camino de entrada a la enorme mansión de Lochbuie, cuando la puerta se abre y Elizabeth sale.

—Vaya, qué sorpresa. Buenos días —dice al verme. Lleva un jersey fino y unos vaqueros azules. El pelo le cae en ondas sobre los hombros. Tiene una de esas bellezas sencillas que son dignas de admirar—. ¿Cómo has dormido?

Sé lo que me está preguntando, pero soy incapaz de narrar nada sin un buen sustento alimentario.

—¿Te lo cuento mientras desayunamos?

Se cuelga el bolso al hombro.

—Tengo que hacer unas gestiones en Craignure, ¿te apetece venir? Yo conduzco.

Asiento con una sonrisa. Una escapadita a la civilización le vendrá bien a mi salud mental. Nos subimos a su coche, que nada tiene que ver con mi pequeño vehículo de alquiler, y emprendemos el camino.

Agradezco el rato de conversación banal sobre su trabajo, el mío y las costumbres de la zona. Elizabeth sabe tanto que me recuerda a una de esas ancianas legendarias de los cuentos, aunque apenas aparenta unos años más que yo. Luego hablamos de su casa, de todas las habitaciones que tiene, del pequeño invernadero instalado en la planta trasera y el cual adora... Siempre habla en singular. Qué extraño. No recuerdo que me haya dicho que viva con alguien y la casa es inmensa. Me decido a preguntar:

—Y vives sola en la mansión. ¿No estás casada?

Ella niega con la cabeza, sin apartar la mirada de la carretera.

—No he conocido a nadie lo bastante interesante como para atarme.

—Entiendo lo que dices —suelto una risita. Lo cierto es que yo tampoco he sentido esa conexión en varias de mis relaciones. Le guiño un ojo y ella guarda silencio un instante.

—Hubo alguien una vez... —comienza a decir—. Me enamoré como una estúpida y él me despreció tanto…

Deja la frase en suspenso y leo entre líneas que debieron de hacerle mucho daño. Vaya. Entre ese desamor y el escarceo que sospecho que mantuvo con Lanchan, la pobre Elizabeth no parece tener mucha más suerte que yo con sus amantes. El ambiente se ha enrarecido un poco con este tema de conversación, así que, para suavizarlo y empatizar con ella, paso a relatarle mis dos relaciones más espantosas.

Para cuando aparca el coche, ambas nos estamos riendo. Dejamos el vehículo cerca de la oficina de correos y entramos en una cafetería entre *vintage* y moderna. Estoy a punto de meterme el primer trozo de *pancake* con caramelo en la boca, cuando ella me mira y dice sin tapujos:

—Y bien, has visto al jinete está noche, ¿no?

Inclino la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

Ella da un sorbo a su café.

—Has venido a buscarme muy temprano. Es obvio. —Se encoge de hombros—. Así que desembucha.

Suspiro y paso a relatar lo ocurrido, incluida esa extraña sensación que me embargó, además de cómo Lanchan me detuvo. Ella permanece en silencio y se dedica a picotear sus huevos revueltos, sin probar bocado.

—La verdad es que se portó de forma mucho más amable de lo que esperaba —digo y pienso en la caricia suave de sus dedos en mi mejilla—. Quizá podemos llegar a un punto de entendimiento en común, si logramos solventar el tema del papeleo.

Ella tuerce la cabeza.

—Unos papeles que, según dices, aún no te ha enseñado. —Asiento con una mueca y ella sigue—: Es de ese tipo de hombres que sabe de qué hilo tirar, para no perder nunca. Créeme, seguro que está ganando tiempo, él y su abogado, con el propósito de hallar una solución más que satisfactoria para sí mismo.

Aunque he visto lo narcisista que puede ser ese tipo, tengo clavada su mirada desorientada antes de que perdiera el control.

Elizabeth toma un sorbo de su café y sigue hablando.

—Y, por otro lado, si el jinete se ha fijado en ti, no va a parar, Olivia —dice con gesto serio —. Lo he visto antes. La mayoría acaban perdiendo el norte.

Los *pancakes* parecen convertirse en goma dentro de mi boca.

—¿Y Lanchan? —me quejo—. ¿Por qué diantres no le persigue a él si lleva más tiempo que yo viviendo en el maldito castillo?

Ella se encoge de hombros y suelta el tenedor, tembloroso en su mano, sobre el plato. Me alegra ver que no soy la única a la que todo esto le da más miedo de lo que quiere admitir.

—Mira, hace poco que nos conocemos, aun así creo que eres una buena persona y me encantaría que fuéramos amigas —dice—, pero, si quieres un consejo: yo me iría del castillo,

antes de que sea demasiado tarde. Una herencia no merece que destroces tu vida.



Capítulo XX

Olivia

El desayuno me ha debido de sentar mal porque noto molestias en el estómago.

Estoy sentada frente a la pantalla de mi portátil y no me concentro. Es muy bonito eso de «que la inspiración te pille trabajando», pero se habla muy poco del tiempo que los escritores perdemos intentando crear una novela que no quiere salir.

Quizá el tétrico estímulo de estos días no sea lo que necesito para escribir la historia, porque no sé cómo continuar una novela con elementos paranormales, si no es siguiendo el típico hilo de las películas de terror —y espero que mi vida no tome esa trayectoria—. Desconozco en qué momento me ha parecido buena idea cambiar de género literario. Estoy acostumbrada a lidiar con asesinatos cometidos por gente de carne y hueso; el hilo fantasmagórico se sale un poco de mi zona de confort.

Bajo la tapa del portátil y decido que ya retomaré la tarea cuando tenga más avanzado el asunto del jinete y encuentre una solución. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Y si Elizabeth tiene razón y es mejor que me marche? Niego con la cabeza. No puedo creer que, al final, sea un espectro quien me obligue a abandonar este sitio y no Lanchan. Y puede que me esté comportando como una cabezota, pero me niego a ceder. No quiero darle más veracidad. ¿Es posible que todo haya sido un sueño desafortunado, fruto del cansancio? Sé que no, por mucho que insista en repetírmelo.

Esto es real; cuanto antes lo asuma, antes podré lidiar con ello.

Mi vecina no me ha dado mucha más información sobre el fantasma. Ni siquiera ella, que parece conocer la historia de estas tierras como si la hubiera vivido, ha sabido darme alguna pista para conseguir que el jinete desaparezca. Y, está claro, la idea de que se quede con mi cabeza no me convence en absoluto.

¿Por qué una cabeza de mujer? Si ese hombre murió en la batalla, ¿no tendría más sentido que quisiera la cabeza de Lanchan? Me pregunto si el hombre fallecido también tenía el pelo rubio y los ojos azules, como nuestro familiar lejano, o si prefiere los rasgos italianos y por eso se ha centrado en mí. ¿Por qué merodea por aquí? ¿Alguien se quedó con su cabeza y busca venganza por ello? ¿Y si encuentro el cráneo en alguna de las habitaciones que aún no he abierto?

Me paso la mano por la cara, consciente de que son demasiadas preguntas sin que nadie vaya a respondérmelas, y subo a la segunda planta.

Antes de ponerme a escribir, limpié el polvo de la habitación que ocupo y di un repaso al

baño. No es que ahora su apariencia sea impecable, la suciedad de tantos años se acaba incrustando y necesitaría un poco más de esfuerzo o una docena de pares de manos para quitarla, pero me siento más cómoda así. Esta es la herencia del *nonno* y quiero cuidarla como es debido.

Escucho las elegantes notas del piano en el piso superior. La imagen de mi compañero de castillo mientras toca se cuela en mis pensamientos. La verdad es que, aunque no entiendo mucho de música, el instrumento me pareció bastante valioso. Recuerdo el comentario que me hizo acerca de mi interés en quedármelo para venderlo y entiendo que debe de tener cierto valor, al menos para él. Decido que le sacaré una foto para averiguarlo.

Ahora mismo, y aprovechando que mi compañero de castillo está entretenido con las teclas, prefiero investigar el resto de habitaciones. En realidad, no me queda mucho por ver. Después de varios intentos y forcejeos con la primera puerta de un cuarto que todavía no he visitado, logro abrir y accedo al interior.

La oscuridad lo inunda todo. De hecho, el aire es tan denso que hasta me cuesta respirar. Me golpeo el pie con algo al primer paso y me tapo la boca para ahogar el quejido. Presto atención a si la música continúa sonando o si se ha detenido, lo que ocurriría si Lanchan me hubiese escuchado. ¿Es que aquí no hay una maldita ventana?

No me lo pienso dos veces y decido bajar a por la linterna para orientarme ahí adentro. Debo hacerlo o acabaré llena de moratones, algo que no me apetece lo más mínimo. Dejo la puerta abierta para que la estancia se ventile y me dirijo a la planta baja. Cuando vuelvo a subir, la puerta está cerrada y la música ha cesado.

«¿Qué diablos… ?».

Miro hacia la habitación del fondo, la que ocupa Lanchan, y me quedo inmóvil a la espera de escuchar ruido. Nada. Solo el más absoluto silencio. Enarco una ceja y vuelvo a forzar la puerta. Abierta otra vez, opto por apuntar al suelo con la linterna para ver con qué me he golpeado antes y abro los ojos como platos cuando descubro el tesoro que guarda este cuarto.

Camino despacio y con cuidado, saboreando cada paso, por mucho que me cueste respirar aquí. Me agacho para analizar la pieza de madera que tengo delante. Parece robusta —y mi pie opina lo mismo—. Acaricio con suavidad el contorno y no me hace falta ser una entendida para darme cuenta de que está fabricado con madera de excelente calidad. Muevo el haz de luz para iluminar la superficie del mueble, y me quedo embobada mirándolo. Es un escritorio antiguo que, por extraño que parezca, no muestra signos de haber sufrido ningún tipo de deterioro con el paso de los años.

Acierto a descubrir un ventanal enorme cubierto por una tela negra. Me acerco y la arranco de un tirón. La estancia parece cobrar vida, cuando el sol se cuela sin misericordia, y descubro que está llena de muebles —algunos tapados, otros expuestos—. Me quedo boquiabierta. Todo esto debe de valer una fortuna. ¿Cuánto tiempo llevan aquí? ¿A quién habrán pertenecido?

Observo el escritorio de mi derecha y me da la impresión de que está muy bien cuidado. ¿Puede que sea de Lanchan? ¿Es posible que haya traído todos sus muebles aquí, porque quería instalarse en el castillo?

«Y aun así no se ha molestado en arreglar las cañerías», pienso y niego con la cabeza.

La luz diurna ilumina lo bastante, pero necesitaría abrir los batientes de la ventana para ventilar a conciencia. Me acerco a ella y, de repente, la puerta se cierra a mi espalda con un gran estruendo. Suelto una maldición en voz alta y cruzo la habitación a zancadas.

Basta de jueguecitos de terror.

Una vez en el distribuidor, me planto frente a la puerta de Lanchan, para aporrearla.

—Sal de ahí, maldito idiota.

Alguien me toca el hombro y me giro, con el corazón bombeando tan deprisa que estoy segura de estar al borde del infarto. Me encuentro con una mueca de ceñudas cejas rubias. Estoy harta de sus gestos silenciosos. Le aporreo el pecho con las manos y él me las sujeta con rapidez.

—¿Qué ocurre?

—«Tú» ocurres —espeto e intento liberarme, pero su agarre es férreo. Tiene las manos heladas y me sobreviene un escalofrío—. Pensaba que, después de lo ocurrido ayer, ibas a dejarte de estupideces paranormales.

—El jinete no es una estupidez —dice él y noto que su mirada se posa en mis ojos, antes de descender hacia el resto de mis rasgos, como si buscara algo que se le hubiera perdido.

Chasqueo la lengua.

—No estoy hablando del jodido jinete, *¡merda!*

Me deshago de su sujeción de una sacudida y camino hasta la puerta del despacho. Él me sigue a zancadas.

—Me creo lo del dichoso tipo sin cabeza del exterior —digo, justo al entrar en la estancia—, pero paso de lidiar más con los ruidos y las sensaciones extrañas dentro del castillo. ¿Es que no te basta con atormentarme con las leyendas? ¿Acaso tu abogado te ha recomendado que me eches a la calle cuanto antes? ¿Es eso? ¿Intentas ser amable para echarme cuando menos lo espere?

Su expresión pasa del desconcierto suave a una confusión total. Sus ojos observan los muebles allí guardados y, después, pasan a mi figura, que lo enfrenta con las manos en las caderas.

—No sé nada de esos hechos extraños que mencionas, Olivia. —Su boca habla, pero es como si su cabeza estuviera en otra parte, mientras estudia el lugar. Se muerde el labio antes de continuar—. Estos muebles… ¿por qué están aquí?

Alzo una ceja. Mi paciencia está llegando a su límite.

—¿A mí me preguntas? ¡Y yo que sé! Tú eres el supuesto dueño de esto, según dices. Sin embargo, hasta ahora no hay nada que lo demuestre más que esa expresión altiva con la que siempre andas.

Me mira y tuerce la cabeza.

—Tienes carácter y no te importa demostrarlo.

Resoplo ante la absurda evidencia, pese a que él me observa como si hubiera hecho un descubrimiento tan sorprendente como que la tierra es redonda.

—Lo dices como si eso fuera lo extraño en todo este asunto. —Avanzo hasta la ventana y trasteo para volver a intentar abrirla.

—Lo es cuando se trata de una mujer.

Lo miro de soslayo y pongo los ojos en blanco.

—Por favor, menuda mente arcaica ha heredado tu rama familiar. Hace mucho que el papel sumiso de la mujer quedó superado, pero parece que usted se perdió esa noticia, señor MacLaine.

Mi boca se llena con varias palabrotas italianas, mientras forcejeo de puntillas con el pestillo de la ventana.

—Permíteme.

De repente, su voz ronca, decidida, y con ese marcado acento escocés está tan cerca de mí que me pregunto si habrá sido instruido en algún tipo de formación militar o pertenece a alguna agencia de espías —lo que explicaría, quizá, su dinero, su forma de comportarse y lo bien que se

le da esquivar las preguntas—. Mis pensamientos se contraen y se hacen una bola cuando noto su pecho pegado a mi retaguardia y la forma en que se inclina hacia adelante para acercar su mano a la mía. Apenas ejerce presión y el pasador cede para permitirme abrir sin dificultad.

Su torso roza mi espalda y lo siento liviano y sólido al mismo tiempo. No se aparta, aunque tampoco me resulta incómodo.

—La belleza de este lugar me sigue sorprendiendo a veces. —Su tono, cargado de admiración, es bajo y ronco mientras observa el paisaje.

Lo imito. Desde esta habitación, la estampa del mar junto a los árboles es capaz de quitar el aliento a cualquiera. Y el sol… ¡Qué sol! Su luz imprime destellos a la espuma de las olas que lamen la orilla. Es curioso, pero ese color azul me recuerda demasiado a los ojos de Lanchan, que pueden cambiar de tonalidad según pasa de la calma a la agitación, en apenas segundos.

—Mi abuelo siempre decía que Escocia tiene una luz especial —murmuro—. Ahora sé que es a esto a lo que se refería.

Él guarda silencio un instante y dice:

—Mi madre también decía eso.

Me giro al percibir su melancolía, pero deja de parecerme buena idea al ver lo cerca que estamos. Su mirada se pasea por mi rostro, como si intentase rascar bajo las capas superficiales de piel en la búsqueda de un rasgo en común que ate nuestro apellido. Su intensivo estudio se detiene más de lo debido en mis labios y trago saliva con fuerza.

—He traído pastel de carne —digo, en un intento de romper con este momento, pues se me antoja insólito y cómodo al mismo tiempo.

El contorno de sus labios se dilata y esboza una sonrisa, lo que es aún peor, porque siento que mi corazón brinca un breve instante, igual que cuando se circula en un vehículo que cruza un badén que nadie espera.

¿Es este el mismo hombre que intenta echarme del castillo? Me cuesta pensar que sea tan retorcido cuando sonríe de esta forma.

—Estoy hambriento —dice y me sostiene la mirada unos segundos antes de apartarse.

—Tú pones la mesa.

Su expresión se torna pura diversión, como si recibir órdenes de alguien —y más de una mujer— fuese algo totalmente novedoso.

—Sí, mi señora —dice, al tiempo que se lleva una mano al pecho a modo de burla.

Bajamos al piso inferior y nos acomodamos en una esquina de la mesa, con dos buenos trozos de pastel de carne que compré en un restaurante, antes de dejar la ciudad con Elizabeth.

—¿Y tu familia? ¿Dónde está? —me lanzo a preguntar, en parte por buscar esa raíz genealógica que une al *nonno* con este gigante rubio.

—Mi madre murió de unas fiebres cuando yo tenía dieciocho años. Mi hermano Diatrec y yo nos quedamos al cuidado de nuestro padre que, menos de un año después, se casó con una condesa del clan de los MacDougall.

Vaya, así que condesa. Eso explica la fortuna que tenía su familia.

—No me sentaron bien esos esponsales —reconoce, mientras traga el último bocado—. Ni siquiera esperó a que pasara el período de luto.

—Supongo que debió de ser duro —digo y tomo un trozo de mi pastel.

Él asiente.

—Adoraba a mi madre tanto como adoro este castillo. Aún parece que la veo por aquí, junto a la chimenea, con uno de sus libros de leyendas bajo el brazo. —Hace una mueca—. Quizá por

eso mi padre me legó este lugar cuando se trasladó a vivir con su nueva esposa. Pero ahora me odia.

Alzo las cejas. Me sorprende que su familia viviese aquí cuando, en teoría, esto pertenecía a mi abuelo. Quizá sí que hubo algún lío con la documentación de la propiedad, muchos años atrás.

—¿Por qué? —pregunto. Ahora que se ha abierto un poco, prefiero continuar con su relato familiar antes que retomar temas conflictivos.

—Quería que llenara este lugar con una familia, para perpetuar el apellido. Y yo me niego a desposarme. Que se encargue Diatrec de llenar este sitio de sobrinos. —Suspira y añade—: Odio que alguien me dé órdenes.

—Y, sin embargo, has puesto la mesa de forma muy eficaz —le pincho.

Sonríe. Me cuesta imaginar que sigan existiendo personas obsesionadas con la posición y el legado, pero supongo que no debería sorprenderme que ocurra en este rincón alejado del resto del mundo.

—¿Y tu hermano?

—Heredó otra de nuestras propiedades al norte. Me propuso irme con él y dejar esta antigualla. —Pasa la mano por la mesa, en una caricia—. Pero el castillo me recuerda demasiado a mi madre como para abandonarlo.

Se me contrae el rostro. No debería, pero me siento culpable, despreciable incluso, pues es como si intentara arrebatarle su último recuerdo familiar.

Pienso en mi familia y lo unidos que estamos. Puede que cada uno tenga sus excentricidades, pero, al final, todos congeniamos, aunque sea después de una discusión, como aquella vez en la que Elvira decidió convertir la habitación de nuestro hermano en una biblioteca sin encomendarse a nadie, ni siquiera a nuestros padres. Mi hermano se puso hecho un basilisco, ya que solamente llevaba dos meses fuera de casa. Sin embargo, y tras una gran discusión, todos coincidimos en que, si algún día mi hermano regresaba, se quedaría con el cuarto de Elvira y ella pasaría a dormir en la nueva biblioteca. Sonrío al recordar lo poco que le importó a mi hermana ese detalle.

—¿En qué piensas? —la pregunta de Lanchan me devuelve al presente.

Esos iris azules me apuntan con curiosidad y sacudo la cabeza ligeramente.

—En mi familia.

—No pretendía aburrirte con mis historias.

—No lo has hecho —respondo, y percibo alivio en su mirada—. Supongo que en cada casa hay problemas diferentes.

Él asiente con la cabeza.

—Vamos —dice de repente y se pone en pie. Me tiende la mano y frunzo el ceño—. Quiero enseñarte algo.



Capítulo XXI

Olivia

Afuera, el clima no acompaña. Si bien es cierto que entraba algo de claridad por las ventanas, el tiempo ha cambiado. El aire frío y húmedo me azota la cara en cuanto salimos al exterior. Agradezco haber cogido el anorak, pese a que Lanchan me mira extrañado. Supongo que aquí la gente se abriga con prendas más clásicas, pero tampoco me parece normal que él haya salido en mangas de camisa.

—¿No tienes frío con la falda? —pregunto mientras avanzamos para rodear el castillo.

—Es un *kilt*.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y? No tiene pinta de abrigar mucho.

Él se vuelve hacia mí y me dedica otra de sus miradas indescifrables. «¡Venga ya! Es imposible que no note el aire gélido en esos muslos torneados». Miro sus piernas y me dejo embelesar por el movimiento de los músculos. Creo que existen columnas con menos grosor. Definitivamente, este hombre debe de tener un gimnasio en su habitación. O, quizá, pertenece a ese uno por ciento de la población que tiene la suerte de salir así de fábrica.

—¡Vas muy lenta!

Me sobresalto ante la posibilidad de que me haya pillado mirándolo. Siento que el calor aflora en mis mejillas y acelero el ritmo. Noto que las deportivas se hunden en la tierra húmeda y pienso que tendré que limpiarlas en cuanto volvamos.

Levanto la cabeza para comprobar la distancia que me separa de Lanchan y me doy cuenta de que estamos pasando por delante del árbol, bajo el que aparece el jinete sin cabeza. Un estremecimiento me recorre la espalda y doy media vuelta para comprobar que nadie nos sigue. Respiro aliviada y, pasado un rato, me doy cuenta de a dónde nos dirigimos.

Sonrío y me emociono de anticipación. Supongo que es él quien debe de tener la llave de la iglesia de Santa Kilda. Acelero el paso hasta quedar a su lado.

—¿Vamos de visita? —No me importa que mi voz refleje la ilusión que siento.

Lanchan ladea la cabeza para mirarme y me dedica una media sonrisa.

—No vamos a visitar a nadie —dice, y, como siempre, se toma de forma literal mis palabras —. Voy a enseñarte qué otras propiedades incluyen nuestras tierras.

En un par de zancadas vuelve a dejarme atrás. Sin embargo, la palabra «nuestras» lleva implícito un mensaje de lo más alentador y consigue que no me importe lo más mínimo que se

empeñe en ser un cretino.

Llegamos al templo y me quedo embobada con su arquitectura, igual que cuando la vi con Elizabeth. En esta ocasión, me atrevo a acariciar la pared de piedra y no puedo evitar compararla con la de mi castillo. ¿Es posible que ambas salieran de la misma cantera? ¿Cómo se diferencia una piedra de otra a simple vista?

Lanchan forcejea con la puerta y escucho la queja de las bisagras.

—¿Qué haces? —pregunto en cuanto me acerco.

—Alguien ha cerrado esto con llave —masculla entre dientes y enarco una ceja.

—¿No tienes una copia?

—¿De la llave? —Él arquea sus cejas rubias, sin soltar su presa—. ¿Dónde quieres que la lleve, Olivia?

—No sé lo que escondes bajo ese *kilt*. —No he terminado de pronunciar la frase y ya me arrepiento de lo que he dicho.

Su expresión se relaja, hasta el punto de parecer incluso complacido. Suelta la puerta y me lanza una mirada de arriba a abajo que, de no ser por el frío, podría abrasarme por completo.

—¿Te gustaría saberlo? —pregunta, con voz ronca.

—¡Por supuesto que no! —espeto y me esfuerzo por aparentar indignación.

—Qué interesante… —comenta, al tiempo que se acerca a mí.

Sus ojos son dos puñales certeros y tiene una expresión oscura y orgullosa en ese esbozo de sonrisa.

—¿De qué hablas, Lanchan?

—Despierto interés en ti. Sé leer tu mirada.

Me quedo boquiabierta.

—¡Menudo engreído!

Se encoge de hombros con arrogancia.

—Yo lo llamo perspicacia, pero tú puedes ponerle el nombre que quieras.

Observo cómo se aleja para bordear la iglesia. Una sarta de palabrotas italianas acude a mis labios para ponerlo verde.

Hace tiempo decidí que centrarme en buscar amor, sexo o cariño de un hombre era una tremenda pérdida de tiempo. Y podría citar varios ejemplos que refuerzan mi hipótesis. Vale, el tipo está de buen ver. Punto y final. Es evidente que contemplar un cuadro no es lo mismo que animarte a pintarlo. No creerá que, solo por el hecho de que esté admirando su físico, oculto algún tipo de sentimientos por él, ¿verdad? No, no siento ni el más mínimo interés. «No lo siento. No lo siento. No lo siento», me repito. Me molesta que suene a que estoy intentando convencerme, pero hay una vocecilla que me dice que la respuesta no es tan sencilla. Resoplo de frustración. Estoy a punto de seguir al gigante rubio, cuando distingo una cara conocida, a unos metros de distancia.

—¡Hola! —exclama Brigitta.

Está guapa con el pelo suelto y un vestido de lana fina, hasta los tobillos, que acompaña con unas botas. Se acerca a la carrera y advierto que viene con alguien más. Es un hombre de avanzada edad y bastante escuálido, como si el tiempo vivido le hubiera consumido la grasa y los músculos. Me sorprende que, a pesar de su aspecto, se mueva con tanta ligereza. Estos escoceses están hechos de otra pasta.

—A veces damos paseos por este terreno —explica Brigitta y trata de contener los jadeos que le ha provocado el esfuerzo de venir corriendo—. ¿Qué haces aquí?

—Estamos haciendo una visita —comento y señalo la iglesia, a cuya parte trasera acaba de irse Lanchan. Ella sigue la dirección de mi mano, en la búsqueda del integrante necesario para que use ese plural.

—Vaya, pues hoy la iglesia está cerrada —se lamenta Brigitta—. Solo se abre para oficios religiosos particulares, como bodas, bautizos y sepelios.

—Oh, qué lástima. —Me giro en dirección al hombre casi raquítico, cuando llega hasta donde estamos—. Hola, soy Olivia MacLaine.

—Yo soy Oliver MacCartney, el tío de Brigitta, encantado. —Inclina la cabeza en mi dirección.

—¿El dueño del restaurante?

—Uno de ellos —se apresura a corregir, lo que me hace pensar en lo complicado que debe de ser gestionar un negocio entre varias personas—. Mi sobrina me dijo que habías heredado el Castillo de Moy, menuda sorpresa.

—La sorpresa es saber que hay un fantasma en los alrededores —afirmo con una tranquilidad que no siento.

Brigitta vuelve la cabeza hacia mí a toda velocidad, pero su tío suelta una risotada.

—Bienvenida al club —responde el hombre—. Si no tiene una maldición, un espíritu rondando por los pasillos o una estatua endemoniada, tu castillo no tiene ningún valor, querida. Los lugares con historia no tienen precio.

Hago una mueca.

—Pues que se largue a darle valor a otro lugar.

—Haz que se marche —contesta él, con total tranquilidad.

—Ni que hubiera un manual —espeto, mientras sacudo la cabeza.

Él no se ríe. Se encoge de hombros, en tanto me mira con fijeza.

—Los fantasmas tienen una misión —explica—. A veces es la de proteger a un ser querido, otras encontrar algo que perdieron. Puede que incluso la venganza.

Un escalofrío me recorre la nuca, como si me hubieran conectado un cable de alta tensión, pero intento que no se me note. Parece que no tengo mucho éxito, porque Brigitta le sacude el brazo a su familiar con suavidad y lo amonesta:

—Tío Oliver, la estás asustando.

—Disculpa —se retracta él—. Lo que quiero decir es que solo se marchará cuando haya cumplido su propósito. Y me temo que eso es algo tan personal que es difícil de descubrir.

—Entiendo.

¿Me tengo que quedar con ese espectro dando vueltas por mi castillo hasta averiguar si lo que quiere es mi cabeza, tener la conformidad de que estoy bien o ayudarlo a encontrar sus gafas perdidas? No me parece nada esperanzador, la verdad.

—Bueno, tenemos que seguir —dice Brigitta y casi me alegro de concluir esta conversación con tintes paranormales. Mi vida se está convirtiendo en algo muy raro, últimamente. Brigitta añade—: Te esperamos por el restaurante otro día, ¿eh?

—Trato hecho.

Su tío me dedica una sonrisa y ya no me parece tan inquietante. Quizá solo es un viejo que se deja llevar por el folclore de las leyendas.

—Que pases un buen día, Olivia. Ha sido un placer conocerte. —Me guiña un ojo—. Y suerte con ese fantasma.

Los veo alejarse, caminando entre los árboles. Bordeo la iglesia para encontrarme con mi

acompañante y me extraña no verlo por ninguna parte. Miro la pared del templo con un mohín en los labios. Es entonces cuando una mano me agarra la pierna y doy un respingo. Lanchan se carcajea, mientras sale al exterior desde un hueco bajo y cuadrado que ni siquiera he visto.

—Vamos. Esta es la salida secreta de Santa Kilda —explica—. Todas las iglesias de por aquí poseen una. Las construyeron como medio de huida rápida en caso de ataques protestantes.

Miro el cubículo con una ceja alzada. Tiene una portezuela de madera que pasa desapercibida en la estructura.

—No voy a meterme por ahí, como una ladrona.

Él no pierde su sonrisa.

—¿Y vas a quedarte con las ganas de verla por dentro?

Mis labios se fruncen tanto, que creo que voy a tragármelos. El maldito ha sabido advertir lo curiosa que soy. Me convenzo de que voy a hacerlo en aras de obtener una maravillosa documentación para mi novela y no porque realmente me puedan las ganas de saber qué misterios esconde este edificio.

—Ve tú delante y te sigo —le digo y acompaño la frase con un gesto de la mano para que se dé prisa—. No me apetece ver lo que sea que lleves debajo de ese *kilt.*

«Y tampoco me apetece darte una buena panorámica de mi trasero».

Él se carcajea mientras lo veo agacharse con destreza y suelta:

—No llevo nada. ¿Acaso debería?

Desvío la mirada antes de que la visión de algo pueda eclipsar cualquier pensamiento racional y pongo los ojos en blanco.

«¿Acaso es de esos que sigue las normas tradicionales de indumentaria escocesa? ¿En pleno siglo XXI? ¡Por Dios!». Suspiro y cuento hasta diez antes de seguirlo. Conforme repto por el pasadizo, un par de telarañas se me enredan en el pelo. Me cuesta creer que él no se las haya llevado todas por delante, al meter ese corpachón en este lugar tan estrecho.

El trayecto no es muy largo y salgo, para enderezarme, justo por una puerta bajo lo que parece el presbiterio. Aunque el día se haya nublado, veo los colores de las vidrieras resaltados por la luz. A mi espalda, el ventanal más grande y de corte gótico ilumina los humildes bancos de rezo y distingo unos polvorientos asientos acolchados en tejido rojo.

—Hacía tiempo que no venía, pero está muy distinta —dice Lanchan a unos pasos por delante de mí—. Quizá el señor Renler, el párroco, haya decidido hacer algunos cambios.

Lo veo pasearse y señala una cruz amarilla, de lo que parece ser arenisca, en el lado sur del pórtico.

—Esa cruz es celta —explica—. La encontró mi padre excavando en las inmediaciones del río y creyó correcto colocarla aquí.

Asiento y doy una vuelta completa sobre mis talones para admirar las vidrieras.

—Son preciosas.

—Representan a San Orán y a Santa Kilda.

—No conozco su historia —admito. La historia en general, y mucho menos la de carácter religioso, jamás ha sido uno de mis fuertes.

—Bueno, es curioso, pero se cree que Santa Kilda fue en realidad Sir Kildan, un santo ermitaño que vivió en estas montañas. Se dice que lo encontraron ahogado en el río, mientras buscaba a Dios.

—¿Y aclaran algo sobre si la cabeza seguía sobre sus hombros? —inquiero, divertida—. Quizá tu querido jinete quiso probársela para ver cómo le quedaba.

Su expresión se torna seria.

—El jinete apareció años después de que se construyera este lugar. Y no deberías tomarte a chanza el pasado de nuestra tierra. Por otro lado, harías bien en cerrar a conciencia la puerta del castillo esta noche. —Hace una pausa—. Si te atrajo hacia él una vez, volverá a intentarlo.

Le sostengo la mirada y otro escalofrío me recorre la espalda cuando recuerdo lo que me ha dicho el tío de Brigitta. ¿Cuál será el propósito del jinete y por qué aparece delante de mí? Lanchan debe de percibir que me ha perturbado, porque inicia una cháchara, en apariencia insustancial, sobre la capilla y algunas anécdotas, como la de la oveja que se coló durante el enlace matrimonial de una pareja de vasallos de sus padres. No es de extrañar que la gente de aquí, con una población tan reducida, siga empleando términos tan arcaicos. Así que me conformo con hacer preguntas para ampliar la información. Parece relajado mientras habla de sus recuerdos y eso hace que sus ojos se aclaren.

Permanecemos aquí hasta casi el atardecer, aprovechando que no hay visitantes que interrumpan nuestra conversación. Me alegro de haber enterrado, de momento, el hacha de guerra y de sentir que puede haber un punto de comprensión entre nosotros. No es que me plantee convertirlo en mi nuevo mejor amigo, pero es cierto que me parece más cómodo, para todos, no estar atacándonos de manera constante.

Cuando decidimos irnos, me tiende la mano para invitarme a dejar el banco en el que estoy sentada. La acepto y sonrío ante el caballeroso gesto, dado que me resulta cortés pese a estar algo pasado de moda. Me doy cuenta de que empiezo a acostumbrarme a estos ademanes suyos. Sus dedos sostienen los míos más tiempo de lo que sería necesario y me acaricia con el pulgar antes de soltarme. Hay una tensión palpable en el ambiente y se despierta un hormigueo en mi estómago, sin que sepa identificar qué lo origina. Noto su mirada penetrante y desvío la mía hacia las paredes de la iglesia.

—Vaya, no me has dicho qué es esa tablilla —digo, más con la intención de distraer su atención que por saciar mi curiosidad.

Él sigue mi mirada, sin cambiar su expresión.

—Es la primera vez que la veo.

Se acerca a zancadas y lo sigo sin pensarlo dos veces.

Se trata de una tabla pequeña y rectangular con un escudo como única nota de color entre el mensaje. De repente, noto rigidez en su espalda.

—¿Qué diantres… ? No, no es… —Lo oigo murmurar. Se gira hacia mí, con el semblante tan pálido como un espectro—. Vámonos. Ahora. —Es una orden.

—Pero no me has dicho qué es lo que…

—Puede quedarse aquí sola si es lo que desea, señorita MacLaine. —Su voz ha cambiado de forma radical y sus ojos parecen guardar un mar embravecido en su interior—. Quizá, si el jinete le arranca la cabeza, no tendré que soportar más su presencia.

A zancadas, se dirige hasta el pasadizo sin que yo pueda reaccionar. Me quedo allí plantada un instante, sin entender cómo alguien puede ser tan despreciable. Lanzo una mirada fugaz hacia la tablilla y solo consigo distinguir que hay algunos nombres grabados en ella.

Doy media vuelta, suspiro y aprieto los puños antes de seguir el camino que ha tomado mi maleducado acompañante. El maldito Lanchan MacLaine es una montaña rusa emocional a la que, acabo de decidir, no pienso subirme.



Capítulo XXII

Lanchan

«No puede ser».

Respiro hondo y, aunque suavizo la tensión que se me acumula en la mandíbula, mis puños siguen apretados. Cuento mentalmente hasta diez para relajarme, pero no funciona.

Hace mucho que no vengo, es cierto, pero lo que acabo de leer no tiene sentido. Avanzo a grandes zancadas y verifico de reojo que Olivia me sigue.

No tengo ganas de hablar con ella ahora. Ni con ella ni con nadie. Bueno, con alguien sí, porque alguna persona tendrá que explicarme lo que acaba de suceder.

Entro en el castillo sin aminorar la marcha y subo los escalones de dos en dos. Tras entrar en mi habitación, cierro de un portazo y me siento en la silla frente al escritorio. Apoyo los codos sobre la robusta madera y entierro los dedos en el pelo. Sé que estoy respirando con agitación y, de repente, noto mucho frío.

¿Qué se supone que significa esto? ¿Acaso es una broma de mal gusto? Tengo la cabeza embotada, igual que esas noches con Diatrec tras pasarnos un poco con el vino. Me hago con algo de papel y me dispongo a escribir. Una carta; sí, eso será lo mejor. Pero, en cuanto la punta de mi pluma descansa sobre el papel crema, vuelve a resonar en mi cabeza lo que he leído.

«Y el fallecido Murdock MacLaine, que donó a esta capilla la… ».

El tío Murdock… ha muerto. Pero, ¿cuándo? No sé si estoy más sorprendido por la terrible noticia o porque nadie me la haya hecho llegar. Sin embargo, hay algo que me descoloca aún más. Un detalle en apariencia ínfimo, pero que se dibuja inmenso en mi mente.

La fecha de fallecimiento tallada al final de la tablilla.

Esa fecha… «No, no y no».

Esa información está equivocada.

No es posible que…

Sacudo la cabeza y me tiro de varios mechones de pelo.

No tiene sentido.

Nada lo tiene.

Me levanto y deambulo por la estancia sin rumbo fijo. Un incipiente dolor de cabeza me obliga a detener el paseo a ninguna parte y me tumbo sobre la cama. Es tan robusta que ni siquiera cruje bajo mi peso.

Miro al techo e intento dejar la mente en blanco, pero no funciona. Por el rabillo del ojo veo que la cortina púrpura, que decora la pared, se mece con suavidad.

Un aluvión de recuerdos, vividos con mi tío, acude a mi mente y no cesa de dar vueltas. No era mi padre y, sin embargo, siempre actuaba como tal. Esbozo una sonrisa melancólica. Mis primos siempre tuvieron celos de mí por ganarme el cariño de su progenitor. Mi tío Murdock… él no puede estar muerto. Yo lo habría sabido.

Aprieto los ojos y siento que el dolor de cabeza se acentúa. Ojalá tuviese uno de los ungüentos de mi madre ahora, para poder aliviarlo. Siempre fue una mujer creyente en lo que a los beneficios de las plantas se refiere, a pesar de que a mi padre nunca le gustó que jugase con esas artes de dudosa procedencia. Siempre decía que corría el riesgo de que la gente la tildara de bruja.

«Bruja».

Un recuerdo se abre paso, inmisericorde, entre todos los demás.

Es una imagen borrosa que aumenta el dolor en mis sienes: una mujer morena, que aplica un ungüento en mi pierna, tras una batalla. Ella sonríe y yo respondo al gesto de igual manera. Aunque no consigo distinguir su rostro.

La ansiedad se incrementa y tengo la sensación de que hay más recuerdos que quieren surgir, pero algo lo impide. Una especie de barrera invisible. Ahora, mi mente evoca la imagen de la misma mujer morena, cuyos iris, de un extraño color púrpura, captan mi atención, pese a no verla con nitidez. Se encuentra tirada en el suelo, frente a mí, mientras me grita con lágrimas en los ojos y su vestido verde está cubierto de barro. Yo estoy riendo. Noto la crueldad de mi gesto, el desprecio, el orgullo y la vanidad.

Frunzo el ceño al notar un retortijón que me aplasta el corazón. En el recuerdo, ella, con el rostro contraído por el odio, me señala con la mano y brama algo que no consigo descifrar, aunque, de algún modo, sé que mi expresión se congela en ese justo momento. Varios pinchazos cruzan la parte frontal de mi cerebro y me presiono los ojos y las cejas con las manos.

¿Qué diablos… ?

Otro flash doloroso me trae una imagen de la mujer morena desnuda y tendida sobre mi lecho. Su cuerpo es perfecto y el pelo le cae por delante de los pechos para acentuar la sensualidad que desprende. No dudo en tomarla y ambos disfrutamos del encuentro. Sin embargo, ella espera un compromiso y yo no tengo intención de proponérselo.

Las imágenes siguientes se suceden a toda velocidad y mi mente no es capaz de reproducirlas sin que sienta que me aplastan la cabeza contra una piedra; mi padre enfadado, cerca del aparador; mi madre con actitud avergonzada, frente a la chimenea; varios mensajeros con malas noticias; mi hermano tratando de calmar el ambiente y yo, apático, apretando los puños por debajo de la mesa.

Sé que estoy gritando. No sé si en el pasado o en el presente.

Y las imágenes siguen: varios caballeros armados a pocos metros de la entrada de casa; una batalla innecesaria; llantos y lamentos desgarradores que se funden en un cántico amenazador, junto con las palabras de esa extraña mujer morena. Una mancha blanca es lo único que queda de todo ese delirio.

Y entonces lo comprendo.

La fuerza del entendimiento es como un huracán que amenaza con consumirme.

Unos golpes en la puerta me llevan a abrir los ojos de golpe. Jadeo de forma incontrolada y noto las gotas de sudor que se deslizan por mi frente. Me apoyo sobre los codos y miro en derredor mientras intento entender. «Oh, Dios».

—¿Lanchan? —La voz de Olivia se escucha débil, desde el otro lado de la madera—. He

escuchado los gritos. ¿Estás bien?

Guardo silencio. Me he quedado sin palabras y sin fuerzas. Ella vuelve a llamar con los nudillos. El miedo, la incertidumbre y la sorpresa se apoderan de mí a la vez y no quiero sucumbir a ninguna de ellas.

Más golpes, pero yo guardo silencio. La escucho mascullar algo antes de que sus pasos se alejen. En un impulso, me pongo la palma de la mano frente a la boca y ahogo un gemido.

Quiero gritar, quiero destrozar muebles, quiero llorar como un crío. Y, mientras soy víctima de mi particular lucha, me extraño de que, pese a lo evidente que me resulta ahora, ella no se haya dado cuenta.



Capítulo XXIII

Olivia

Me desperezo en la cama en cuanto suena el despertador de mi teléfono móvil. Aunque me costó dormirme, caí como un tronco cuando lo hice. Y eso que tenía un cabreo de mil demonios.

Intentar entender a Lanchan es un ejercicio imposible. Después de su escapada de la capilla a toda prisa y de los gritos en su habitación, el muy imbécil ni siquiera quiso abrirme la puerta; yo solo deseaba asegurarme de que estaba bien. Una parte de mí quería saber qué provocó que perdiera los nervios de esa forma, pero preguntar sin tapujos parece ser una táctica que no funciona con él.

Cené sola y me quedé escribiendo hasta la madrugada al sentir a mis musas revitalizadas, tras la pequeña excursión a Santa Kilda.

Antes de acostarme, tuve el valor de asomarme a la ventana por la que habíamos visto al jinete. Sin embargo, la noche estaba tranquila y no había rastro del fantasma cerca del árbol ni en sus inmediaciones. De hecho, no hubo ruidos extraños ni pisadas molestas de mi compañero de castillo. Tampoco se dieron sensaciones de atracción paranormal que me convirtieran en un blanco fácil.

Me levanto para asearme en el baño. No puedo evitar echar una mirada a la puerta del fondo y aguzar el oído. Supongo que esta mañana, al señorito no le apetecerá madrugar. Ayer, por un momento, casi me pareció que lográbamos conectar, pero esa sensación se desvaneció deprisa y ya estoy harta de sus vaivenes. De hoy no pasa que solucionemos todo el tema legal.

El agua fría me eriza la piel de todo el cuerpo, pero me despeja la mente, aún soñolienta. Una vez vestida con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca, me encamino a la planta baja.

Provista de un café y una manzana, miro el reloj. En un par de horas, Baltimore y su hijo llegarán para comenzar el arreglo del sistema de cañerías. La sola idea de tener agua caliente, sin la molestia de andar calentándola en una olla, casi consigue que se me salten las lágrimas.

Recojo un poco el salón y la cocina, mientras Lanchan continúa ausente, y preparo una mochila con el almuerzo y mi ordenador portátil. Antes incluso de la hora acordada, oigo el sonido inconfundible de una furgoneta. Abro la puerta del castillo y veo que Baltimore se apea del asiento del copiloto. Del otro costado del vehículo, aparece el que debe de ser su hijo. Tiene el pelo castaño y corto y unos ojos marrones que me sonríen incluso antes de que lo haga su boca, así que no puedo más que corresponder con un saludo.

—¿Os echo una mano? —digo, y me acerco mientras Baltimore abre la puerta trasera de la furgoneta y se pone a descargar bártulos.

—No estaría nada mal —dice el hijo, mientras me tiende la mano sin perder la sonrisa—. Soy Tendal.

—Olivia. Un placer.

—El placer es mío. —Me guiña un ojo y sonrío. Muestra una barba bien recortada y el mono de trabajo con el logotipo que su padre lleva en la gorra. Me cae bien al instante.

Los ayudo a introducir todos los materiales en el castillo. Tendal y yo charlamos sobre cómo he acabado aquí y me obsequia con alguna anécdota de los alrededores. Baltimore se limita a escupir alguna que otra frase sencilla. Desde luego, físicamente no se parecen en nada y mucho menos en el carácter.

—Le aconsejo que suba a la planta de arriba, señorita —dice Baltimore, que me mira con los brazos en jarras, desde la puerta de la cocina—. Vamos a hacer mucho ruido aquí abajo y le aseguro que los olores no serán nada agradables.

—No se preocupe. —Sacudo la cabeza y señalo la mochila—. Me daré un paseo y almorzaré fuera. Hace un día espléndido y extrañaba el sol.

—Aprovéchalo tú que puedes —dice Tendal, con una mueca ante la que no puedo evitar reír.

—Si necesitáis algo, he anotado mi número de móvil en un papel. Lo encontraréis sobre la mesa del salón.

Salgo y los dejo allí. Ni siquiera me he molestado en avisar a Lanchan de los planes que tengo para hoy. A fin de cuentas, esta reforma voy a pagarla yo y él ni siquiera se ha preocupado por el mantenimiento del castillo durante su estancia. Además, después de cómo se portó conmigo ayer, solo espero que Baltimore e hijo hagan tanto ruido que se despierte con un dolor de cabeza tan terrible que piense que una manada de elefantes ha estado saltando sobre su frente.

«Que se joda», pienso, mientras esquivo a las ovejas en los pastos. Avanzo para meterme en el bosque y acabo sentada en el banco, apartado del camino, que descubrí el otro día. El olor a petricor es fuerte y salvaje. Me pongo cómoda y miro mi móvil, consciente de que hay una llamada que tengo que hacer.

Ar, mi agente, coge el teléfono al segundo tono.

—¡*Mea ragazza*! ¡Ya era hora de que me llamaras! —me riñe, sin siquiera saludar—. ¿Qué tal todo por Escocia? Espero que esta llamada sea para decirme que esa novela que tanto espero va viento en popa.

Suspiro y noto la esperanza en su voz, después de meses de no entregarle ni un miserable párrafo.

—Esta tarde puedo enviarte los diez primeros capítulos, Ar.

El chillido, al otro lado, me saca una sonrisa.

—Estoy deseando volver a leerte, Olivia. Llevas un año sin publicar, los lectores no pueden olvidarse de ti. Sé que eres buena. —Hace una pausa y agrega—: Puedo ir hablando con un par de editoriales. ¿Ya tienes esbozada la historia entera? ¿Y el final? Tengo a muchos autores que se estancan en los finales, dime que no eres de esas.

Mi expresión se nubla y me alegro de que ella no pueda verla. ¿Tengo un final? No, aún no, pero tengo mucho más de lo que tenía cuando llegué aquí: una trama.

—No te preocupes, Ar.

Hablamos un poco más y cuelgo. Me dedico un momento a respirar el aire puro. Este lugar, lejos de las carreteras y con el sonido de los pájaros de fondo, parece atemporal.

Abro mi portátil y escribo durante toda la mañana. El ambiente parece animarme a teclear. Sin darme cuenta, llego al capítulo treinta y dos. Cuando mi estómago ruge, me tomo un descanso,

para zamparme el bocadillo, y sigo. Paro un rato después, cuando se deja sentir el dolor de cervicales, por estar tanto tiempo en la misma postura. Recojo mis bártulos y vuelvo sobre mis pasos. Sonrío al oír el crujido de las pequeñas piedrecitas del camino y por disfrutar de esa maravillosa sensación que proporciona haber cumplido con una sesión de trabajo bien aprovechada.

—Parece que podré terminarla a tiempo de presentarla este año —murmuro antes de llegar a la explanada del castillo.

Presto atención, un instante, al árbol bajo el cual siempre aparece el jinete. Observo sus formas huesudas y nudosas desde la distancia y me pregunto cuántas décadas tendrá. ¿Es anterior o posterior a cuando construyeron el castillo? ¿Simbolizará algo importante para el jinete y por eso se muestra ahí?

Dejo de pensar y me acerco por impulso. El corazón se me acelera sin motivo aparente. Casi siento la sombra del jinete que, agazapado tras el tronco, espera hacerse conmigo; con mi cabeza. Aunque, realmente ¿es eso lo que quiere?

—¡Eh! Ya pensábamos que se te había zampado algún ciervo. —La voz de Tendal me sobresalta y veo que se acerca por mi izquierda. Va cargado con una manguera enrollada sobre un hombro. Se detiene y me estudia—. ¿Todo bien? Estás pálida.

Yo sacudo la cabeza para quitarle importancia.

—Sí, perdona. Es este lugar… En fin, creo que paso demasiado tiempo entre esas cuatro paredes.

Él asiente. Se acerca un poco más. Debo reconocer que es guapo de una forma elegante, a pesar de llevar un mono de trabajo —bastante sucio en estos momentos, por cierto—. No sé qué edad debe de tener. ¿Veintiocho? ¿Treinta? Lo que está claro es que se le nota el trabajo físico, a juzgar por la forma de su ancha espalda, y que cuida mucho más su aspecto que su padre, pues no presenta la misma curvatura abdominal, debida a la ingesta de cerveza.

—Bueno, eso tiene fácil solución —dice—. Mañana, sábado, te invito a almorzar y te enseño el mejor sitio de Craignure para comer pescado. ¿Qué me dices?

Lo dice de forma natural, fresca, sin nada de florituras. Tendal parece de esos seres de alma transparente; de los que te hacen la vida más sencilla.

«Qué diferente al gigante rubio de ahí arriba», me digo. Lanchan está lleno de sombras.

Siento una picazón en la cabeza y algo me hace levantar la mirada hacia una de las ventanas de la última planta. La habitación del piano da justo a este lado. ¿Estará mirando? ¿Se le habrá pasado el arrebato de lo que sea que lo incomodase ayer? ¿Habrá estado tocando, para ahogar el ruido del trabajo con las cañerías, o habrá bajado para quejarse, como el salvaje que es?

Cuando voy a preguntar a Tendal si el otro habitante del castillo los ha molestado, su padre lo llama para decir que deben terminar de cargar la furgoneta.

—¡Ya voy! —grita él y se vuelve hacia mí, sonriente—. ¿Qué me dices? ¿Te recojo a la una?

La verdad que parece un tío simpático y puede que me siente bien despejarme por un día, para salir de la rutina en la que me he sumergido aquí.

—De acuerdo —consiento—. Pero pagamos a medias.

Su sonrisa se ensancha y asiente. Lo acompaño hasta la furgoneta, mientras Baltimore carga los bártulos a toda prisa.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—Todo lo bien que se podía esperar de un sistema antiguo y obstruido. —Se encoge de hombros—. Hemos hecho la instalación del fregadero de la cocina. Las tuberías estaban

podridas. Sospecho que ocurrirá lo mismo con las de los baños, pero eso llevará más tiempo, porque hay que picar las paredes para ver el estado del resto. —Mira al cielo un instante y cambia de tema—: Tendal, será mejor que terminemos de recoger. No quiero estar aquí cuando se ponga el sol.

La Olivia de hace unos días habría puesto los ojos en blanco ante su comentario, convencida de que se refiere a todo el tema fantasmagórico en torno al castillo. Sin embargo, la Olivia de hoy ya ha vivido en sus propias carnes que no todas las leyendas sobre este lugar son falsas. ¿Le digo que estaba en lo cierto? Baltimore tiene razones para ser supersticioso, pero yo no voy a perturbarlo más dando credibilidad a las historias.

—Mañana te veo —dice Tendal, por la ventanilla abierta de la furgoneta.

El sonido del tubo de escape perturba la paz de los alrededores. Mi atención se centra en la casa de Elizabeth. Hay un par de luces encendidas en el piso inferior y pienso en que, tal vez, debería hacerle una visita. No es que pretenda convertirme en su mejor amiga del verano, como cuando teníamos doce años, pero se ha mostrado cordial conmigo y creo que empatizamos bastante. Quizá debería explicarle que, finalmente, he visitado la iglesia y…

De repente, siento la necesidad de acercarme de nuevo al árbol y un escalofrío me recorre el cuerpo. Ladeo la cabeza en esa dirección y el viento crea un extraño remolino que se aleja, desde donde estoy, para guiarme hacia el lugar al que siento que debo ir.

Quizá, sería buena idea echar un vistazo; acercarme para comprobar si todo sigue igual y… ni hablar. Doy unas cuantas zancadas, abro la puerta del castillo y cierro con fuerza, antes de apoyar la espalda contra ella y echar el cerrojo.

«De aquí no pienso salir, señor jinete».



Capítulo XXIV

Olivia

Ni siquiera estoy segura de estar a salvo aquí dentro. Sin embargo, y de alguna forma, contar con la presencia de Lanchan me reconforta. Alzo la mirada al techo e intento adivinar si estará en su habitación o si habrá salido.

«Quizá sea más intrépido que yo, porque el jinete no parece interesado en su cabeza». Avanzo hacia la escalera para inspeccionar la planta superior y comprobar si me encuentro sola o no.

Estoy a punto de subir el primer escalón cuando siento una especie de aguijonazo en la nuca. Me quedo inmóvil. Me debato en silencio entre volver la cabeza hacia la ventana o continuar mi camino. Sé cuál de las dos opciones me conviene más, pero, a pesar de eso, mi cuerpo parece cobrar vida propia y atender a unos deseos que no proceden de mí.

Me doy cuenta de hacia dónde me dirigen los pasos, cuando ya estoy a la intemperie. Me abrazo el torso con fuerza y froto las manos contra los brazos al sentir el frío que me entumece el cuerpo. Ni siquiera me ha dado tiempo a reparar en que ya ha oscurecido, cuando me hallo de pie frente al árbol.

¿Qué diablos… ?

La cola de la silueta del caballo se agita con un movimiento enérgico y una de sus patas quiere excavar lo que sea que hay en la tierra.

Permanezco inmóvil, mientras la figura del jinete se acerca a mí, sobre su caballo, despacio; como si supiera que me es imposible alejarme en estos momentos y no tuviera prisa por darme caza. Trago con dificultad; de hecho, es lo único que soy capaz de hacer, aparte de aumentar la presión que ejerzo sobre mis propios bíceps. «Maldita sea, no puedo moverme».

Pese a que no hay una comunicación verbal entre nosotros —supongo que debido al insignificante detalle de que el jinete no tiene cabeza—, siento que intenta decirme algo. «Quizá pretende que le diga cuánto pesa la mía o qué talla de cuello de camisa utilizo para ver si le encaja con el resto del cuerpo», bromeo, en un intento por calmar los nervios.

—¿Qué… qué quieres de mí? —balbuceo, cuando lo tengo a escasos metros de distancia y sé que nuestro contacto es tan imparable como inminente.

Él se limita a extender el brazo en mi dirección, mientras continúa su avance. «No esperarías una respuesta, ¿verdad?», pienso y agradezco haber tenido cabeza toda la vida, que el cerebro me haya funcionado correctamente —en la mayoría de los casos y decisiones— y, también, el hecho de que mi hermana Regina sea una pesada con las fotos y mi familia pueda recordar siempre

cómo era, antes de que el espectro de uno de nuestros antepasados me la arrebate.

Una milésima de segundo después de esa reflexión, me doy cuenta de que el jinete no lleva espada. «Madre mía, ¿me la va a arrancar de cuajo? ¿Con las manos?». El horror que me produce esa posibilidad me lleva a abrir los ojos como platos, antes de cerrarlos con fuerza. «Si voy a morir, prefiero no verlo», pienso, momentos antes de que algo helado toque mi frente y pierda la conciencia.

Abro los ojos de golpe. Reconozco la estancia: estoy en el comedor de mi castillo. Sin embargo, no tengo ni idea de qué lugar han salido el mobiliario y las personas que se encuentran en él. Miro en todas direcciones y me dejo embelesar por la decoración. Algunos de los tapetes me son familiares y juraría que veo un par de muebles que se encuentran en la habitación que descubrí el otro día.

Estoy pegada a la pared que conduce a la cocina y una mujer —con apariencia de sirvienta, por la ropa desgastada y una bandeja entre las manos— pasa por mi lado sin siquiera inmutarse. La escena tiene una tonalidad extraña —cercana al dorado— que lo baña todo, igual que si alguien hubiera puesto uno de esos filtros disponibles en las redes sociales.

Hay dos mujeres y dos hombres delante de una mesa de madera que debe de medir, al menos, cinco metros. Las dos mujeres lloran sin control, mientras un tipo corpulento habla con un muchacho que no puede contar más de quince años.

—No te preocupes por mí —le dice el tipo corpulento—. Todo saldrá bien.

Distingo su sonrisa y debo decir que es preciosa. El caballero escocés —o no sé cómo catalogar al tipo grande que va vestido con un kilt y parece estar despidiéndose de su familia—, debe de medir un metro ochenta; tiene el pelo castaño, con reflejos rubios, y le cae sobre los hombros con total libertad. El chico, sobre el que tiene apoyada la mano —y que se esfuerza por contener un puchero—, ni siquiera lo mira a los ojos cuando asiente. Tras un par de palmaditas, el muchacho se aleja y una mujer rubia de curvas pronunciadas se abalanza a sus brazos, ahora libres.

—No llores, hermana —dice, mientras le acaricia la espalda, y su sonrisa, pese a seguir ahí, es algo más triste que antes—. Parece que nunca nos hubieras visto a padre o a mí marchar a una batalla.

La separa de él y le alza el mentón con los dedos cuando ella oculta su rostro tras las manos.

—Todo esto habrá terminado antes de que te des cuenta —asegura y ella asiente con la cabeza. Antes de depositar un beso en su frente, añade—: Velaré para proteger a cualquier MacLaine en estas tierras, hasta mi último aliento.

—Ha llegado el momento, hijo —dice una voz grave, que me sobresalta. Ladeo la cabeza hacia la izquierda y encuentro a una quinta persona. Se trata de un hombre que debe de haber pasado los cuarenta, pese a que no se conserva en el mejor estado posible, y viste con un atuendo similar al que lleva aquel que debe de ser su hijo. Unas cuantas cicatrices marcan su piel en el brazo derecho.

El muchacho le da un abrazo casi fugaz a la señora que queda —su madre, sin duda— tras lo que se dirige hacia la puerta, con el semblante serio.

La escena desaparece de mi vista, como si toda la estancia se hubiera fundido en negro y, de pronto, aparezco en mitad de una explanada, llena de hombres a pie, vestidos con kilt, y otros a

los lomos de corceles. Los gritos de guerra y el estruendo del metal al chocar entre sí me llevan a dar vueltas sobre mí misma. No tardo más de dos segundos en ponerme a gritar, mientras intento esquivar a las personas que se lanzan sobre otras, justo a mi lado. Ahogo un gemido cuando, a mi derecha, el vientre de un hombre es sesgado de forma brutal y sus vísceras caen a sus pies. Pese al filtro amarillo, es todo tan real que me cuesta unos instantes darme cuenta de que «tampoco estoy aquí».

Advierto el sonido de unos cascos de caballo golpeando el suelo. De hecho, lo percibo con más intensidad que todo lo demás. Vuelvo la mirada en esa dirección y distingo al tipo corpulento que, hace un momento, estaba en mi castillo. Empuña una espada y tiene varios cortes en las piernas, de los cuales mana sangre a borbotones. La montura sobre la que se encuentra es totalmente negra y un escalofrío familiar me recorre la espalda. Sé quién es.

Observo la elegancia del movimiento de hombre y equino, y me quedo hipnotizada por la sincronización de sus cuerpos y la forma en que se dirigen contra el enemigo; un adversario casi igual de vigoroso y que lleva un kilt con colores distintos al suyo.

Todo pasa muy deprisa. Un acercamiento; acero contra acero; una finta a la derecha, un tajo errado a la izquierda; un juego de pies para esquivar y la espada que saja el cuello sin misericordia, mientras el caballo avanza.

Se me detiene el corazón cuando la cabeza del corpulento escocés cae al suelo y el cuerpo sin vida continúa a lomos del corcel negro, que no detiene su trote. Al caer de lado, el pie queda enganchado en el estribo de la silla y el animal continúa arrastrando a su jinete por el campo de batalla.

El horror me paraliza y, segundos después, otro fundido en negro me sume en una oscuridad que, en esta ocasión, no desaparece.



Capítulo XXV

Olivia

No sé cuándo dejo de soñar. Ni siquiera sé distinguir qué es real y qué pertenece a ese momento onírico. Un tornado de retazos de lo que he visto parece haberse quedado con parte de mi cabeza, por muy irónico que suene. Estoy tan aturdida, que solo capto la realidad que me envuelve como una sucesión de imágenes fotografiadas.

Click. Veo mis piernas caminar, temblorosas.

Click. Tropiezo. Mi tobillo cruje.

Click. No sé cuándo empieza a chispear, pero la lluvia me empapa.

Click. El sonido de la puerta del castillo que se cierra.

Click. Tiemblo. Unos brazos firmes y fríos me levantan.

Click. El crepitar del fuego cerca de mi piel desnuda.

Click. Y, luego, el silencio lo envuelve todo.

Me cuesta abrir los ojos. Es como si tuviera un hierro candente sobre las cejas, porque el dolor de cabeza es terrible. Noto el olor de la madera consumida por el fuego y me pregunto cuánto tiempo llevo en esta semiinconsciencia. Al fin, me atrevo a mirar alrededor y descubro que estoy en el salón, hecha un ovillo y sobre la alfombra.

No sé qué hora es, pero apuesto a que la madrugada ya ha entrado. Los últimos rescoldos de la lumbre iluminan la estancia. Me incorporo y ahogo un grito al notar que estoy cuidadosamente envuelta, como un burrito mexicano, en una manta de pelo gris.

—Por fin. —La familiar voz de Lanchan llega desde el rincón—. Estaba preocupado.

Giro la cabeza en su dirección. Está sentado en uno de los sillones, con los codos apoyados en las rodillas y las manos delante de él, con los dedos entrelazados. Las llamas crean sombras en movimiento de su silueta y su mirada se clava en mí. Juraría que hay cierto matiz de pesar y tristeza en sus ojos.

Levanto la manta y abro los ojos por la sorpresa, al comprobar que las únicas prendas que llevo puestas son mi ropa interior.

—¿Por qué estoy desnuda?

Él se encoge de hombros. Su expresión parece iluminarse un poco cuándo dice:

—Estabas empapada. Podrías haber cogido una pulmonía y morir.

Chasqueo la lengua.

—Por dios. Nadie muere a causa de un resfriado. —Él me estudia un segundo, suspira y se

encoge de hombros. Algo me hace suavizar el tono y agregar—: Pero gracias, por preocuparte.

Me siento acalorada ante la idea de que sus manos han tocado mi cuerpo, para despojarlo de la ropa mojada y darle calor. Y sé que todo lo que he contemplado no ha sido un sueño, sino una visión.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él, con suavidad, como si tuviera miedo de que yo saliera corriendo en cualquier instante—. Estabas llorando y temblando en la entrada, cuando te he encontrado.

Tomo aire y lo exhalo.

—El jinete… —Vacilo y me acurruco más en la manta, que no me estorba a pesar de ser verano—. El jinete me ha mostrado parte de su historia.

Él, con el ceño fruncido, se inclina más hacia delante.

—Cuéntame, Olivia.

—Me atrajo de nuevo hasta el árbol y… me tocó.

—¿Te tocó? —Se horroriza, y, por su expresión, creo que la idea de que mi cabeza siga sobre mis hombros le parece impensable.

—Creo que estamos equivocados —digo, en un susurro, mientras me presiono la sien derecha con un dedo, con la esperanza de calmar el dolor de cabeza—. Ese fantasma no está aquí para llevarse la cabeza de nadie. Es un protector.

—No te entiendo.

Paso a narrarle las dos escenas de las que fui testigo y él escucha con atención; sin interrumpir con ninguno de los acostumbrados comentarios mordaces.

—Creo que el jinete murió con la misión de proteger a todos los MacLaine. Ese es el motivo por el cual nunca se ha marchado de aquí —concluyo.

La sombra que cruza su mirada se intensifica.

—Su muerte ocurrió mucho antes de que mi familia se hiciera con este castillo —dice y parece confuso—. Y no es posible que siga aquí si… —No termina la frase, pero se retuerce las manos con fuerza y me mira.

—Bueno, yo también soy una MacLaine. Quizá ya estaba acostumbrado a ti, pero yo soy nueva, ¿no? —le planteo. Sin embargo, tengo mis dudas y me muerdo el labio inferior—. Alguien me dijo que los fantasmas se quedan en este mundo porque tienen un asunto pendiente. Puede que su alma esté atrapada o algo le impida cumplir su misión.

—¿Su alma…? —Me observa con fijeza. Con el resplandor del fuego, sus ojos casi parecen de color cielo. Está distinto, nada que ver con el Lanchan de ayer; como si un velo de tristeza se hubiera adueñado de sus habituales ademanes orgullosos.

Parece meditar mis palabras. Si no hubiera estado mirándolo con atención, apenas habría captado ese pestañeo de comprensión fugaz; como si hubiera hallado una respuesta, aunque no parece interesado en compartirla conmigo, y se retuerce las manos con más fuerza sobre el regazo.

—Tenemos que ayudar al jinete a librarse de su carga —digo con decisión—. No tiene de qué protegernos. Estamos bien. Su alma debe descansar.

Lanchan levanta una ceja.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Tú puedes ayudarme.

Él se pasa una mano por la frente.

—Yo no puedo ayudarte. —Hace una pausa—. No puedo ayudar a nadie.

Me levanto de un salto, sin ánimo alguno de admitir esa actitud derrotista.

—¡Se supone que también es tu castillo, Lanchan! —espeto—. Deberías… —Doy un par de pasos hacia él, pero mi tobillo me recuerda su indisposición con un dolor agudo que me sube por la pierna—. ¡*Merda*!

Él me sujeta antes de que me estrelle contra el suelo. No le cuesta nada cogerme en volandas, para colocar mi trasero sobre el reposabrazos del sillón en el que se sienta después.

—Déjame ver ese tobillo.

Busca entre los pliegues de la manta hasta hallar mi pie que, ahora descubro, está hinchado y algo amoratado. Sus dedos recorren con suavidad la línea del hueso y realizan algunas maniobras.

—Me caí viniendo hacia aquí —digo, al recordar vagamente que tropecé tras la dosis de imágenes paranormales.

—No está roto, pero habrá que vendarlo para reducir la hinchazón.

—Hay un botiquín, con lo básico, en la cocina —digo e intento obviar las descargas de adrenalina que producen sus manos sobre mi piel.

Se levanta con cuidado y se dirige hacia allí. No puedo evitar mirar la silueta de su enorme cuerpo, iluminada por la calidez de la chimenea que lo convierte casi en una sombra más de este lugar. Cuando vuelve, se sienta de nuevo y comienza a vendarme el tobillo. Mi atención no se aparta de sus dedos y estudio todos y cada uno de sus movimientos.

—Se te da bien —admito, y él se encoge de hombros.

—Una lesión menor, como una torcedura de tobillo, es fácil de tratar —dice—. Por desgracia, una venda no sirve para una decapitación. Que se lo digan al jinete.

Esboza la que se convierte en la primera sonrisa de la noche y la considero un regalo. Cuando me mira, yo también sonrío. Su mirada se enfrenta a la mía en una batalla silenciosa, como si ninguno de los dos quisiera quebrar la paz del momento, pese a tener mucho que decir. Veo un mundo de inquietud en sus ojos, de preguntas, de confusión, pero, más allá de eso, me mira con respeto y adoración. Con lentitud, levanta una de sus manos y la posa en mi mejilla; la acaricia es demasiado tierna, para venir del Lanchan que conozco.

—Tú sonrisa es hermosa, Olivia.

Contengo el aliento, mientras su otra mano traza círculos sobre el empeine de mi pie.

Poco a poco, nuestros rostros se aproximan; no sé si es debido a su acercamiento o si soy yo quien se arrima a él; lo único en lo que puedo centrarme es en ese perfume con olor a musgo fresco que emana de su cuerpo.

Nuestros labios se rozan con suavidad. Un leve calambre me recorre la espalda al sentir el frío de su toque. Me sujeta por el brazo y tira de mí, hasta hacerme caer sobre su regazo, sin que su boca abandone el contacto con la mía. Me dejo llevar, embelesada por la dulzura de una caricia que me recuerda a esos pastelitos con los que se acompaña el té y te hacen saber que estás en casa y que todo está bien.

Enmarco con las manos ambos lados de su cara y él me abraza con fuerza. Un gemido ronco brota de su garganta, cuando mi lengua reclama explorar el interior de su boca. Entierro los dedos en su pelo y Lanchan me agarra con fuerza por la nuca, para profundizar el beso.

El contacto se vuelve salvaje; hambriento. Una de sus manos desciende por el contorno de mi cadera, hasta llegar al muslo, y siento que sus dedos aprietan mi piel. La sensación despierta un remolino de emociones que nace en mi entrepierna y dejo escapar un gemido. La necesidad me recorre como una caricia de fuego y noto el aumento de temperatura. Sin embargo, consigo hacer

acopio de toda mi fuerza de voluntad y me separo de él.

Mi pecho sube y baja, y me centro en recuperar el aliento, mientras sus labios dibujan un reguero de besos sobre mi hombro desnudo.

Lo sujeto por la barbilla y lo obligo a mirarme a los ojos. La expresión con la que me observa me recuerda a la de un depredador en plena cacería y mi cuerpo se estremece ante la posibilidad de rendirse, aunque la parte racional de mi mente me insta a mantener la distancia entre su boca y la mía.

—Esto complicará nuestra situación —señalo, con voz entrecortada.

—Me temo que ya se ha complicado —repone con amargura, antes de alejarme de su regazo como si mi cuerpo fuera una llama con la que pudiera quemarse. Se pone en pie y agrega—: Yo… no puedo permitir que sigas aquí y creas que…

Me mira a los ojos y veo cierta… ¿Tristeza? ¿Culpa? ¿Pena? La sensación que me provoca su gesto me coge por sorpresa; no consigo descifrar a qué se refiere, porque no parece tener intención de continuar la frase.

No puedo evitar que la charla con Elizabeth acuda a mi mente y enarco una ceja. ¿Y si esto también forma parte de su plan para que me marche? Y si, al ver que he seguido insistiendo en que el castillo me pertenece, ¿ha decidido cambiar de táctica? Se me antoja que provocar un acercamiento entre nosotros es un acto de lo más ruin para alejarme del castillo —aunque confieso que he participado de forma voluntaria.

Siento un aguijonazo en el pecho. ¿Cómo he podido caer en algo así?

—Y que crea ¿qué? ¿Que el castillo es mío? ¿Es eso lo que ibas a decir, Lanchan? —La mezcla de emociones es tan fuerte, y la bajada de esta montaña rusa tan rápida, que me cuesta dominarme—. ¿Acaso las reglas del juego han cambiado? ¿Es esto otra estrategia para que me largue?

La confusión en sus ojos es una imitación perfecta a la genuina, mientras sigo gritando. Así es todo con él. Cuando creo ver un destello de luz, las sombras vuelven.

—¡Calla un instante, mujer! —brama y luego su voz se suaviza—. Olivia, no lo entiendes, yo…

—Tú eres la persona más complicada que he conocido nunca —espeto, sin dejar que termine —. Quiero tu documentación mañana o el que se largará de aquí serás tú. Demuestra que este maldito castillo es también tuyo y me iré. Que se ocupen los abogados.

Mi última frase es casi una sentencia, pero ahora mismo estoy tan enfadada que creo que las emociones me superan. El contacto con los labios de Lanchan ha sido tan intenso que necesito poner una barrera para que la situación no me sobrepase o algo me dice que saldré escaldada de todo esto. ¿En qué demonios estaba pensando para dejar que ocurriera? «Ni que tuvieras trece años, Olivia», me reprendo, por no haber sido capaz de darme cuenta, a tiempo, de que no era una buena idea.

Lanchan, taciturno, asiente un instante. Se acerca de nuevo a mí y, sin mediar palabra, me coge en brazos.

—¿Qué haces?

—No puedes dormir aquí —dice, mientras se dirige a la escalera—. Y no puedes subir con el tobillo dañado.

No agrega nada más mientras me lleva hasta la primera planta. Yo me muerdo la lengua para no despotricar palabras de las que pueda arrepentirme después. Estoy enfadada, pero también soy consciente de mi lesión y debería, incluso, agradecer el detalle. Pero mi boca permanece sellada.

La puerta de mi cuarto está abierta y Lanchan me deja con suavidad sobre la cama. Un extraño anhelo me recorre cuando sus manos se apartan de mí.

—Descansa, Olivia.

Cierra la puerta al salir. Se marcha de forma tan silenciosa que ni siquiera oigo sus pasos al alejarse. Con la mirada fija en el lugar por el que se ha marchado, pienso en lo delicado y noble que puede llegar a ser y me pregunto si, quizá, me estoy equivocando con él.



Capítulo XXVI

Olivia

El pie está mucho mejor cuando me levanto, apenas un poco inflamado. A través de la ventana, observo las nubes que cubren el cielo y sonrío con melancolía; hoy el día ha decidido acompañar a mi estado de ánimo.

El siguiente pensamiento que cruza por mi mente tiene que ver con Lanchan. Salgo de la habitación, con intención de buscarlo, y escucho un portazo proveniente de la planta inferior. ¿Se habrá marchado? No recuerdo que haya salido ninguna de estas mañanas. Aunque, pensándolo bien, ¿qué hace una persona encerrada todo el día en un castillo? Es cierto que practica el piano —y no suena nada mal, pese a que desconozco si está cometiendo algún error con las notas—, pero imagino que se habrá entretenido con algo más, en el tiempo que lleva aquí. De repente, la posibilidad de que haya traído alguna mujer a casa se me antoja incómoda. Estoy convencida de que tuvo algún problema con Elizabeth. Sin embargo, ignoro si se ha relacionado con más personas de los alrededores.

Elizabeth. ¿Qué fue exactamente lo que pasó entre ellos? Debe resultar de lo más violento estar tan cerca, después de una mala experiencia.

Una vocecilla en mi cabeza —que nada tiene que ver con la lógica— me pide que profundice en el tema. Nuestro acercamiento me impide ignorarlo. Me visto a toda prisa con la idea de preguntar a mi vecina, tanto por el jinete como por Lanchan.

Salgo de casa, no sin antes coger un paraguas. No tengo un calzado mejor que mis deportivas, pero, al menos, esta vez no volveré empapada en caso de que empiece a llover.

Tras llamar a su puerta, Elizabeth no tarda más de cinco segundos en abrir. Contengo la necesidad de fruncir el ceño; es imposible que supiera que iba a venir.

—¿Va todo bien? —pregunta en un tono que me hace dudar de mis intenciones.

¿Es posible que me viera anoche? Ladeo la cabeza hacia el castillo y examino las vistas que hay desde aquí. Contengo el aire por unos segundos, al darme cuenta de que es un ángulo perfecto para ver lo que pasa bajo el árbol. Me vuelvo hacia ella, que tiene los ojos entrecerrados, y me escruta sin ambages.

—Creo que se me están acumulando las situaciones extrañas —respondo.

—Pasa —dice.

En unos minutos, estoy sentada en uno de sus sillones y con una taza de té entre las manos. No me ando con rodeos y le cuento todo lo sucedido con el fantasma. Debe de advertir lo

inquieta que estoy cuando le digo que no sé cómo acabar con todo el asunto —o, quizá, se deba a que no he dado ni un sorbo a la infusión—. Entonces, sentada frente a mí, se inclina y, como si fuera a revelarme un secreto, confiesa:

—Puede que haya algo que podamos hacer. —Sus ojos brillan un instante, como si se aclararan con el misterio. Los míos se agrandan por la sorpresa, conforme la escucho hablar.

Me explica que su bisabuela era bruja y que aún conserva algunos de sus libros de conjuros. La noticia no me causa demasiado júbilo —bastante tengo ya con tener un espectro en casa como para saber que, a pocos metros, se guardan elementos de hechicería—, sin embargo, mi actitud mejora cuando me asegura que hay un sortilegio para que los fantasmas desaparezcan de tu vida.

Se levanta y al poco vuelve para sentarse de nuevo, con un par de libros desgastados que deja sobre la mesa. Descarta uno después de echarle un vistazo y coge el otro para colocarlo sobre sus rodillas y trashojarlo.

—Un espíritu siempre tiene una cuenta pendiente —indica ella y recuerdo la explicación del tío de Brigitta—. Aunque podemos «liberarlo» de esa responsabilidad. —El libro es tan antiguo que se pueden notar los siglos pasados incluso en el interior.

—Pero, si tiene algo pendiente, ¿no es mejor ayudarlo a conseguirlo?

Elizabeth levanta la mirada del libro sin mover la cabeza de su posición. La expresión de su rostro me provoca un escalofrío y algo en el ambiente se rancia, pero lo cambia tan rápido como un parpadeo y me muestra una dulce sonrisa, mientras cierra el tomo.

—Estoy segura de que lo que has visto no ha debido de ser agradable —comenta—, pero también creo que, si no haces nada al respecto, podría repetirse.

¿Repetirse? Un sudor frío me recorre la nuca al pensar en la posibilidad de volver a sentir esa extraña atracción y revivir la experiencia completa. «Paso». Niego con la cabeza y ella asiente una única vez, al tiempo que sus labios se contraen en un mohín y se pone en pie.

—Me lo imaginaba —asegura—. No es que esté muy familiarizada con los métodos de mi bisabuela, pero seguro que no es tan difícil. —Me dedica una mueca—. Y no pierdes nada por intentarlo. Voy a estudiar el conjuro para ver todo lo que necesitamos y pasaré esta tarde por tu casa, antes de que anochezca. Así lo dejamos todo preparado, para cuando haga su aparición.

No respondo y ella junta levemente las cejas, inquisitiva. Me doy cuenta de que continúo sentada. No he sacado el otro tema que me interesa y soy incapaz de marcharme.

—Hay algo más que te preocupa —dice, como si me leyera el pensamiento.

Juego con las manos sobre el regazo.

—Nos hemos besado —suelto de golpe—. Lanchan y yo.

Ella no reprime la sombra que cruza su mirada. Su expresión es tan reprobatoria que me veo en la necesidad de explicarme:

—Hay algo en él que me gusta, Elizabeth —admito y veo cómo ella traga saliva—. Más allá de lo engreído y bruto que parece, no creo que tenga mal corazón. Pero es como si hubiera una barrera invisible entre nosotros. —Hago una pausa—. Y no puedo más que dudar de sus intenciones, porque es incapaz de ser transparente en todo el asunto del castillo. —La estudio un instante y añado—: Tú… Creí entender que pasó algo entre vosotros, ¿me equivoco?

Su mirada se ha convertido en hielo. Creo que intenta controlar el temblor de las manos mientras se las retuerce; única muestra de su agitación.

—No quiero hablar de eso —dice, cortante—. Pero, si te rindes a sus juegos, eres una estúpida, Olivia. —Da media vuelta y se dirige a la puerta—. Nos vemos luego.

No hace falta ser muy listo para ver que se ha cerrado en banda. Y aunque no me ofrezca

información, el cambio drástico en su actitud es la prueba que me faltaba para confirmar que él debió de hacerle mucho daño.

Una vez fuera de la mansión Lochbuie, me dirijo hacia el castillo con una extraña sensación que no consigo definir. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Voy a dejarme llevar por dudosas artes oscuras para intentar echar al fantasma? Ella ni siquiera ha sopesado la posibilidad de buscar una forma de saber por qué sigue por los alrededores. ¿Está aquí para protegerme? ¿Para proteger a Lanchan? ¿De qué? O ¿de quién?

Sacudo la cabeza. Una punzada de culpabilidad me atraviesa el pecho cuando dirijo mi atención hacia el maldito árbol de las apariciones. Algo me dice que el jinete quería darme un mensaje que yo no he llegado a comprender.



Capítulo XXVII

Olivia

Escribir un rato me relaja, como si contar el suceso que vive mi protagonista, cuando la toca el jinete de mi historia, purgara mis propios nervios. Si Ar estuviera aquí, habría soltado una de sus frases, tipo: «escribir es terapéutico, cariño». Y yo tendría que darle la razón.

Apenas me doy cuenta de que Lanchan ha bajado, porque estoy ensimismada en el ordenador. Levanto la vista cuando veo su silueta al fondo del salón. Mis ojos se encuentran con los suyos. Me cuesta creer que ayer estuvimos tan cerca, cuando hoy parece existir un abismo entre nosotros.

—¿Qué tal tu pie? —pregunta, sin rastro de emoción.

—Mucho mejor. —Devuelvo la vista a mi ordenador, para terminar de escribir un párrafo y noto que sus ojos analizan todos y cada uno de mis movimientos, como si yo fuera un objeto digno de su estudio—. Gracias por el vendaje.

—¿Qué estás haciendo? —No puede enmascarar la curiosidad debajo de la pregunta.

—Escribir. —Me encojo de hombros—. Soy escritora de novelas.

Si me hubiera fijado más en su expresión, quizá habría visto la confusión en su rostro.

—¿Estás escribiendo una historia? Pero, ¿y el papel? —Da unos pasos para acercarse y yo vuelvo a levantar la mirada de la pantalla. Sus ojos observan el portátil que tengo apoyado sobre las piernas cruzadas, mientras descanso los pies sobre el sillón.

—Pocos escriben en papel hoy en día. Es un gasto de dinero y una puñalada a la naturaleza. —Tuerzo la boca, porque me continúa mirando con esa expresión de quien se ha perdido algo.

Sus labios se fruncen, y mi mente solo puede recordar cómo fue besarlos. Creo que quiere realizar muchas preguntas, pero se limita a una cuando se atreve a abrir la boca, tras debatir consigo mismo:

—Y ¿sobre qué escribes?

¿Es que acaso, ahora, ha decidido conocerme un poco mejor? ¿Quiere fingir que le importo? Este vago intento de nueva estrategia termina por irritarme, porque yo sí que me siento perdida cada vez que hablo con él. Y, a pesar de todo, solo puedo pensar en continuar lo que empezamos ayer, maldita sea.

Suspiro, guardo el documento y cierro el portátil.

—Sobre un castillo y un fantasma.

Una sombra de ansiedad cruza su rostro; luego, enarca una ceja.

—Entonces aquí estarás bien documentada —murmura, antes de, con expresión ausente,

acercarse a un mueble para pasar un dedo sobre una grieta en la madera.

Me levanto del sillón y cojo los zapatos para ponérmelos.

—No volveré hasta la tarde —digo, y no sé por qué, una parte de mi mente me hace añadir—: He quedado con Tendal, uno de los dos trabajadores que estuvieron ayer aquí para arreglar las cañerías. ¿Hablaste con él?

Solo veo su espalda, pero noto que se tensa.

—No, no hablé con nadie —dice y se gira.

Me observa con detenimiento, ahora que estoy de pie. Llevo un vestido de punto fino, largo hasta las rodillas y que se ciñe a mis curvas. Las botas de tacón ancho son lo bastante informales como para no parecer demasiado arreglada, pero dar una buena impresión.

—Esa prenda es… *excesiva*. —Su comentario me hace poner los ojos en blanco y siento su mirada hambrienta, sobre todas las líneas de mi cuerpo—. Ese tipo va a pensar que…

—¿Qué, Lanchan? ¿Qué es lo que va a pensar? —Suelto un gruñidito suave desde el fondo de la garganta—. Soy una mujer que quiere sentirse guapa durante un rato, después de haber pasado varios días con el pelo lleno de polvo y de vestir ropa deportiva. Lo que pienses tú o lo que piense él me resulta por completo indiferente.

Él parece morderse la lengua. Una parte de mí se siente satisfecha de ver el anhelo y el deseo en su mirada. Pudo tenerme ayer y, después, todo se estropeó. ¿A qué viene ese conato de posesión? No parece un tipo acostumbrado a fracasar, por lo que el hecho de que no cumpla uno de sus deseos, ahora mismo, me parece perfecto. En este castillo, no soy un objeto más que le pertenezca. De hecho, nada aquí lo es, si tengo en cuenta que no ha demostrado la titularidad de la propiedad.

—Regresaré tarde —le aseguro, por el placer de ver cómo arruga la frente—. Queda poca comida. Y podrías molestarte en rellenar tú la despensa, esta vez.

Lanchan se pasa una mano por el pelo y se acerca a zancadas. La máscara de inexpresión cae un momento mientras dice:

—Olivia, en cuanto a lo de ayer…

—Todo quedó claro, Lanchan.

Él sacude la cabeza.

—No lo entiendes. —Hace una pausa y añade más bajo—. Ni siquiera yo lo entiendo.

Lo empujo para alejarme, porque estoy perdiendo la paciencia.

—Lo que entiendo es que sigo sin tus documentos.

Él me sujeta una mano para detenerme. Sus dedos son firmes y exigentes. Parece desesperado y no entiendo el motivo.

—No puedo dártelos, Olivia. Tengo que explicarte…

Escuchamos el sonido de un claxon que llega desde el exterior. Miro mi reloj de pulsera; Tendal es muy puntual. Me deshago del agarre de Lanchan para ir a por el bolso.

—Has tenido muchos días para explicarme —espeto con irritación—. Y yo ya estoy cansada de todo esto.

Me marcho sin mirar atrás. Mis botas arrancan crujidos del terreno debido a los furiosos pasos, mientras lo maldigo en silencio. Más tarde, tras un agradable paseo en coche que me ayuda a calmar los nervios y una vez en el establecimiento elegido para comer, oigo la conversación de mi acompañante, aún distraída.

—Y así es como termina uno desatascando tuberías ajenas. —Tendal finaliza su relato y me observa, sonriente.

Le devuelvo el gesto, aunque debo confesar que su historia es menos emocionante que esperar a que se abra una almeja. Cuando le he dicho que era escritora, no ha dudado en sugerirme que podría escribir su biografía. Es algo que suele ocurrir, sin embargo, y pese a que suelo negarme, me ha parecido que su experiencia podía ser interesante para inspirarme en la creación de algún personaje. Pero nada más lejos de la realidad. Eso o mi cabeza estaba en otra parte y no he sido capaz de centrarme en lo que tengo delante.

—Es una pena que estés aquí solo de vacaciones —dice él, imagino que porque me he quedado en silencio—. Todo el mundo viene aquí de visita, pero les cuesta echar raíces.

Remuevo el contenido de mi plato con un tenedor, hasta hacer un agujero en la mitad de mi pieza de pescado que, por otra parte, tenía razón cuando aseguró que estaba riquísimo.

—Supongo que siempre está bien tener una vía de escape —suelto, sin meditar mucho mis palabras.

Tendal frunce ligeramente las cejas y yo observo la decoración que nos rodea. Cuando le he preguntado si íbamos al local de Brigitta me ha puesto mala cara.

«No está mal, pero es demasiado turístico», ha asegurado. A mí, sin embargo, me gusta más que el local en el que nos encontramos, lleno de adornos rojos que me recuerdan más a un prostíbulo que al típico restaurante de pescado que pretende ser.

—¿Estás un poco ausente o siempre eres así de callada?—comenta Tendal antes de llevarse el tenedor a la boca.

—Estoy preocupada con el asunto del castillo —miento a medias. No creo que sea muy correcto hablar de mis preocupaciones, acerca de fantasmas y hombres, en una primera cita.

—Va a quedar bien —asegura y hace un ademán con la mano—. Mi padre está acostumbrado a arreglar todos los edificios de la región. Ya ha hablado con un amigo suyo para solicitar un permiso con el que poder picar las paredes. Al pertenecer al patrimonio histórico, hacerlo es un trámite necesario.

—No tenía ni idea —confieso y pienso que quizá ese es el motivo para que Lanchan no haya movido un dedo en aras de arreglar nada, desde que llegó. Entre lo difícil que es que alguien acepte trabajar en un castillo encantado y el papeleo… Cualquiera se desmotiva. «Maldita seas, Olivia, ya estás pensando en él de nuevo».

Clavo el tenedor con furia en el lomo del pescado, pero Tendal se limita a encogerse de hombros.

—Cada uno sabe de su trabajo.

Asiento.

—Decidimos no prestar atención a lo que no nos afecta directamente, hasta que lo necesitamos.

Él asiente con una sonrisa adorable.

—Para tu desgracia, yo hoy he decidido prestarte atención a ti.

Me guiña un ojo y no puedo más que reírme. El resto de la comida transcurre tranquila y sin sobresaltos; no tardamos en pedir la cuenta e iniciar el viaje de regreso. Mi acompañante es un poco parlanchín y muy ingenioso, sin embargo, no consigo que me interese más que para mantener una simple amistad. Por el repaso que me ha dado al verme y el que me ha regalado cuando me he excusado para ir al baño, sé que hay atracción, pero, aunque quisiera, no puedo controlar las imágenes que se cuelan en mis pensamientos y que nada tienen que ver con él.

«Maldito Lanchan…». Lo maldigo otra vez. No sé en qué momento he dejado que se hiciera un hueco en mi interior, pero sé que es tarde para sacarlo de ahí, por mucho que quiera.

Aunque… ¿realmente quiero? Pese a que la advertencia de Elizabeth me dejó con un mal sabor de boca, no puedo negar que hay algo en Lanchan que me gusta. Y mucho. Quizá debería hablar con él y terminar de una vez por todas con esta tensión que…

—¿Olivia? —La mención de mi nombre me devuelve a la realidad. Tendal me mira y contiene una sonrisa—. ¿Estabas pensando en una de tus novelas?

—Sí. Una basada en una oveja asesina que conquista Escocia.

Él se carcajea.

—Yo la leería, sin duda.

Asiento y me aferro a la inocente excusa que me ha dado. Es mejor que piense que estas idas y venidas de atención son fruto de ser una escritora un poco excéntrica, en lugar de que sepa que tengo la mente ocupada por otra persona. Miro por la ventanilla del coche y fijo la vista en el árbol que tanto repelús me ha dado estos días y que ahora me provoca lástima. ¿De verdad es buena idea intentar que el espíritu desaparezca?

—Lo he pasado muy bien —afirma Tendal.

—Yo también. —Y de verdad lo creo, a pesar de lo distraída que he estado en según qué momentos. Él baja la mirada hacia su regazo y se le escapa una sonrisa tímida.

—Sé que no ha sido la mejor cita de tu vida, Olivia. No tienes por qué mentir.

—Yo no pretendía…

Niega con la cabeza.

—Me gustaría volver a verte, mientras estés aquí. Más allá de cuando pase a arreglar esas tuberías del siglo pasado que tienes. —Señala con la cabeza mi castillo—. Me gusta conocer gente nueva. Hay que tener amigos en todas partes, ¿verdad?

Me giro hacia él y, pese a que pretende ocultarlo, puedo leer la derrota en sus ojos.

—Me encantaría.

—Nunca he estado en Italia.

—Pues ya sabes qué destino de vacaciones escoger. —Le doy un suave empujón con el hombro—. Prometo hacerte de guía.

Mi respuesta parece complacerlo y nos despedimos con un abrazo que me coge por sorpresa. Tal y como pensé, este tipo es transparente. No fuerza el beso de fin de cita ni intenta una caricia fortuita, y me enfado conmigo misma por no haber sentido nada más que cordialidad. ¿Será que no hay química entre nosotros o las emociones que me provoca Lanchan han nublado todo lo demás? «Absurdo, Olivia. Esto es de lo más absurdo», pienso, al tiempo que recuerdo que el gigante rubio solo parece haberse acercado a mí para complicar la situación entre nosotros y lograr que me marche.

Salgo de la furgoneta y me dirijo hacia la entrada. Consulto la hora y descubro que todavía no es media tarde, por lo que Elizabeth tardará unas…

—Hola, Olivia —saluda ella y le doy un repaso visual, tanto a su vestimenta como al maletín que lleva consigo. No sé qué es lo que me da peor impresión, pero noto que se me eriza el vello de la nuca—. Espero que no te moleste que haya venido más pronto. Así tendremos tiempo de sobra para dejarlo todo listo.

Me sonríe; y, puede que sea porque comienza el ocaso, pero su sonrisa me resulta escalofriante.



Capítulo XXVIII

Olivia

La puerta cruje cuando abro y nos recibe el salón vacío a la luz de las velas.

Lanchan se ha encargado de encender la enorme lámpara del techo y me pregunto cuánta destreza hará falta para que no te chorree cera en un ojo durante el proceso. No parece haberse dado cuenta de que el generador es suficiente para suministrar energía a las dos lamparitas de pie que he colocado en extremos opuestos del salón.

Elizabeth observa todo con los ojos muy abiertos. Permanece callada, mientras su mirada se posa en cada parte de la estancia, sin descanso.

—Tranquila, estará arriba —le digo, a sabiendas de que no debe de ser cómodo para ella cruzarse con Lanchan, aunque aún no sepa los detalles exactos de lo que pasó entre ambos.

Asiente y se dirige a la mesa. Mientras retiro varias de mis pertenencias de encima, incluido el ordenador portátil, ella deja que una de sus manos se deslice sobre la madera. El gesto es extraño. Supongo que ya ha estado aquí antes, pero me hace sentir agitada. Soy una de las personas más escépticas del mundo y, aun así, estoy a punto de recurrir a la magia para que un fantasma abandone el mundo de los vivos. Ahogo una risita en mi interior.

Mi vecina ha sacado varias velas rojas de su mochila y procede a encenderlas, cómo no. Esto cada vez se parece más a una de las películas que suelo ver.

—Si me llegan a decir, hace unas semanas, que hoy estaría haciendo esto, me habría quedado en Italia —murmuro.

Ella me dedica una cálida sonrisa y se encoge de hombros.

—No todo ha sido tan peculiar, ¿no? —Sus manos siguen disponiendo objetos sobre la mesa —. He visto que te han traído en coche. ¿Has tenido una cita? Me alegra que te olvides del imbécil de Lanchan.

Su mirada es pícara y hasta… ¿aliviada? Me cuesta aceptar que es la misma mujer que un momento antes me ha puesto los pelos de punta.

—No ha sido una cita, solo… —Hago una pausa y reconozco—: Bueno, supongo que sí lo ha sido. Tendal es un encanto.

—Oh, así que Tendal, ¿eh? —Me da un empujoncito en el hombro, en un gesto de camaradería.

Me incomoda no ser completamente sincera con la que parece ser mi única amiga aquí, así que le aclaro:

—Pero, no sé, quizá me ha faltado algo. —Mi mente se pierde un momento—. Esa chispa de atracción, esas ganas de querer saber más de él. —Suspiro, miro de reojo la escalera y añado en voz baja—: Justo lo que siento por el imbécil de este castillo.

Elizabeth gira la cabeza hacia mí tan rápido que me desconcierta. El ambiente cómplice se desvanece de sopetón. Su mirada se ha enfriado a pesar de que sus ojos resplandecen con el reflejo del fuego y se gira para cogerme las manos.

—No es buena persona, Olivia. Te hará daño, como me lo hizo a mí.

Ahí está. La confesión de que sí hubo algo entre ellos.

—Y ¿si no es así? —Me muerdo el labio inferior—. Sé que es desquiciante y desagradable a veces, pero, quizá, si lograra conseguir que se abra para que me cuente qué es lo que lo atormenta…

De repente, descubro que he intentado engañarme todo este tiempo al creer que podía huir de la especie de lazo que hay entre Lanchan y yo. Ahora sé que me gustaría explorarlo, sin importar cuáles sean las consecuencias. Puede que su modo de actuar haya sido una estratagema retorcida, pero hacía tiempo que no se me presentaba un desafío como este; esa reacción química que provoca que quiera arriesgarme y complicarme la vida por alguien. Por si fuera poco, y aunque suene retorcido, el hecho de que Elizabeth parezca querer impedirlo solo consigue que lo desee más.

No sé si mi reciente amiga es capaz de leer la determinación en mis ojos —o el rumbo que toman mis pensamientos—, pero su cuerpo se tensa.

—Tú verás. Saldrás escaldada —murmura y el desprecio tiñe su voz.

La observo en silencio, a la espera de que agregue algo más al misterio que rodea lo que pasó con él; sin embargo, al darme cuenta de su mutismo, siento la necesidad de defenderlo.

—Todos cometemos errores. La gente cambia.

Ella sacude la cabeza.

—Pobre niña —dice, y con esa expresión consigue extender un abismo de edad entre nosotras —. Aún eres muy inocente. La gente no cambia.

Mi teléfono suena y nos sobresalta. Miro la pantalla. Es Regina.

—Ahora vuelvo.

Me alejo del salón hacia la cocina, todavía perturbada por la conversación que estamos teniendo y descuelgo.

—Por el *nonno,* dime que ya tienes agua caliente —dice, tras soltar un escueto «hola».

—Aún no. ¿Por qué?

La oigo resoplar al otro lado de la línea.

—Llegamos este jueves. Tienes cuatro días para que arreglen eso. No estoy acostumbrada al agua fría. —Se queja.

Mi boca se ha abierto por la sorpresa.

—¿Cómo que «llegamos»?

—El Escuadrón Fratello al completo —bromea—. Tus tres hermanos van a ir para ayudarte a soportar el terrible martirio de heredar un castillo. —Su risa sarcástica parece atronadora en el teléfono y agrega—: Y porque odio la idea de dejarte sola en ese tétrico lugar. —Hace una pausa, como si cayera en la cuenta de algo—. Oh, pero según me dijo Tristan, a ratos estas acompañada por un espectacular escocés, ¿no?

Pongo los ojos en blanco. Me imagino que nuestra conversación de un minuto habrá sido adornada con todo tipo de detalles imaginarios por parte de mi hermano.

Evito seguir con ese tema, mientras la oigo hablar del vuelo que han cogido y me pide el nombre de la empresa de alquiler de coches con la que he contratado el mío. La idea de que mis hermanos vengan me llena de alegría y me preocupa al mismo tiempo. No les he dicho nada de la otra línea de sangre MacLaine, desconocida hasta ahora, y todo lo que eso implica.

Cuando vuelvo al comedor, no encuentro a Elizabeth donde la dejé. Los extraños objetos que ha repartido sobre la mesa, junto a varias velas rojas encendidas, me llevan a replantearme si, realmente, todo esto es necesario.

«Quieres dejar de ser parte de los caprichos de un fantasma, pero… ¿a qué precio?», me pregunto en silencio, mientras observo mi entorno. No hay indicios que señalen dónde está. ¿Habrá subido a la habitación de Lanchan? Miro en dirección a la planta superior con los ojos muy abiertos. Una parte de mí no quiere creer que haya sido capaz de ir a buscarlo, pero la otra…

Avanzo hacia la escalera cuando un sonido sordo, proveniente de algún lugar bajo mis pies, capta mi atención. Frunzo el ceño. ¿Abajo? Miro el suelo, como si pudiera revelarme sus secretos, y entonces siento una inusual corriente de aire, con olor rancio. Ahogo una exclamación al ver la pequeña puerta, cerca de la chimenea, medio oculta junto a una de las librerías. Esa que nunca he llegado a abrir en todo este tiempo y cuya llave debe de rondar entre las que todavía no he utilizado.

Me asomo con cautela y oigo la voz de Elizabeth que reverbera en la oscuridad.

—Ven, Olivia.

Meterme en un tenebroso pasadizo está al final de mi lista de tareas de hoy, pero la curiosidad me empuja a dar un paso adelante, al ver la escalera de peldaños empolvados que parece susurrarme. ¿Cómo ha abierto Elizabeth?

Me hago con una de las velas rojas y desciendo. Estoy casi a la mitad cuando la veo, alumbrada también por la luz de un candelabro que ha colocado en el suelo.

—¿Cómo has bajado aquí? —pregunto, sin un ápice de amabilidad en la voz.

—Tengo una llave.

—¿Tienes la llave de una puerta de mi castillo?

Si estuviera aquí Tristan diría que esto apesta a encerrona. Ella se vuelve hacia mí con una expresión de inocencia. Verla así, con su larga melena oscura en cascada sobre un vestido color lila, que combina con el extraño color de sus ojos, y una postura perfecta para iniciar algún tipo de baile, evoca la imagen de una película de fantasía. Teniendo en cuenta que ha asegurado que su abuela era bruja, quizá no sea una idea tan descabellada.

—El hechizo indicaba que debíamos obtener agua del lugar de descanso del espíritu y he recordado que aquí hay un pozo.

Junto las cejas sin apenas ser consciente del gesto. ¿Cómo es posible que sepa eso? Yo ni siquiera había bajado aquí y ella parece conocer cada centímetro del lugar. Bajo el resto de escalones y me acerco a ella.

—¿Agua dices? —repito y vuelvo la mirada hacia el pequeño saliente de piedra que bordea el oscuro agujero, de unos dos metros de ancho, que hay en el suelo. Llamar a esto «pozo» es, quizá, demasiado. Sin embargo, desde mi posición puedo percibir la humedad que desprende y el olor a agua estancada. Debe de ser un nido infestado de microorganismos.

«¿Lo sabrá Baltimore?», me digo. Supongo que era algo normal tener pozos hace doscientos años. Y, ¿el agua es potable? ¿Las tuberías llegan aquí? Demasiadas preguntas aparecen en mi mente, mientras doy un par de pasos, con la vela por delante, hacia mi nuevo descubrimiento. Me

imagino la emoción de Elvira cuando el jueves le cuente otro secreto más de este lugar.

—Sí, agua —repite Elizabeth, y veo de soslayo el suave movimiento de la tela de su vestido al acercarse—. Y tú debes recogerla.

—Que yo debo ¿qué? —pregunto, con voz más aguda de lo normal, al tiempo que doy media vuelta.

No lo veo venir. La expresión de Elizabeth es tan aterradora que me paraliza y solo siento sus manos cuando me golpean el pecho, antes de trastabillar y caer al interior del hoyo. Grito. Es lo único que puedo hacer mientras mi cerebro intenta comprender la secuencia de los acontecimientos.

Tardo pocos segundos en llegar al fondo y soy presa del pánico cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de la profundidad que tiene esto. Por suerte para mí, por llamarlo de alguna forma, caigo de bruces y descubro que apenas hay medio metro de agua. Mis manos se apoyan sobre el fondo, extrañamente viscoso y en el que no quiero pensar, y noto que la humedad empieza a calar toda mi ropa.

—¡Elizabeth! —exclamo y el reclamo retumba tanto en la paredes que es hasta molesto—. ¡Elizabeth!

Me llega el leve sonido de una risa apagada y no sé si es mi imaginación o se trata de mi vecina, porque jamás le había escuchado ese tono retorcido, casi maligno.

—¡Coge agua, querida amiga! ¡Te hará falta! —brama ella y veo la silueta de su cabeza asomada por el orificio del pozo.

—Joder…

«¿Qué se supone que significa esto?», me pregunto.

—¿Qué quieres, Elizabeth? —grito y ella vuelve a asomarse. Diría que casi consigo distinguir una sonrisa en su rostro.

—Que dejes de complicar mi existencia, niña tonta —comenta ella, con una naturalidad que me confunde. No entiendo de qué está hablando. Su voz se vuelve rasposa cuando agrega—: Casi lo arruinas todo. Y, por eso, morirás ahí, sola. El cuento de la pobre chica que resbaló al pozo en su propio castillo… qué terrible desgracia. —Se carcajea y un escalofrío me recorre el cuerpo al comprender que piensa abandonarme aquí—. Lo más sensato habría sido alejarte, pero…

De pronto, desaparece de mi vista. La oigo ahogar un gemido y escucho un golpe seco. Y, después, un silencio pesado flota en el aire y me llena de desesperación.

—¡Elizabeth! ¡Sácame de aquí, Elizabeth! —chillo, con todas mis fuerzas.

Empiezo a sollozar sin darme cuenta. La sensación asfixiante de estar en un agujero en la tierra, de que nadie pueda oírme y de que es probable que esté muerta cuando me encuentren, me oprime el pecho como si una de las piedras de la pared acabara de derrumbarse encima de mí. No sé en qué momento me han flaqueado las fuerzas, pero la tensión, la humedad y la confusión me colapsan el cerebro y no consigo impedir que se me caigan las lágrimas. Me cubro la cara con las manos.

El sonido de algo que cae al agua capta mi atención. Miro a mi derecha y veo una cuerda.

—Agárrate fuerte.

Siento alivio al reconocer la voz de Lanchan. Nunca he sido muy diestra en lo que al ejercicio se refiere, pero mis brazos bastan para agarrarme con desesperación, tras rodear mis muñecas con la soga y afianzar las palmas. Los dedos me escuecen mientras él me alza. Es como si emergiera de la boca de un lobo.

Veo su expresión bañada en sombras zigzagueantes, al amparo del candelabro. En cuanto apoyo las manos en el exterior del pozo, él me ayuda a subir las piernas mientras me sujeta por la cintura. Respiro con agitación y veo el cuerpo desmadejado de Elizabeth, tirado a un lado.

—¿Está… ?

Lanchan niega con la cabeza.

—Solo inconsciente, creo. Me he arrojado sobre ella y ha chocado con la cabeza contra el suelo.

Su mirada se desliza por la figura de mi vecina, con una sombra atormentada en sus ojos. Es obvio que la reconoce, y, pese a que no sé nada de la historia que los une, me pregunto qué sentirá él. Trago saliva con fuerza y la miro yo también. Está inerte, tumbada de lado, aunque no veo sangre alrededor de su cráneo.

—Ha intentado… ella… —Aún me cuesta procesar lo ocurrido.

—La he oído, Olivia. —Suspira y casi noto cierta culpabilidad en su tono—. Lo siento, debería de haberme dado cuenta antes. No sabía que seguía por aquí. De haberlo hecho, habría imaginado que intentaría…

Sacudo la cabeza con un mohín y vuelvo a mirar la silueta de mi vecina. ¿Acaso ha hecho esto por celos? Todo ese rollo de que me alejara, de que era mala persona, ¿era porque no le gustaba que sintiera algo por él? ¿Cómo he podido estar tan ciega? Toda esa absurda historia de la bisabuela bruja y de deshacerse de la maldición… Menuda arpía. Y yo pensando que podíamos ser amigas.

—¿Qué hacemos con ella? —pregunto, aún turbada.

—La sacaremos afuera. Que se las apañe cuando despierte. —Y agrega con cierta rabia en la voz—: Aquí no es bienvenida.

Lo ayudo a arrastrar el cuerpo inconsciente de Elizabeth por la estrecha escalera, aunque por mis jadeos, casi parece que cargue yo con todo el peso. Bajo la luz nocturna, el árbol del jinete se mece con suavidad. Lanchan lo señala.

—La dejaremos ahí.

—¿Qué? ¿Y el jinete? —La preocupación me atenaza—. ¿Y si la encuentra?

Él guarda silencio un instante. De nuevo tengo esa sensación de que se guarda las respuestas para sí mismo. Y algo ha cambiado.

—Dejemos que sea él quien decida su destino —dice en un susurro—. Quizá tenías razón y estaba protegiéndote. O quizá… —Guarda silencio y me pasa un brazo por los hombros para cambiar de tema—. Vamos, tienes que quitarte esa ropa mojada. Me gustas más cuando no hueles a letrina.

Esbozo una leve sonrisa ante su último comentario.

—No sé si eso es un cumplido o no.

—Decídelo tú. —Su enorme mano se posa en mi hombro y me empuja con suavidad hasta que volvemos adentro.

Por el rabillo del ojo, distingo una sombra. Miro hacia atrás un instante, pero no hay nada. Sé que el fantasma no va a llevarse la cabeza de Elizabeth, pero la tensión en el ambiente no vaticina nada bueno para ella. Y yo estoy tan aturdida ahora mismo que mi mente prefiere desconectar. Miro a Lanchan. Puede que esté en lo cierto. ¿Y si la aparición del jinete se debía a que sabía que estábamos en peligro?

Un repentino escalofrío me recorre la espalda.



Capítulo XXIX

Olivia

Cuando bajo de mi habitación, ya seca y en pijama, Lanchan está sentado con la vista fija en el fuego. La forma en la que la luz de las llamas recorta su silueta lo hace parecer casi etéreo.

Mientras está sumido en sus pensamientos, me dedico a mirarlo sin que se dé cuenta; se masajea la barbilla, con los codos apoyados en las rodillas, y casi no ha parpadeado durante el tiempo que llevo aquí de pie.

Es extraño. Por una parte, tengo la inquietante sensación de que le debo la vida; por otra, pienso que él es el principal motivo por el que se ha desencadenado toda esta locura. Me acerco despacio y procuro que el sonido de mis pasos no lo distraiga de su reflexión. Sin embargo, hay un asunto que necesito aclarar y, cuando llego a su lado, pregunto:

—¿Qué hay entre Elizabeth y tú?

Lanchan ladea la cabeza en mi dirección. Sus ojos no son más que dos iris azules sin expresión; como si el fuego que tiene delante hubiera quemado cualquier emoción.

—Un error. Ni siquiera sabía que estaba aquí —admite en un susurro.

Elevo las cejas hasta casi la mitad de la frente. Supongo que, de todas las respuestas posibles, esa era la que menos esperaba.

—¿No sabías que ella vive en la mansión que hay al lado? —inquiero, quizá en un tono demasiado alto debido a la incredulidad.

—Hacía muchos años que no la veía.

¿Años? ¿Ha dicho años?

—No entiendo nada —confieso y tomo asiento a su lado. Él me dedica una media sonrisa que refleja pena, en lugar de júbilo, y deja escapar un largo suspiro.

—Lo único que tienes que entender es que es una mujer malvada que solo ansía poder. Admito que le hice daño, sí. Pero ella se cobró su venganza y… —Se masajea las manos—. Digamos que es la culpable de mis desgracias.

—¿Poder? —repito y él asiente—. Pero si la mansión de al lado es enorme y…

—Y perteneció a nuestra familia.

—¿Cómo?

Él se encoge de hombros.

—No sé en qué momento ha caído en sus manos, pero está claro que no quería alejarse mucho de este castillo. —Deja escapar una risita amarga. Ahora entiendo por qué tenía ella una llave del

pasadizo del pozo en su posesión.

—O sea que, si avisa a la policía, tengo que añadir el allanamiento de morada al intento de asesinato, en mi defensa. —Hago una mueca. Aunque intente dotar al panorama de un poco de humor, no lo consigo.

Él se queda en silencio. Me observa con tanta intensidad que espero que su boca se abra y escupa lo que calla. Casi ni me atrevo a moverme, por temor a que cambie de idea, pero el momento desaparece cuando hace un gesto en el aire con la mano y dice:

—Será mejor que descanses, Olivia. Has experimentado demasiadas emociones.

Quiero insistir, pero asiento. Tiene razón. Y noto la mente tan agotada que, aunque me gustaría poder pasar página y hacer como si nada hubiera sucedido, sé que es demasiado grave para ignorarlo. Estoy a punto de levantarme, cuando Lanchan me alza entre sus brazos.

—¿Qué haces? —espeto, cuando veo que se encamina a la escalera del piso superior.

—Llevarte a la cama.

—No es necesario.

—Ayer te torciste el tobillo.

Chasqueo la lengua, irritada.

—Es obvio que estoy mejor.

Él afianza más los brazos a mi alrededor y me sonríe con malicia.

—Eso lo decido yo, mujer. No puedes impedirlo.

Mis mejillas arden casi tanto como su mirada. Sube los peldaños con demasiada facilidad para estar cargando conmigo. Suelto un gruñidito bajo, para quejarme.

—Esto no tiene nada de caballeroso, Lanchan.

—No he dicho que pretendiera serlo.

Pongo los ojos en blanco ante lo inevitable. Avanzamos hasta mi habitación y empuja la puerta con el pie. Si fuera yo la que estuviera en su lugar, probablemente nos hubiéramos caído al suelo y habríamos acabado con un par de dientes rotos en el primer peldaño.

—¿Ves? No ha sido para tanto —comenta, cuando me deja sobre la cama—. Seguro que has disfrutado del paseo.

—Eres un presuntuoso, Lanchan MacLaine.

Mi compañero de castillo me sonríe. «Maldito sea, esa sonrisa lobuna es irresistible», pienso, y fantaseo con la idea de tener su labio inferior entre mis dientes. Quizá mi expresión es transparente, porque noto que él centra la mirada también en mi boca, con un claro gesto de deseo, pero, de repente, sus cejas se juntan y su expresión se vuelve melancólica.

—Creo que te echaré de menos —dice.

Se me contrae el estómago.

—¿Te marchas?

Mi tono ha sido mucho más ansioso de lo que debería. Él se encoge de hombros.

—Supongo que es cuestión de tiempo que todo esto cambie.

No sé a qué se refiere, pero sé leer entre líneas. Mi plan consistía en pasar aquí las vacaciones, nunca planeé quedarme a vivir en este castillo, y todavía no sé qué haré con él cuando me marche —sobre todo teniendo en cuenta que debemos aclarar el tema de la propiedad—. Lo que sí tengo claro es que el sentimiento es recíproco y que, contra todo pronóstico, una parte de mí extrañará a este gigante rubio, aún con sus expresiones arcaicas y sus gestos airados.

Algo me anima a dejar a un lado la distancia que hay entre nosotros y me como el orgullo para rodearle el cuello con las manos y abrazarlo.

—Yo también —murmuro.

Al principio, noto que sus músculos se tensan, sin embargo, bastan unos segundos para que me rodee la cintura y me devuelva el abrazo con fuerza. Su cara queda peligrosamente cerca de mi pecho y alza la barbilla con los ojos brillantes para decirme:

—Eres peculiar, Olivia MacLaine.

—Supongo que compartimos genes, Lanchan MacLaine.

Estamos cerca. Quizá demasiado. Aun así, no siento incomodidad cuando me asalta el recuerdo de su boca sobre la mía, sino todo lo contrario; una oleada de calor sacude la parte baja de mi abdomen. Las mejillas me arden y su mirada se enciende, como si pudiera sentir mis emociones y hacerlas suyas. Trato de pensar en algo que decir, lo que sea que rompa la intimidad que flota en el ambiente, pero Lanchan se levanta sin dejar de mirarme. Ese movimiento logra que sea muy consciente de cómo su cuerpo roza el mío, hasta que se pone a mi altura. Después, casi con reverencia, me sujeta por la nuca y junta sus labios con los míos.

Nos fundimos en un beso de fiereza indómita. No sé bien cómo, pero la húmeda caricia se enaltece cuando me tumba de espaldas sobre la cama y, tras apoyarse sobre sus antebrazos, se separa de mí un instante para mirarme. Sus dedos me apartan un mechón de la frente, antes de murmurar contra mis labios:

—Eres hermosa.

Puede que sea la sensualidad con la que pronuncia las palabras o, simplemente, que mi cerebro se derrite al sentir su contacto, pero aparco todos los motivos por los que, en principio, esto no estaría bien y me dejo llevar.

Lo tomo por la nuca y lo acerco a mí para besarlo más, mientras gano seguridad para avasallar su lengua. Sus manos recorren el contorno de mi silueta y se cuelan por debajo de la camiseta del pijama, para hundir los dedos en mi piel. Siento el frío de sus palmas cuando reptan por mi abdomen y arqueo la espalda. Lanchan se tiende sobre mí, sin dejar caer del todo su peso para no aplastarme, y profundiza el beso. Desea acariciarme también con la lengua, en aparente sintonía con las manos. Una de ellas asciende y agasaja cada porción de mi cuerpo como si pretendiera memorizarlo.

—Eres muy suave —murmura tras separarse de mi boca y, con los labios pegados a mi cuello, deja un reguero de besos húmedos—. Y hueles tan bien…

Inclino la cabeza hacia atrás cuando su mano apresa uno de mis pechos con un gesto duro y exigente. Dejo escapar un gemido antes de mirarlo.

Sus ojos están tan cargados de deseo que incluso las pupilas ocupan la mayor parte de los iris. Me sujeta por las caderas y, sin apartar la vista de mí, desciende entre mis senos mientras me besa por encima de la ropa, antes de liberarme de la prenda.

Está helado y, sin embargo, su contacto incendia todo a su paso. Se detiene al llegar al borde del pantalón. Siento la duda nacer en su mirada y la sutilidad con que le tiemblan las manos me lo confirma.

—Tú… ¿Quieres que…? —Deja la frase sin terminar y carraspea.

No puedo evitar sonreír. Reconozco que me conmueve que un tipo tan corpulento como él, y tan arrogante en muchas ocasiones, se detenga para hacerme esa pregunta —o intentar formularla —. Y, para qué negarlo, agradezco que se tome la molestia de pedir mi consentimiento. Asiento un par de veces y su espalda, en la que tengo apoyadas las manos, se relaja de forma notable. Incluso esboza una sonrisa lobuna y sus ojos centellean.

Lanchan se deshace de mi pantalón al tiempo que lame y mordisquea la piel que queda

expuesta. Se separa un instante para observar el pubis, totalmente depilado, y me mira con una expresión de sorpresa en el rostro. La carcajada brota sola y veo que arquea una ceja, antes de enterrar la boca entre mis piernas.

Su lengua me recorre con desquiciante lentitud y, centímetro a centímetro, se adentra entre mis pliegues para arrancarme un agudo gemido. Aferro varios mechones de su pelo entre los dedos y vuelvo a reclinar la cabeza. Una de sus manos asciende por mi abdomen hasta llegar a mi pecho, mientras con la otra se ayuda para que su boca inspeccione mi intimidad y colarse en su interior.

—Joder, Lanchan… —susurro.

—Me encanta que pronuncies mi nombre —dice, con voz ronca contra mi clítoris, antes de succionarlo.

Sus dedos me penetran con destreza y necesidad; como si fuera otra parte de su anatomía la que lo hace. Elevo las caderas y él me aprieta el vientre contra la cama, mientras se pone en pie, con sus dedos todavía dentro de mí. Sin dejar de tocarme, se quita el pantalón y empieza a acariciar su miembro. Alargo el brazo para tocarlo, pero él intensifica la velocidad de sus caricias y me arqueo sobre la cama.

—Eres hermosa, Olivia —repite en un susurro. Se inclina sobre mí y me besa en los labios—. Un pequeño milagro hecho realidad.

—No estoy acostumbrada a tanto cumplido mientras… —Lanzo una mirada fugaz a sus piernas y sonrío—. Ya sabes.

—Pues no deberías aceptar menos —dice con firmeza. Acto seguido, tira de mis piernas hasta el borde de la cama con un movimiento seco.

Se quita la camisa blanca y me incorporo para sentarme y deleitarme la vista con su perfecto torso. Recorro con los dedos su musculatura y observo que se le eriza la piel con el avance.

—Tienes un gimnasio en tu habitación, ¿verdad? —pregunto, casi sin pensar. Cuando lo miro a los ojos, veo que tiene dibujado un gesto de extrañeza.

—¿Qué?

—Que esto no puede ser real —murmuro con una risita.

—Lo real no es siempre lo que vemos —dice él; su mirada se ha vuelto sombría de repente—. Aunque a veces lo único importante es lo que sentimos.

—Podría mejorar… —comento. Me muerdo el labio inferior y le agarro el miembro con la mano. Es suave y firme, como todo lo demás.

Él emite un sonido gutural y mira al techo. Su pecho sube y baja más rápido que hace un instante y sé que está intentando calmarse. Cuando centra la vista de nuevo en mí, parece haber recuperado parte del control en sí mismo. No puede esperar más. Y yo tampoco. Coloca una de mis piernas por encima de su hombro y siento que su virilidad se abre paso entre mis pliegues con una presión deliciosa. Ahogo un gemido.

—¿Me sientes en tu interior? —pregunta con sensualidad—. ¿Recordarás la humedad entre tus piernas cuando pienses en esta noche?

Antes de que pueda responder, me embiste en profundidad y gimo con fuerza. Sus movimientos no son duros, sino que juega con la velocidad con la que me penetra. Sus manos se clavan en mi piel como si quisiera dejar allí su huella. Pronto, pasa la pierna que tengo levantada hacia su otro hombro y acabo tumbada de lado. Sin cesar sus movimientos, se tumba detrás de mí y me acaricia la cintura con la mano hasta que llega a mi clítoris.

Gimo de nuevo y Lanchan aumenta la potencia de sus acometidas. Me acaricia, me besa la

espalda y sujeta uno de mis pechos para jugar con mi pezón entre sus dedos. Creo que voy a morir calcinada. Maldita sea, esto va a ser rápido; estoy demasiado excitada. Jadeo. Y cuando sale de nuevo y se hunde en mí al completo, en una embestida profunda, el placer me invade; se retuerce como una serpiente y crea una ola de calor que estalla en mi interior, justo antes de que él abandone mi interior con un gemido ronco y liberador.

Cuando bajo de la nube de placer en la que me estremezco, lo observo de reojo y veo su abdomen cubierto por el húmedo clímax masculino. Tiene la respiración agitada y, ahora mismo, con el pelo esparcido sobre la cama y la perfección de su cuerpo, parece una especie de ángel caído.

Me levanto y camino para coger una toalla del armario.

—Toma.

La coge y sus dedos rozan los míos en una caricia. Sin dejar de mirarme, y con voz suave, murmura:

—Gracias.

—De nada. Era eso o dejar que me manches las sábanas. —Me siento a su lado y lo miro mientras se limpia. Él niega con la cabeza y tira la toalla al suelo.

—No me refiero a eso.

¿Qué le pasa? «¿Me está dando las gracias por echar un polvo con él?».

—¿A qué te refieres?

El frío roce de su mano en mi mejilla me hace palpitar.

—Gracias por aparecer y verme. —Abro la boca para responder, pero él continúa—: Gracias por sacarme de la oscuridad. —Se acerca hasta que nuestros alientos se mezclan y murmura—: Mi hermosa y deslenguada salvación.

Me besa. Es un beso distinto, pasado el ardor inicial. Más suave, pero más hambriento, como si anhelara impregnar el sabor de mis labios en los suyos para siempre. Nos tumbamos en la cama de nuevo, insaciables, y en algún momento de la noche me quedo dormida.



Capítulo XXX

Olivia

Cuando despierto, ya es de día. El sol que se cuela por la ventana baña mi piel desnuda sobre la cama. Me desperezo y siento que, además de la ausencia de ropa, hay otro elemento que echo de menos: la presencia de Lanchan.

Suspiro y me incorporo con ese doloroso y a la vez placentero pinchazo en la entrepierna, fruto de una noche de pasión desenfrenada. Encuentro mis prendas esparcidas por la habitación, pero ni rastro de las de él. Quizá está engullendo una manzana en la cocina. Sonrío cuando la imagen se cuela en mi mente y recuerdo la primera vez que nos vimos.

Me visto a toda prisa y, cuando me coloco la ropa interior, una idea aborda mis pensamientos. En el ardor del momento ni siquiera presté atención a que no usamos ningún tipo de protección. Trago saliva. Soy bastante meticulosa en mis relaciones y, más que un casi imposible embarazo —ya que tomo la píldora—, me preocupan otros temas; al fin y al cabo, él era un desconocido hasta hace unos días, por lo que rezo para que no sea un picaflor encantador, a pesar de que algo me dice que no lo es.

Termino de vestirme y salgo al pasillo. Un vistazo hace que me detenga de repente. La habitación del fondo, la de Lanchan, tiene la puerta entornada. Creo que es la primera vez que la veo abierta desde que vivo aquí.

Me acerco a paso lento, mientras mis pisadas resuenan por el pasillo y apoyo la palma de la mano en la puerta para empujarla.

Un olor intenso a polvo acomete mi nariz en cuanto cruzo el umbral. Repaso la estancia de un lado a otro y no puedo disimular mi desconcierto. Porque parece… abandonada. Todos los muebles están cubiertos por una gruesa capa gris de suciedad e incluso las cortinas presentan un aspecto deplorable. Entro en la estancia y veo las motas de polvo formar pequeñas nebulosas que flotan en el aire.

La cama, un diseño de madera con cuatro columnas, no se ha tocado en años. La manta tiene un aspecto antiguo y signos de no haber sido sacudida en mucho tiempo; la funda amarillenta de la almohada muestra indicios de deterioro y la cortina púrpura que hay sobre la pared está tiesa como un pergamino.

¿Cómo es posible? ¿Acaso es una broma? Esta es la habitación de Lanchan. Y, sin embargo, aquí no hay rastro de vida desde hace mucho tiempo. Bueno, casi. Mi examen obtiene como resultado un trozo de papel doblado sobre una esquina de la almohada.

El corazón me late con insistencia en los oídos. Me acerco hasta que atrapo la pequeña nota

con los dedos, con miedo por si se desvanece. La desdoblo; hay una letra prieta y enrevesada que dibuja dos frases en escocés:

El castillo es tuyo, Olivia MacLaine.
Has sido la luz en mi oscuridad.
Gracias, L.»

Leo las palabras varias veces, mientras mi comprensión intenta abrirse paso. Me doy cuenta de que estoy temblando al ver el movimiento del papel entre mis dedos.

«No puede ser», me digo, mientras la realidad me azota. No estoy dispuesta a aceptar esto como una despedida. Arrugo la nota con fuerza y procuro controlar mis emociones. «Esto no tiene ningún sentido», pienso. Decido recorrer el castillo mientras lo llamo y abro todas y cada una de las puertas que encuentro a mi paso.

—¡Lanchan!

Bajo a toda prisa a la planta inferior y no lo encuentro en el salón ni en el baño, tampoco en la cocina.

Jadeante, me detengo un instante y noto que tengo las mejillas húmedas. Ni siquiera sé cuándo he empezado a llorar. Trato de asimilar lo que está ocurriendo, pero me niego a aceptar una despedida tan abrupta; siento como si me hubieran arrancado una estaca de raíz que ya había tocado algún órgano vital.

De repente, recuerdo el piano. Vuelvo a subir la escalera para llegar a la última planta. El instrumento está en su lugar, con las teclas polvorientas y grises.

Frunzo el ceño. ¿Cómo es posible que tenga esta apariencia tan descuidada? Deslizo un dedo por una de ellas y, desorientada, veo cómo mi huella deja la marca.

¿Por qué se ha marchado? ¿Por qué su habitación está abandonada? ¿Por qué no hay rastro de él ni de su presencia en todo el castillo, más allá de esta triste carta? Oprimo el papel entre los dedos, mientras las preguntas se acumulan en mi mente con el temor a que esta nota, la última conexión con él, desaparezca. Caigo en la cuenta de que no tengo su número de teléfono y desconozco dónde vive, además de en este castillo; la única información de la que dispongo es su nombre y los recuerdos de nuestra efímera convivencia.

Me dejo caer en la banqueta del piano, desmadejada, como una marioneta a la que han cortado los hilos de sujeción. Me siento engañada y confusa, tanto, que me molesta la intensidad del sentimiento.

«Vamos, Olivia, es lo que querías. El castillo es tuyo. Es la herencia del *nonno*».

Y sí, la idea de haber zanjado el asunto de la propiedad me alivia, pero también me entristece. Esas idas y venidas con Lanchan han resultado ser más estimulantes de lo que pensaba.

Suspiro y me limpio las lágrimas, porque algo enterrado en mi interior me dice que nuestros caminos se han separado para siempre.

Me quedo aquí, deshecha, hasta que oigo el ruido de un motor en el exterior. Me levanto para mirar por la ventana y veo la familiar silueta de la furgoneta de Baltimore, que circula por el camino que llega hasta la entrada. Mi vista se desvía un instante al árbol del jinete. Elizabeth

tampoco está. Giro la cabeza para fijarme en las ventanas de Lochbuie House y, pese a la distancia, el interior me parece más tranquilo que de costumbre.

«Has sido la luz en mi oscuridad», dijo Lanchan. Sin embargo, ahora soy yo la que se siente completamente a oscuras.



Capítulo XXXI

Olivia

La insistente alarma de mi teléfono móvil me avisa de que son las nueve y media de la mañana. Fijo la mirada en el techo y suspiro. No me apetece levantarme, pero ya es jueves y mis hermanos no tardarán en llegar. No quiero que me encuentren ahogada en este estado anímico tan deprimente.

El pasado lunes, con la llegada de Baltimore, incluso Tendal se dio cuenta de que algo no andaba bien. Le comenté que había tenido un problema con el otro propietario del castillo —no me pareció prudente explicarle mi vida sentimental, como si fuéramos íntimos amigos— y no sé si me sorprendió más que no conociera al «susodicho» —como lo llamó él— o que me abrazase. No quiero saber qué aspecto debía de tener yo para que alguien considerase que necesitaba tal muestra de afecto, pero lo cierto es que me derrumbé entre sus brazos. Fue tal la conmoción, que incluso tardó en darme la buena noticia de que ya nos habían concedido la licencia para hacer las reformas en el castillo.

Ahora, tres días después, me doy cuenta de que mi reacción fue excesiva. Desconozco si el motivo se debe al hecho de que no tenía previsto que nadie se colase en mi corazón o a que parece que todo haya sido un sueño. Si no fuera porque, además de conservar la nota, todo fue muy real, elegiría la segunda opción.

Estos días, mientras Tendal y su padre trabajaban en las cañerías —y se asombraron casi más que yo de la ubicación secreta del pozo—, me he dedicado a escribir. En realidad, apenas he dormido para terminar la historia. Mi editora, que me llamó ayer por la noche en cuanto recibió el mail, está encantada de que haya regresado mi «inspiración divina», como la llama ella. No he querido rebatir esa teoría ni confesar que la novela que le he enviado está basada en mi propia experiencia. ¿Jinetes fantasma? ¿Castillos abandonados que realmente están habitados? ¿Hombres que desaparecen sin dejar rastro? Cierro los ojos y sacudo la cabeza, todavía sobre la almohada. Dudo que nadie creyese lo que he vivido y, sinceramente, no es algo que me apetezca compartir, más allá de una supuesta historia de ficción.

No he tenido noticias de Lanchan en estos días ni he vuelto a encontrarme con el jinete; tampoco Elizabeth ha hecho acto de presencia. Una parte de mí no puede evitar preguntarse cuál es la relación entre todo eso, por muy sinsentido que me parezca.

Me apoyo sobre los codos y miro alrededor. Ayer por la noche me dediqué a limpiar un par de habitaciones, para que mis hermanos tengan donde quedarse. Ya los avisé para que trajeran algún saco de dormir que poner sobre el colchón, pues no puedo garantizar la comodidad del descanso.

Volví a la habitación de Lanchan y la preparé para mi hermano. Puede que solo haya sido una excusa para volver a entrar ahí y, por qué no admitirlo, husmear un poco entre las pertenencias y muebles que ha dejado. Sin embargo, y pese a que he encontrado algunos objetos antiguos que parecen de gran valor, no hay nada que me recuerde a él. Es como si esa estancia, pese a pertenecerle, no formara parte de quien es.

Suspiro con resignación y me levanto de la cama. En la mesita de noche descansa uno de los sándwiches que me ha traído Tendal, al darse cuenta de que no me estaba alimentando como era debido. No ha hecho demasiadas preguntas y eso me gusta. Él solo se ha limitado a cuidarme. Al final, parece que la vida pone a personas en nuestro camino con un objetivo concreto y supongo que él no mentía cuando me dijo que podíamos ser amigos.

El sonido de un claxon capta mi atención. Esbozo una sonrisa tímida de forma inevitable; por la manera en que se repite el sonido, solo puede tratarse de una persona: Tristan. Me lo imagino inclinado sobre el volante del coche de alquiler, con música rock italiana a todo volumen, igual que en aquella escapada que hicimos al norte de la Toscana. Consulto mi teléfono y me doy cuenta de que llevo una hora ensimismada, sumida en mis pensamientos. Tomo aire con fuerza. Si algo está claro es que, con la llegada de mis hermanos, los momentos de bajón tienen fecha de caducidad.

Doce minutos más tarde, estoy envuelta por varios pares de brazos que me pasan de uno a otro, como un peluche que llevan tiempo sin estrechar contra su pecho. Y, aunque me dejan sin aliento y me asaltan con comentarios en un italiano desordenado y pastoso, reconozco que los he echado de menos.

—Estás más delgada. Has estado comiendo fatal, ¿verdad? —espeta Regina, que siempre ha sido especialista en fijarse en cualquier cambio físico. Su ceño se frunce y acerca la cara a la mía para agregar—: ¿Has llorado? Tienes los ojos hinchados.

Hago un gesto con la mano para quitarle importancia, a sabiendas de que pasar su examen sin soltarle toda la historia es una ardua tarea.

—Ayer tuve un brote de alergia al polvo.

Regina amusga los ojos, porque es obvio que estoy mintiendo, pero, en ese instante, Elvira estornuda sonoramente a nuestra derecha. Pienso en que su maleta de ruedas ultramoderna no puede desentonar más con los muebles del salón, mientras la veo pasarse un clínex por la nariz.

—¿Y cómo piensas sobrevivir aquí con la tuya? —inquiero a mi hermana menor, con una ceja levantada.

—No me voy a morir por unos cuantos estornudos y… —Estornuda—. Si me llego a quedar allí, sin ver este tesoro, sí que me habría muerto, además…. —Estornuda de nuevo, pero sus ojos se agrandan al mirar a un lateral—. ¡Por la *mia mamma*! ¿De qué siglo es ese mueble?

Estornuda un par de veces más, mientras pasa una mano con delicadeza por los tiradores de los cajones.

—¡Esto es aún más impresionante de lo que pensaba, Oli! —dice mi hermano. Lleva una camisa azul y unos pantalones ajustados, a la más pura moda italiana.

—Olivia, disculpa que interrumpa —dice Tendal, que aparece en esta pequeña reunión con el pelo alborotado y el mono de trabajo—. Vamos a tener que picar las paredes de una de las habitaciones del segundo piso para meter las tuberías nuevas.

—Lo que necesitéis —contesto con una mueca—. Un poco más de polvo en el ambiente tampoco cambiará mucho el aspecto general.

Tendal suelta una risita. Elvira vuelve a estornudar, ahora agazapada junto a las patas de uno

de los sillones, y Tristan me da un empujoncito en el hombro, mientras vemos cómo Tendal se marcha.

—¡*Ragazza*! ¡Eso sí que es impresionante! —comenta mi hermano—. Ese es…

—No, no es él. —Mi tono es tan cortante que los tres me miran en silencio un momento.

Regina tuerce la cabeza y carraspea.

—De acuerdo —dice—. Creo que necesitas salir un poco de entre estas paredes, señorita. ¿Hay algún sitio donde se pueda tomar un *espresso* bien cargado por aquí cerca?

Me encojo de hombros; el único sitio que me viene a la memoria es el local de Brigitta.

—Supongo que sí. —La idea de salir no me parece tan mala, tras pasar tres días siendo un alma en pena aquí encerrada.

—¿Quién viene?

Tristan resopla y niega con la cabeza.

—He venido haciendo de chófer todo el camino. Si sumamos la tensión por procurar no atropellar una oveja, el mareo por el viaje en el ferry y la perorata de estas dos en el avión, merezco dormir un ratito.

—Yo me quedo por aquí, echando un ojo —dice Elvira, que ahora está casi tumbada en el suelo, mientras observa el lateral labrado bajo la chimenea. El que debe ser su duodécimo estornudo levanta una nube de cenizas de entre los restos de madera consumida y la hace estornudar todavía más.

—Bien. —Regina me toma por los hombros y me empuja—. Ponte presentable, nos vamos.

Es difícil no hacerle caso cuando actúa como si fuera nuestra madre. Me arreglo en poco tiempo, distribuimos los cuartos donde van a quedarse y dejamos a Tristan y a Elvira charlando con un encantador Tendal, mientras Baltimore hace mediciones en silencio.

En cuanto me monto en el coche con Regina y tomamos la carretera, un silencio se adueña de ambas, hasta que ella lo rompe para hacer una pregunta directa:

—¿Vas a contarme qué diablos ha pasado o vas a hacerte más de rogar?



Capítulo XXXII

Olivia

No sé si es la calma del viaje en coche o la familiar mirada de Regina, pero siento una necesidad imperiosa de desahogarme y empiezo a hablar.

Comienzo a relatarle la historia despacio, pero sus preguntas me ayudan a avanzar más deprisa y acabo con un discurso atropellado con el que vomito todo lo que ha pasado en estos días. Jornadas que ahora me parecen meses. Mientras hablo de fantasmas, de maldiciones y de mi particular compañero ni siquiera pienso en si ella me creerá o no. La explicación acaba cuando estamos a las puertas del restaurante de Brigitta y me doy cuenta de que respiro con agitación.

—¿Y solo te ha dejado esa nota? Me cuesta procesar que… —deja su opinión en el aire. Regina tiene esa mirada comedida de cuando prefiere guardarse lo que piensa para sí misma—. Todo es muy extraño.

Entramos en el local. Brigitta me saluda con la mano en cuanto me ve y hace una señal para que tomemos asiento, mientras termina de atender una mesa.

—A veces los hombres dan asco —sentencia mi hermana sin más.

Me esfuerzo por esbozar una sonrisa, pues esa es su forma de darme ánimos. Regina es una persona que ha tenido pocas relaciones; no se entrega a escarceos con la primera persona que se cruza en su camino.

—Supongo que es una buena conclusión —respondo.

—Es curioso. Hay personas que están juntas durante meses y, cuando se separan, parece que no hayan dejado huella el uno en el otro. Y, luego, están estos romances exprés, que se aferran a tus entrañas y te marcan tanto que da la sensación de haber durado años.

Durante un instante, no articulo palabra, solo la observo en silencio hasta que Brigitta se acerca.

—Qué alegría que hayas venido, Olivia —dice Brigitta que se muestra deseosa de hablar conmigo. Le presento a mi hermana, a quién dedica una inclinación de cabeza antes de centrar la atención en mí—. Mi tío y yo estuvimos investigando todo el tema del fantasma de tu castillo y hemos descubierto algo muy curioso: también existe la leyenda de una maldición que nada tiene que ver con el jinete.

Mi ceño se frunce.

—¿Una maldición? —repito.

Ella asiente, emocionada por aportar nuevos detalles.

—Se dice que una bruja maldijo a uno de los descendientes del clan MacLaine.

Enarco una ceja.

—¿Un bruja? —El comentario trae a mi mente las palabras de Elizabeth sobre su bisabuela y algo se contrae en mi estómago, aunque no sé por qué.

—Sí, dicen que la mujer se vengó cuando, tras acostarse con ella, él no quiso casarse. —Mueve los dedos de las manos en el aire—. En aquel entonces la magia no era algo tan escaso.

—¿Magia? —inquiere Regina y frunce los labios—. ¿Pero de qué año estamos hablando? ¿Existían los cuentos de hadas?

Le propino un codazo sutil y Brigitta se encoge de hombros antes de proseguir:

—Creo que por el siglo XVI o XVII, no lo sé con certeza. Lo que está claro es que esas artes existían o se creía en ellas. Y el hecho de que alguien tuviera los ojos de color lila no era muy común que digamos. —Se me acaba de helar la sangre al recordar a mi vecina y el extraño color en sus iris cuando estuvimos junto al pozo. Nuestra interlocutora parece tomar mi silencio como una señal para continuar con su relato—: Por lo visto, el tipo era bastante atractivo, pero no quería que le echaran el lazo. Ya os podéis hacer una idea de lo que pasó cuando rechazó la propuesta de la chica.

—Lo maldijo —se aventura mi hermana y me lanza una mirada extraña.

—Eso es —continúa Brigitta—. Por si fuera poco, la mujer en cuestión era la hija del jefe de un clan enemigo y ese matrimonio hubiera sido la clave para evitar alguna que otra batalla, así que el padre del hombre se enfadó bastante.

—Daños colaterales para todos —murmuro, mientras intento calmar la desagradable sensación que asciende desde mi estómago.

—Bueno, daños colaterales para él, sobre todo —matiza Brigitta—. Tras la maldición, desapareció. Nunca se volvió a saber de él. Al cabo de los años, incluso la familia abandonó el castillo. —Se encoge de hombros y apunta a una discreta pared cerca de la barra—. Lo mejor es que mi tío me dijo que conservamos algunos elementos históricos de los MacLaine en la exposición de las paredes.

Dirijo la mirada allí un instante y, entonces, la pantalla de mi teléfono se ilumina. Veo el nombre de Tendal como llamada entrante. Me levanto y me disculpo para ir a contestar, mientras mis pies vagan hacia la pared que ha señalado la camarera.

—¿Problemas? —pregunto al responder. Que me llame cuando hace apenas media hora que me he ido, no augura nada bueno. Y, por Dios, espero que no implique un incremento en la factura porque no sé si voy a poder hacer frente a tanto gasto.

—Olivia, verás… —Su voz suena dubitativa y oigo el parloteo emocionado y cercano de una voz femenina, que no puede ser de otra que de Elvira—. Hemos empezado a picar las paredes de la última habitación del primer piso y… no te vas a creer...

Noto que se me contraen varios músculos de la frente. Es la habitación de Lanchan. Escucho el ruido del rítmico golpeteo sobre la piedra al otro lado de la línea. Guardo silencio mientras habla y dejo rodar la mirada, en un paseo errante, sobre los artículos expuestos en la pared del local. Hay elementos antiguos de la vida cotidiana: peines, broches, algunas armas y muchos documentos, además de varios grabados.

— ...y había una cortina que no tapaba ninguna ventana, solo la pared —continúa Tendal.

¿Una cortina? Mi mente repite ese extraño dato sin perder de vista los elementos que tengo enfrente. Una ilustración concreta atrae mi atención y me aproximo un poco más.

—El caso, Olivia… no sé cómo decirte esto —continúa Tendal, al otro lado de la línea—.

Hay un cadáver emparedado tras el muro que esconde la cortina.

—¿Un cadáver? —pregunto, incrédula.

Las voces difuminadas de Tristan y de Elvira se escuchan a lo lejos; percibo en ellas una mezcla de emoción y horror.

—¡Mirad esto! —exclama Elvira—. ¡Hay una inscripción en un pergamino prendido a su camisa!

—¡No toques esos huesos! —oigo que la reprende Tristan, a gritos—. Cuando venga algún friki de la memoria histórica y se entere de que has…

Discuten. Asumo que mi hermana no le ha hecho caso, como siempre, y que ha cogido el pergamino para saciar su curiosidad. Ella se queja de que desconoce la lengua en la que está escrito. Tristan tampoco.

Vuelvo la vista al frente y, despacio, me acerco a la ilustración que tengo delante; dos hombres, ambos grandes y rubios, con un castillo a la espalda. Mi corazón empieza a bombear más deprisa. No es que el grabado sea muy preciso en detalles, pero el texto al pie es lo que acaba de trastocarme:

«Diatrec Salburg y Lanchan Lubanach del clan MacLaine. Castillo de Moy. 1749».

El mundo se tambalea a mi alrededor y apoyo la mano en la vitrina para no perder el equilibrio. No puedo apartar la vista de la frase del grabado hasta que, finalmente, vuelvo a mirar la imagen. Recuerdo que Lanchan mencionó a su hermano en un par de ocasiones. «Mi hermano Diatrec espantó a mi último caballo». Su voz me suena tan natural, como si estuviera a mi lado.

Me laten las sienes; una vorágine de fragmentos de conversaciones pasa a toda velocidad por mi mente. Todas esas piezas del puzle, que no encajaban, se mueven y hacen *click*.

—Es gaélico antiguo —dice Tendal, que ahora descubro que también conoce lenguas muertas. Hace una pausa, antes de continuar en un tono pausado e interpreto que está traduciendo lo que pone mientras lee—: Por tu crueldad en la oscuridad… para, no, pe… ¡permanecerás! Hasta que… el afecto de un corazón te vuelva a… a…librar… no. Lib…

—¿Liberar? —sugiere Tristan.

—¡Eso es! «Por tu crueldad, en la oscuridad permanecerás, hasta que el afecto de un corazón te vuelva a liberar» —repite Tendal—. Esto no tiene sentido. ¿Me estás escuchando, Olivia?

No puedo contestar. Mis oídos retumban ante el mudo estruendo de la última pieza al encajar.

«Has sido la luz en mi oscuridad».

El peso de la realidad dobla mis rodillas y todo se vuelve negro, antes de que mi cuerpo se desplome al suelo.



Epílogo

Tiemblo, mientras contemplo a la extraña que soy ante el espejo. Me parece mentira que hayan pasado seis meses, aunque hoy, en cierto modo, es como si me reencontrara con ese fantasma del pasado. Y lo digo de forma literal.

Aparto la atención de mi reflejo para mirar el ejemplar de mi última novela, la que voy a presentar dentro de una hora en un evento que mi agente, Ar, se ha encargado de organizar y llenar de caras conocidas del sector literario. Dice que será un éxito, pero, lo sea o no, poco me importa.

Necesito sacar este libro y dejar que la historia vuele lejos de mí para purgarme; para que la herida empiece a sanar y deje de escocer. Suspiro y acaricio la novela, encuadernada en rústico, con el título: «La última heredera de los MacLaine».

Enfrentarme a este acto, será el final de un ejercicio de superación, porque han sido los seis meses más extraños y vacíos de mi vida.

Aceptar que el esqueleto emparedado en el castillo era de Lanchan, me costó muchas noches sin dormir; asumir que me había enamorado de un fantasma, incorporó muchos cafés y toneladas de chocolate al conjunto. Todo fue tan real para mí… El recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo; su aliento en mi piel; la forma de incordiarme; la música del piano flotando por el ambiente del castillo; la fuerza de esa mirada azul.

¿Cómo podía tocarme? ¿Se comía mi comida o lo hacía yo? ¿La cuerda para salir del pozo estuvo ahí todo el tiempo o la lanzó él? ¿De verdad me ayudó a subir? ¿Todo había sido fruto de mi enrevesada imaginación?

Me ha costado asimilar la idea de que mi gigante rubio lleva muerto cientos de años. Sin embargo, sí que hubo detalles que siempre estuvieron ahí, como la baja temperatura de su cuerpo y lo silencioso de sus pasos. Durante días, me devané los sesos para analizar cada uno de nuestros encuentros y preguntarme cómo no fui capaz de darme cuenta antes de lo que pasaba.

Como si alguien pudiera plantearse siquiera que la persona que tiene delante no es real.

Porque para mí lo fue.

Concluí que su alma me había buscado como una salida a su encierro, aunque una parte de mí duda de que él fuera consciente al principio. ¿Por eso cambió su actitud conmigo? Nuestra última noche ¿fue una forma de despedirse?

Tampoco supe más de Elizabeth, pero después de leer aquella maldición inscrita en el

pergamino a medio quemar sobre los restos de Lanchan, algo me dijo que ambos estaban conectados. ¿Y si en realidad había sido ella la bruja protagonista? ¿Y si había estado velando para que nadie rompiera la maldición? ¿Quiso matarme al presentir que yo lo liberaría? Cada vez que recuerdo el extraño interés que siempre mostraba en nuestra relación se me pone el vello de punta.

Me faltan muchos detalles para llenar las lagunas de información, como saber de qué forma terminó emparedado. ¿Elisabeth contó con la ayuda de alguien más?

Si de algo estoy segura es que el jinete no velaba por mí, sino por Lanchan. Él era su asunto pendiente; el descanso de su alma atrapada. Quizá fue él quien se llevó el alma de Elizabeth, rota la maldición, lejos del mundo de los vivos.

Ha sido demasiado que procesar. Y, aun así, permanecí en el Castillo de Moy los dos meses siguientes, resistiéndome a alejarme de los recuerdos con ese hombre que, de forma inesperada, logró que volviera a creer en el amor.

Después, una tropa de gente ocupó el castillo aquella semana, mientras trasladaban los restos a un museo y hacían un examen exhaustivo. Tendal y mis hermanos estuvieron conmigo todo el tiempo que pudieron y, por suerte, se marcharon cuando la situación volvió a una «seminormalidad». Cuando todo acabó, decidí quedarme allí un tiempo para revisar las correcciones de mi novela, a la vez que procesaba lo vivido. Regina, la única a la que expliqué mi experiencia sentimental, me instó a que también se lo contara a mis hermanos; supongo que pensaron que toda mi descabellada historia significaba que me faltaba un tornillo, aunque sé que, en el fondo, querían creerme.

Ese tiempo me sirvió para acabar de reconciliarme conmigo misma, para aceptar que, de una manera u otra, volvía a sentir y volvía a creer en el amor.

Y lo mejor: volvía a escribir.

Suspiro y fijo la mirada en el libro; lo acuno contra mi pecho, mientras inspiro profundamente para calmarme. Me guste o no, ese escocés altivo ha sido el protagonista de mi historia; tanto de la real, como de la ficticia.

Esbozo una sonrisa. Me consuela pensar que, cuando lo eche de menos, solo tendré que coger este libro para recordar que, de una manera u otra, Lanchan MacLaine siempre estará conmigo, entre sus páginas.

Nota de las autoras

¿Sabías que la leyenda del jinete sin cabeza existe?

Durante la documentación para esta novela, decidimos que queríamos basarnos en un castillo real y encontramos el Castillo de Moy, que fue propiedad del clan de los MacLaine. El castillo tiene tres plantas y un sótano con un pozo, por lo que hemos querido respetar los espacios originales, pese a tomarnos licencias con algunos detalles.

La Mansión Lonchbuie, propiedad de Elizabeth en la historia, también existe y, en efecto, se erige en el prado cercano al castillo. Los alrededores del lugar en el que se sitúa nuestra narración, en la isla de Mull, son impresionantes, por lo que os animamos a buscar fotografías para admirar los paisajes.

La leyenda real cuenta que uno de los antepasados de los MacLaine, Ewen, fue decapitado en una batalla y su caballo se alejó dos millas con el cuerpo aún sobre la grupa. Desde entonces, se dice que «su figura aparece montada sobre el corcel, cuando uno de los MacLaine está cerca de la muerte». Nos hemos tomado la libertad de ofrecer su presencia más como un protector que como un presagio de muerte.

El panel funerario del tío de Lanchan, Murdock, está dentro de la antigua capilla de Santa Kilda, así como la cripta de otros familiares del clan, donde, curiosamente, existe un Lachlan Lubanach MacLaine de Duart.

La historia de Olivia surgió a raíz de la «Batalla de escritoras», dinámica que creamos en redes sociales, y para la que nos reunimos dos parejas de autoras que escribimos a cuatro manos. La novela debía publicarse en un plazo de tiempo determinado y con una extensión de unas cincuenta mil palabras aproximadamente. Pedimos a nuestros seguidores que propusieran varios elementos: un lugar o ambientación, un personaje que les gustaría encontrar y un *trope* o cliché para configurar la base de una novela. El más votado entre todos los participantes fue el de @laurelleeyescribe. Los elementos con más éxito fueron los siguientes:

Cliché: *Enemies to lovers*

Ambientación: Un castillo escocés

Personaje: Un fantasma maldito por una bruja que necesita ayuda del heredero del castillo para romper la maldición.

Si quieres conocer la otra obra surgida a partir de esta batalla y escrita por nuestras compañeras Laura Campos y Erya, puedes encontrarla en Amazon con el título: Magias Rivales. Disfrutad de la lectura.

Agradecimientos

Los agradecimientos siempre son algo personal, no obstante, en este caso, hemos decidido que aquí debían aparecer las personas que son importantes para ambas. Por eso, queremos dedicar este apartado a quienes hemos conocido a través de redes sociales, y a todos los que leen siempre nuestras obras sin importar ni siquiera lo que promete la sinopsis, además de apoyarnos de manera incondicional en cada nueva aventura.

Mención especial al grupo de amigas literarias que creamos hace cuatro años: Cris, Marta, Noe, Cas, Carol y Sonia. Bajaos del coche.

A nuestras dos lectoras cero, Fani y Lorena, que nunca rechazan sumergirse en una nueva historia para señalarnos los puntos fuertes y débiles, y siempre nos regalan su tiempo para ello.

A Raquel (Jezz Burning) por la meticulosidad de sus correcciones. Sus comentarios durante la revisión nos han sacado muchas sonrisas.

A Marta (Ethereal Ediciones) por la preciosa cubierta para «vestir» la historia de Olivia y esos interiores mimados al detalle.

Y a ti, lector, que has leído hasta aquí, esperamos que seas la luz en la oscuridad de alguien y que, si por casualidad heredas un castillo, no haya un inquilino en su interior.



¿Qué pasa cuando una autora de romance y una de fantasía se unen? Carla Marpe y Silvia P. Martín se conocieron a través de redes sociales allá por 2020, antes de publicar sus primeras novelas.

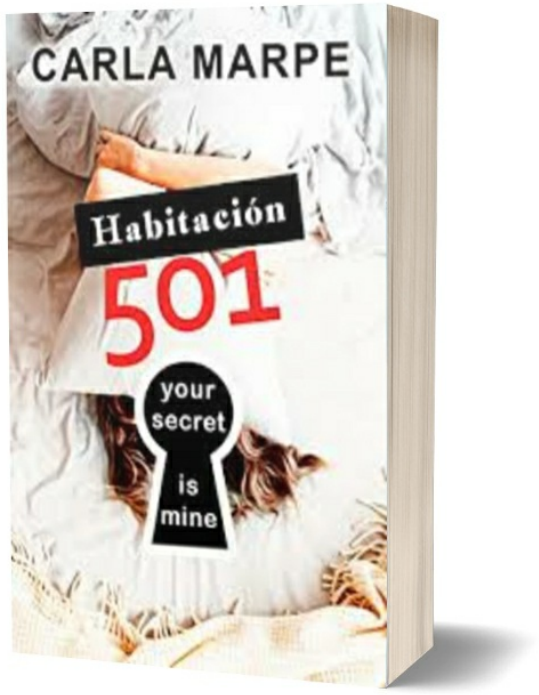
La locura compartida, las lecturas afines y el amor por las croquetas creó la química perfecta para que, un día, tomaran la decisión de empezar a escribir juntas.

El castillo MacLaine es su primera novela a cuatro manos, aunque aseguran no será la última, ya que están trabajando en varios proyectos más que desean compartir con su comunidad de lectores.

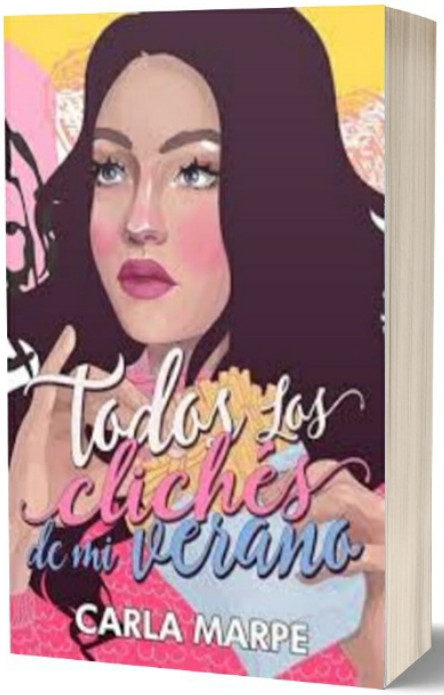
Otros libros de las autoras

Carla Marpe

Habitación 501



Todos los clichés de mi verano


Todos los clichés de mi verano
CARLA MARPE

Silvia P. Martín

Casa de sueño y pesadilla



Susurros de humo y agua


SUSURROS
DE HUMO
Y AGUA
SILVIA P MARTÍN